

MILOVAN DJILAS

# LA NUEVA CLASE

UN ANÁLISIS DEL REGIMEN COMUNISTA



EDITORIAL SUDAMERICANA

Este es un libro sobre el comunismo, escrito por un hombre que hasta hace muy poco tiempo era uno de sus héroes. Ejemplifica y expresa la angustiada desilusión de los intelectuales de la órbita soviética, que -anhelando un verdadero progreso social y económico- sostienen la necesidad de 'una urgente y amplia democratización. Documento político, uno de los más importantes de nuestra época, no tiene ninguna semejanza con la propaganda anticomunista corriente. Es un manifiesto teórico, que expone una serie de causas y efectos, y trata de demostrar, con claridad y sencillez, que el comunismo siguió el único camino posible, y que no puede, en ninguna circunstancia, realizar sus fines socialistas. El comunismo, afirma Djilas, es víctima de sus propias contradicciones: una teoría utópica, y una realidad cruel; un paraíso teórico, y un Estado donde impera la esclavitud; una clase gobernante privilegiada que se devora a sí misma, y un pueblo que vive sumido en la pobreza moral y material.

El lector admirará la integridad moral de este libro y su apasionada defensa de aspiraciones e ideales. Djilas no es nunca agresivo: lucha seriamente por la verdad; acusa y denuncia rehuyendo las argumentaciones fáciles, las pruebas brillantes, las expresiones meramente negativas, y afirmando, por encima de todo, el valor de la libertad y de la dignidad humana.

---

# **La nueva clase. Análisis del régimen comunista**

***MILOVAN DJILAS***

***Traducción de Luis Echávarri***

***Editorial Sudamericana***

# Sinopsis

Este es un libro sobre el comunismo, escrito por un hombre que hasta hace muy poco tiempo era uno de sus héroes. Ejemplifica y expresa la angustiada desilusión de los intelectuales de la órbita soviética, que -anhelando un verdadero progreso social y económico- sostienen la necesidad de 'una urgente y amplia democratización. Documento político, uno de los más importantes de nuestra época, no tiene ninguna semejanza con la propaganda anticomunista corriente. Es un manifiesto teórico, que expone una serie de causas y efectos, y trata de demostrar, con claridad y sencillez, que el comunismo siguió el único camino posible, y que no puede, en ninguna circunstancia, realizar sus fines socialistas. El comunismo, afirma Djilas, es víctima de sus propias contradicciones: una teoría utópica, y una realidad cruel; un paraíso teórico, y un Estado donde impera la esclavitud; una clase gobernante privilegiada que se devora a sí misma, y un pueblo que vive sumido en la pobreza moral y material.

El lector admirará la integridad moral de este libro y su apasionada defensa de aspiraciones e ideales. Djilas no es nunca agresivo: lucha seriamente por la verdad; acusa y denuncia rehuyendo las argumentaciones fáciles, las pruebas brillantes, las expresiones meramente negativas, y afirmando, por encima de todo, el valor de la libertad y de la dignidad humana.

Título Original: *The New Class. An analysis of the Communist System*

Traductor: Echávarri, Luis

Autor: Djilas, Milovan

©1957, Editorial Sudamericana

ISBN: aef76dbe-6113-4106-bcef-e76acf3105a1

Generado con: QualityEbook v0.74

# LA NUEVA CLASE. ANÁLISIS DEL RÉGIMEN COMUNISTA

MILOVAN DJILAS

*Traducción de Luis ECHÁVARRI*

EDITORIAL SUDAMERICANA

BUENOS AIRES

**HISTORIA Y POLÍTICA CONTEMPORÁNEA**

**PRIMERA EDICIÓN** *Publicada en Octubre de 1957*

**SEGUNDA EDICIÓN** *Publicada en Noviembre de 1957*

**TERCERA EDICIÓN** *Publicada en Enero de 1958*

**CUARTA EDICIÓN** *Publicada en Setiembre de 1958*

**IMPRESO EN LA ARGENTINA** Queda hecho el depósito que previene la ley. ©  
1958, Editorial Sudamericana Sociedad Anónima, calle Alsina 500, Buenos Aires.

**TÍTULO DEL ORIGINAL EN INGLÉS: "THE NEW CLASS"** An analysis of the Communist System

# PRÓLOGO

A todo esto se lo podría llamar de una manera diferente: historia de una revolución contemporánea, la expresión de una serie de opiniones, o la confesión de un revolucionario. Un poco de cada una de esas cosas se puede encontrar en este documento. Pero aunque se trate de una síntesis inadecuada de historia, opiniones y recuerdos, refleja mi esfuerzo para ofrecer un cuadro, todo lo completo y breve que es posible, del comunismo contemporáneo. Quizá se pierdan algunos aspectos especiales o técnicos, pero confío en que eso contribuirá a que el cuadro general sea mucho más sencillo y completo.

He procurado apartarme de mis problemas personales no sometiéndome a ellos. Mis circunstancias son, en el mejor caso, inciertas y en consecuencia me veo obligado a exponer apresuradamente mis observaciones y experiencias; un examen más detallado de mi situación personal podría complementar algún día, y quizá inclusive cambiar, algunas de mis conclusiones.

No puedo describir todas las dimensiones del conflicto por el que atraviesa dolorosamente nuestro mundo contemporáneo. Tampoco pretendo estar enterado de lo que sucede fuera del mundo comunista, en el que he tenido la fortuna o la desgracia de vivir. Cuando hablo de un mundo exterior al mío lo único que hago es poner a mi propio mundo en perspectiva para hacer más clara su realidad.

Casi todo lo que contiene este libro se ha dicho en otras partes y de un modo distinto. Quizá se encuentren en él un sabor, un color y un estado de ánimo nuevos, y algunas ideas de igualdad y fraternidad entre los hombres, que han existido en diversas formas desde el comienzo de la sociedad humana —y que el comunismo contemporáneo acepta verbalmente— son principios a los que aspirarán siempre quienes luchan por el progreso y la libertad. Criticar esas ideas fundamentales sería tan erróneo como inútil y tonto. El esfuerzo por realizarlas forma parte de la sociedad humana.

No me he dedicado a una crítica minuciosa de la teoría comunista, aunque esa crítica es necesaria y útil. He concentrado mi trabajo en la descripción del comunismo contemporáneo y tocado la teoría sólo cuando era necesario.

Es imposible exponer todas mis observaciones y experiencias en una obra tan breve como ésta. He enunciado sólo las más esenciales y apelado a las generalizaciones sólo cuando eran inevitables.

Este relato puede parecer extraño a quienes viven en el mundo no comunista, pero no puede parecer inusitado a quienes viven en el comunista. No pretendo un mérito o una distinción exclusivos por el cuadro que presento de ese mundo ni por las ideas que expongo a su respecto. Son sencillamente el cuadro y las ideas del mundo en que vivo. Soy un producto de ese mundo, he contribuido a crearlo y ahora soy uno de sus críticos.

Sólo en la apariencia es esto inconsecuente. He luchado en el pasado, y sigo luchando, por un mundo mejor. Esa lucha puede no producir los resultados deseados. Sin embargo, la lógica de mi acción está contenida en la duración y la continuidad de esa lucha.



LAS raíces del comunismo moderno se remontan a una época muy anterior, aunque permanecían ocultas antes del desarrollo de la industria moderna en la Europa Occidental. Las ideas básicas del comunismo son la Primacía de la Materia y la Realidad del Cambio, ideas tomadas de los pensadores del período que precedió inmediatamente a la iniciación del comunismo. A medida que el comunismo se desarrolla y adquiere fuerza esas ideas básicas desempeñan un papel cada vez menos importante. Esto es comprensible: una vez en el poder, el comunismo tiende a modelar de nuevo al resto del mundo de acuerdo con sus propias ideas y cada vez menos a cambiar él mismo.

La dialéctica y el materialismo —la evolución del mundo con independencia de la voluntad humana— constituían la base del viejo comunismo marxista clásico. Esas ideas básicas no fueron expuestas por primera vez por teóricos comunistas como Marx y Engels. Éstos las tomaron prestadas y las tejieron luego en un todo, formando así, inintencionadamente, la base para una nueva concepción del mundo.

La idea de la Primacía de la Materia fue tomada de los materialistas franceses del siglo XVIII. Pensadores anteriores, entre ellos Demócrito en la Grecia antigua, la habían expuesto de una manera diferente. La idea de la realidad del cambio causada por la lucha de los opuestos, llamada Dialéctica, fue tomada de Hegel; también había sido expuesta, de modo distinto, por Heráclito en la Grecia antigua.

Sin entrar en detalles con respecto a las diferencias entre las ideas marxistas y teorías semejantes anteriores, es necesario señalar que Hegel, al exponer la idea de la Realidad del Cambio, conservó el concepto de una ley suprema invariable, o sea la Idea de lo Absoluto. Como él dijo, en último análisis existen leyes invariables que, con independencia de la voluntad humana, gobiernan la naturaleza, la sociedad y los seres humanos.

Aunque haciendo hincapié en la idea de la Realidad del Cambio, Marx, y sobre todo Engels, afirmaron que las leyes del mundo objetivo o material eran invariables e independientes de los seres humanos. Marx estaba seguro de que descubriría las leyes fundamentales que rigen la vida y la sociedad como Darwin había descubierto las leyes que rigen a las criaturas vivientes. En todo caso, Marx aclaró algunas leyes sociales, particularmente el modo como esas leyes operaban en el período del primitivo capitalismo industrial.

Este hecho por sí solo, aunque sea aceptado como exacto, no puede justificar la pretensión de los comunistas modernos de que Marx descubrió todas las leyes de la sociedad. Todavía menos puede justificar su intento de modelar la sociedad de acuerdo con esas ideas del mismo modo que se cría el ganado sobre la base de los descubrimientos de Lamarck y Darwin. No se puede comparar a la sociedad humana con las diversas especies de animales o con los objetos inanimados; se compone de individuos y grupos que están continua y conscientemente activos en ella, desarrollándose y cambiando.

En las pretensiones del comunismo contemporáneo de ser, si no la única y absoluta, en todo caso la ciencia suprema, basada en el materialismo dialéctico, se ocultan las semillas de su despotismo. El origen de esas pretensiones puede encontrarse en las ideas de Marx, aunque Marx mismo no las

expuso.

Claro está que el comunismo contemporáneo no niega la existencia de un cuerpo de leyes objetivo e invariable. Sin embargo, cuando está en el poder actúa de una manera enteramente diferente con respecto a la sociedad humana y el individuo, y emplea para establecer su poder métodos diferentes de los que sugieren sus teorías.

Partiendo de la premisa de que sólo ellos conocen las leyes que gobiernan la sociedad, los comunistas llegan a la conclusión demasiado simple y anticientífica de que ese supuesto conocimiento les da el poder y el derecho exclusivo a modificar la sociedad y dirigir sus actividades. Éste es el error más importante de su sistema.

Hegel pretendía que la monarquía absoluta de Prusia era la encarnación de su idea de lo absoluto. Los comunistas, por su parte, pretenden que representan la encarnación de las aspiraciones objetivas de la sociedad. Hay más de una diferencia entre los comunistas y Hegel y hay también una diferencia entre los comunistas y la monarquía absoluta. La monarquía no tenía una idea tan elevada de sí misma como la que los comunistas tienen de sí mismos, ni era tan absoluta como ellos.

A HEGEL mismo le preocupaban probablemente las conclusiones que se podían sacar de sus descubrimientos. Por ejemplo, si todo se transformaba constantemente, ¿qué sucedería con sus propias ideas y con la sociedad que deseaba conservar? Como profesor de nombramiento real no se habría atrevido, en todo caso, a recomendar públicamente el mejoramiento de la sociedad sobre la base de su filosofía.

No sucedía lo mismo con Marx. Cuando era joven intervino activamente en la revolución de 1848. Sacó de las ideas de Hegel conclusiones extremas. ¿Acaso la sangrienta lucha de clases que se libraba en toda Europa no tendía hacia algo nuevo y superior? Parecía no sólo que Hegel estaba en lo cierto —es decir Hegel tal como lo interpretaba Marx—, sino también que los sistemas filosóficos ya no tenían significado ni justificación, puesto que la ciencia estaba descubriendo con tanta rapidez leyes objetivas, inclusive las aplicables a la sociedad.

En la ciencia, el positivismo de Comte había triunfado ya como método de investigación; la escuela inglesa de economía política (Smith, Ricardo y otros) se hallaba en su culminación; cada día se descubrían en las ciencias naturales leyes que hacían época; la industria moderna se abría camino sobre la base de la tecnología científica; y las heridas del capitalismo juvenil se ponían de manifiesto en los sufrimientos y la lucha incipiente del proletariado. Al parecer ese era el comienzo del dominio de la ciencia, inclusive sobre nuestra sociedad, y la eliminación del concepto capitalista de la propiedad como el obstáculo final para la felicidad y la libertad humanas.

El tiempo estaba maduro para una gran conclusión. Marx tuvo la audacia y la sagacidad necesarias para exponerla, pero no contaba con fuerzas sociales en las que pudiera confiar.

Marx era un científico y un ideólogo. Como científico hizo descubrimientos importantes, sobre todo en sociología. Como ideólogo proporcionó las bases ideológicas para los movimientos políticos más grandes e importantes de la historia moderna, los cuales se produjeron primeramente en Europa y ahora se están produciendo en el Asia.

Pero precisamente porque era científico, economista y sociólogo, Marx nunca pensó en construir un sistema filosófico o ideológico que lo abarcara todo. En una ocasión dijo: "Una cosa es cierta: que yo no soy marxista." Su gran talento científico le dio la mayor ventaja sobre todos sus predecesores socialistas, tales como Owen y Fourier. El hecho de que no insistiera en que su sistema filosófico abarcara todo le dio una ventaja todavía mayor sobre sus discípulos. La mayoría de éstos eran ideólogos y sólo en un grado muy limitado científicos, como lo demuestran los ejemplos de Plekhanov, Labriola, Lenin, Kautsky y Stalin. El deseo principal de éstos era construir un sistema con las ideas de Marx; lo que sucedía especialmente a quienes poseían pocos conocimientos filosóficos y todavía menos talento para ellos. A medida que pasaba el tiempo los sucesores de Marx fueron manifestando una tendencia a presentar las doctrinas de aquél como un concepto del mundo definitivo y que lo abarcaba todo, y a considerarse a sí mismos responsables por la continuación de toda la obra de Marx, a la que juzgaban virtualmente completa. La ciencia fue cediendo poco a poco a la propaganda y, como consecuencia, la propaganda tendió cada vez más a hacerse pasar por ciencia.

Como era un producto de su época, Marx negó la necesidad de cualquier clase de filosofía. Su

amigo más íntimo, Engels, declaró que la filosofía había muerto a causa del desarrollo de la ciencia. La tesis de Marx no era en modo alguno original. La llamada filosofía científica, sobre todo después del positivismo de Comte y el materialismo de Feuerbach, se había convertido en la moda general.

Es fácil comprender por qué Marx negó tanto la necesidad como la posibilidad de establecer cualquier clase de filosofía. Es más difícil comprender por qué sus sucesores trataron de ordenar sus ideas en la forma de un sistema que lo abarca todo, de una doctrina filosófica exclusiva. Aunque negaban la necesidad de una filosofía de cualquier clase, en la práctica crearon un dogma propio al que consideraban como el sistema "más científico" o el "único científico". En un período de entusiasmo científico general y de grandes cambios producidos por la ciencia en la vida cotidiana y la industria, no podían menos de ser materialistas y de considerarse a sí mismos como los "únicos" representantes del "único" método científico, sobre todo porque representaban a un estrato social que se hallaba en conflicto con todas las ideas aceptadas de la época.

Las ideas de Marx sufrieron la influencia de la atmósfera científica de su época, de su propia inclinación a la ciencia y de su aspiración revolucionaria a dar al movimiento de la clase trabajadora una base más o menos científica. Sus discípulos actuaron bajo la influencia de un ambiente distinto y de motivos diferentes cuando convirtieron sus opiniones en dogma.

Si las necesidades políticas del movimiento de la clase trabajadora en Europa no hubiesen exigido una nueva ideología completa en sí misma, la filosofía que se llama marxista, el materialismo dialéctico, habría sido olvidado y dejado de lado como algo no particularmente profundo o ni siquiera original, aunque los estudios económicos y sociales de Marx son de la más alta categoría científica y literaria.

La fuerza de la filosofía marxista no reside en sus elementos científicos, sino en su relación con un movimiento de masas y sobre todo en su hincapié en el objetivo de modificar la sociedad. Afirma una y otra vez que el mundo existente cambiará simplemente porque tiene que cambiar, porque lleva las semillas de su propia oposición y destrucción; que la clase trabajadora desea ese cambio y es capaz de realizarlo. La influencia de esta filosofía fue creciendo inevitablemente y creó en el movimiento de la clase obrera europea la ilusión de que era omnipotente, por lo menos como método. En los países donde no existían las mismas condiciones, como en Gran Bretaña y los Estados Unidos, la influencia e importancia de esta filosofía fueron insignificantes, a pesar del poderío de la clase trabajadora y del movimiento obrero.

Como ciencia, la filosofía marxista no era importante, pues se fundaba principalmente en las ideas hegelianas y materialistas. Como ideología de las nuevas clases oprimidas y especialmente de los movimientos políticos, marcó una época, primeramente en Europa y más tarde en Rusia y Asia, proporcionando la base para un nuevo movimiento político y un sistema social nuevo.

MARX opinaba que la sustitución de la sociedad capitalista se produciría mediante una lucha revolucionaria entre sus dos clases fundamentales: la burguesía y el proletariado. El choque le parecía tanto más probable porque en el sistema capitalista de esa época tanto la pobreza como la riqueza seguían creciendo inconteniblemente, en los polos opuestos de una sociedad conmovida por crisis económicas periódicas.

En último análisis, la doctrina marxista era el fruto de la revolución industrial o de la lucha del proletariado industrial por una vida mejor. No era casual que la terrible pobreza y la brutalización de las masas que acompañaban al cambio industrial ejercieran una influencia poderosa en Marx. Su obra más importante, *Das Capital*, contiene un número de páginas importantes e irritantes sobre ese tema. Las crisis recurrentes, características del capitalismo en el siglo XIX juntamente con la pobreza y el rápido aumento de la población, llevaron lógicamente a Marx a la creencia de que la revolución era la única solución. Marx no creía que la revolución era inevitable en todos los países; sobre todo no lo era en aquellos donde las instituciones democráticas constituían ya una tradición de la vida social. En una de sus conversaciones citó como ejemplos de esos países a Bélgica y Holanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos. Sin embargo, uno puede deducir de sus ideas, tomadas en conjunto, que lo inevitable de la revolución era una de sus creencias fundamentales. Creía en la revolución y la predicaba; era un revolucionario.

Las ideas revolucionarias de Marx, que eran condicionales y no universalmente aplicables, fueron convertidas por Lenin en principios absolutos y universales. En *El desorden infantil del comunismo de izquierda*, quizá su obra más dogmática, Lenin desarrolló esos principios todavía más, difiriendo de la opinión de Marx de que la revolución era evitable en ciertos países. Dijo que Gran Bretaña ya no podía ser considerada como un país en el que la revolución era evitable, porque durante la primera guerra mundial se había convertido en una potencia militarista y, en consecuencia, la clase obrera británica no tenía otra elección que la revolución. Lenin se equivocó, no sólo porque no comprendió que el "militarismo británico" era solamente una fase temporaria, de tiempo de guerra, de su desarrollo, sino también porque no previó el desarrollo de la democracia y el progreso económico en Gran Bretaña y otros países occidentales. Tampoco comprendió la naturaleza del movimiento sindicalista inglés. Hizo demasiado hincapié en sus ideas deterministas y científicas propias o marxistas y prestó demasiado poca atención al papel social objetivo y a las potencialidades de la clase trabajadora en países más desarrollados. Aunque lo negaba, proclamó en realidad que sus teorías y la experiencia revolucionaria rusa eran aplicables en todas partes.

Según las hipótesis de Marx y sus conclusiones al respecto, la revolución se produciría primeramente en los países capitalistas muy desarrollados. Marx creía que los resultados de la revolución —es decir la nueva sociedad socialista— llevaría a un nivel de libertad nuevo y más alto que el prevaleciente en la sociedad actual, en el llamado capitalismo liberal. Esto es incomprensible. En el acto mismo de rechazar los diversos tipos de capitalismo Marx se mostraba como un fruto de su época, de la época del capitalismo liberal.

Al desarrollar la opinión de Marx de que el capitalismo debe ser sustituido no sólo por una forma económica y social más elevada —es decir el socialismo—, sino también por una forma más elevada

de libertad humana, los socialdemócratas se consideraban justificadamente a sí mismos como los sucesores de Marx. Tenían a esa pretensión no menos derecho que los comunistas, quienes citaban a Marx, como la fuente de su idea de que la sustitución del capitalismo sólo se puede realizar por medios revolucionarios. Sin embargo, ambos grupos de discípulos de Marx —los socialdemócratas y los comunistas— sólo tenían razón en parte al citarlo como la base de sus ideas. Al citar las ideas de Marx defendían sus propias prácticas, que tenían su origen en una sociedad diferente y ya modificada. Y, aunque ambos citaban las ideas marxistas y dependían de ellas, los movimientos socialdemócrata y comunista tomaron direcciones diferentes. En los países donde el progreso político y económico era difícil y la clase obrera desempeñaba un papel débil en la sociedad, fue surgiendo lentamente la necesidad de hacer con las doctrinas marxistas un sistema y un dogma. Además, en los países donde las fuerzas económicas y las relaciones sociales no estaban todavía maduras para el cambio industrial, como en Rusia y más tarde en China, la adopción y dogmatización de los aspectos revolucionarios de las doctrinas marxistas fueron más rápidas y completas. Se hacía hincapié en la revolución por medio de la clase trabajadora. En esos países el marxismo se fue haciendo cada vez más fuerte y con la victoria del partido revolucionario se convirtió en la ideología dominante.

En países como Alemania, donde el grado de progreso político y económico hacía innecesaria la revolución, los aspectos democrático y reformista de la doctrina marxista prevalecieron sobre los revolucionarios. Las tendencias ideológicas y políticas antidogmáticas hicieron que el movimiento obrero se interesara ante todo por la reforma.

En el primer caso, los vínculos con Marx se reforzaron, por lo menos en el aspecto externo. En el segundo caso se debilitaron.

El desarrollo social y el de las ideas llevaron a un cisma grave en el movimiento socialista europeo. De un modo general, los cambios en las condiciones políticas y económicas coincidieron con los cambios en las ideas de los teóricos socialistas, porque interpretaban la realidad de una manera relativa, es decir de una manera incompleta y unilateral, desde su punto de vista partidario.

Lenin en Rusia y Bernstein en Alemania son los dos extremos por medios de los cuales hallaron expresión los diferentes cambios sociales y económicos y las distintas "realidades" de los movimientos de la clase trabajadora.

Del marxismo original no quedó casi nada. En el Occidente había muerto o agonizaba; en el Oriente, como consecuencia del establecimiento del gobierno comunista, sólo quedaba de la dialéctica y el materialismo de Marx un residuo de formalismo y dogmatismo, que era utilizado con el propósito de cimentar el poder, justificar la tiranía y violar la conciencia humana. Aunque de hecho había sido abandonado también en el Oriente, el marxismo operaba allí como un dogma rígido con un poderío creciente. Era más que una idea; era un nuevo gobierno, una nueva economía, un sistema social nuevo.

Aunque Marx había proporcionado a sus discípulos el ímpetu para ese desarrollo, apenas lo deseaba ni lo esperaba. La historia traicionó a este gran maestro como lo ha hecho con otros que han tratado de interpretar sus leyes.

¿Cómo se han desarrollado los acontecimientos desde la época de Marx?

En la década de 1870 se había iniciado la formación de corporaciones y monopolios en los países

donde se había producido ya la revolución industrial, como Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Esta evolución se hallaba en su plenitud a comienzos del siglo XX. Hicieron de ella análisis científicos Hobson, Hilferding y otros. Lenin, en *El imperialismo*, la etapa final del capitalismo, realizó un análisis político, basado en esos autores, que contenía predicciones que en su mayoría han resultado inexactas.

Las teorías de Marx sobre el creciente empobrecimiento de la clase trabajadora no quedaron confirmadas por los acontecimientos ocurridos en los países de los que se derivaban esas teorías. Sin embargo, como dice Hugh Seton-Watson en *De Lenin a Malenkov*<sup>1</sup>, parecían ser razonablemente exactas en su mayoría en el caso de los países agrarios de la Europa oriental. Así, mientras en Occidente se reducía su estatura hasta la de un historiador y un erudito, Marx se convirtió en Oriente en el profeta de una nueva era. Sus doctrinas han ejercido un efecto intoxicante, semejante al de una religión nueva.

La situación de la Europa occidental que influyó en las teorías de Engels y Marx es descrita por André Maurois en la edición yugoeslava de la *Historia de Inglaterra* del siguiente modo:

"Cuando Engels visitó Manchester en 1844 encontró a 350.000 obreros aplastados y amontonados en edificios húmedos, sucios y destartalados donde respiraban una atmósfera parecida a una mezcla de agua y carbón. En las minas vio mujeres medio desnudas que eran tratadas como los animales de tiro más despreciables. Los niños pasaban el día en túneles oscuros donde los empleaban en abrir y cerrar las aberturas primitivas para la ventilación y en otras tareas difíciles. En la industria del encaje la explotación llegaba a tal punto que niños de cuatro años trabajaban virtualmente de balde."

Engels vivió lo suficiente para ver un cuadro diferente de Gran Bretaña, pero vio una pobreza todavía más horrible y, lo que es más importante, desesperada en Rusia, los Balcanes, Asia y África.

Los adelantos técnicos trajeron consigo cambios vastos y concretos en el Occidente, cambios inmensos desde todos los puntos de vista. Esos cambios llevaron a la formación de monopolios y al reparto del mundo en esferas de interés para los países avanzados y para los monopolios. Llevaron también a la primera guerra mundial y a la Revolución de Octubre.

En los países avanzados el rápido aumento en la producción y la adquisición de fuentes de materiales y mercados coloniales modificaron materialmente la situación de la clase trabajadora. La lucha por la reforma, por mejores condiciones materiales, juntamente con la adopción de formas parlamentarias de gobierno, se hizo más real y valiosa que los ideales revolucionarios. En esos lugares la revolución se hizo absurda e irrealista.

Los países que todavía no estaban industrializados, particularmente Rusia, se hallaban en una situación enteramente distinta. Se encontraron ante un dilema: tenían o bien que industrializarse o bien que interrumpir su participación activa en el escenario de la historia, convirtiéndose en cautivos de los países avanzados y de sus monopolios, con lo que quedaban condenados a la degeneración. El capital local y la clase y los partidos que lo representaban eran demasiado débiles para resolver los problemas de la industrialización rápida. En esos países la revolución se convirtió en una necesidad inevitable, en una necesidad vital para la nación, y sólo una clase podía realizarla: el proletariado, o el partido revolucionario que lo representaba.

La razón de esto es que existe una ley inmutable: que cada sociedad humana y todos los individuos que la componen se esfuerzan por aumentar y perfeccionar la producción. Al hacer eso se ponen en

conflicto con otras sociedades y personas, de modo que compiten entre ellas para sobrevivir. Este aumento y expansión de la producción hacen frente constantemente a barreras naturales y sociales, como las costumbres y relaciones individuales, políticas, legales e internacionales. Como tiene que vencer obstáculos, la sociedad, es decir aquellos que en un momento dado representan sus fuerzas productivas, tiene que eliminar, cambiar o destruir los obstáculos que se alzan dentro o fuera de sus límites. Las clases, los partidos, los sistemas políticos, las ideas políticas, son una expresión de esta norma constante de movimiento y estancamiento.

Ninguna sociedad o nación permite que la producción se estanque hasta el punto de que su existencia se vea amenazada. Estancarse significa morir. Los pueblos nunca mueren voluntariamente; están dispuestos a hacer cualquier sacrificio para vencer las dificultades que se interponen en el camino de su producción económica y su existencia.

El ambiente y el nivel material e intelectual determinan el método, las fuerzas y los medios que serán utilizados para llevar a cabo el desarrollo y la expansión de la producción y los resultados sociales consiguientes. Sin embargo, la necesidad del desarrollo y la expansión de la producción —bajo cualquier bandera ideológica o fuerza social— no dependen de los individuos; porque desean sobrevivir, las sociedades y las naciones encuentran los dirigentes y las ideas que, en un momento determinado, se ajustan mejor a lo que necesitan y desean conseguir.

El marxismo revolucionario fue trasplantado, durante el período de capitalismo monopolista, de los países del Occidente industrialmente desarrollado a los del Oriente industrialmente poco desarrollado, como Rusia y China. Esto sucedió más o menos en el momento en que los movimientos socialistas se desarrollaban en el Oriente y el Occidente. Esta etapa del movimiento socialista comenzó con su unificación y centralización en la Segunda Internacional, y terminó con una división en el ala social-demócrata (reformista) y el ala comunista (revolucionaria), lo que llevó a la revolución en Rusia y a la creación de la Tercera Internacional.

En los países donde no había otro medio de realizar la industrialización existían razones nacionales especiales para la revolución comunista. En la Rusia semi-feudal existieron movimientos revolucionarios más de medio siglo antes de la aparición de los marxistas a fines del siglo XIX. Además, había razones urgentes y concretas —internacionales, económicas y políticas— para la revolución. La razón fundamental —la necesidad vital de un cambio industrial— era común a todos los países como Rusia, China y Yugoslavia, en los que se produjo la revolución.

Era históricamente inevitable que la mayoría de los movimientos socialistas europeos posteriores a Marx fueran no sólo materialistas y marxistas, sino también en grado considerable ideológicamente exclusivos. Contra ellos se unieron todas las fuerzas de la sociedad vieja: la iglesia, la escuela, la propiedad privada, el gobierno y, lo que es más importante, la gran maquinaria de fuerza que los países europeos han venido creando para hacer frente a las constantes guerras continentales.

Quien desee cambiar al mundo fundamentalmente lo primero que debe hacer es interpretarlo fundamentalmente y "sin error". Cada nuevo movimiento tiene que ser ideológicamente exclusivo, sobre todo si la revolución es el único modo como se puede alcanzar la victoria. Y si este movimiento tiene buen éxito, ese mismo éxito tiene que fortalecer sus creencias e ideas. Aunque los buenos éxitos conseguidos mediante métodos parlamentarios "aventurados" y huelgas fortalecieron la tendencia reformista en el alemán y los otros partidos socialdemócratas, los obreros rusos, que no podían mejorar su situación en un solo **copeck** sin liquidaciones sangrientas, no podían hacer otra

cosa que emplear las armas para evitar la desesperación y la muerte por hambre.

Los otros países de la Europa oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria, no caen dentro de esa regla, por lo menos los tres primeros. No pasaron por la experiencia de una revolución, pues el sistema comunista les fue impuesto por la fuerza del ejército soviético. Ni siquiera reclamaban el cambio industrial, al menos por el método comunista, pues algunos de ellos ya lo habían conseguido. En esos países la revolución fue impuesta desde afuera y desde arriba por las bayonetas extranjeras y la maquinaria de la fuerza. Los movimientos comunistas eran débiles, excepto en el más avanzado de esos países, Checoslovaquia, donde el movimiento comunista se parecía mucho a los movimientos socialistas izquierdistas y parlamentarios hasta el momento de la intervención directa de la Unión Soviética en la guerra y el *coup d'état* de febrero de 1948.

Como los comunistas de esos países eran débiles, la substancia y la forma de su comunismo tenían que ser idénticas a las de la Unión Soviética. Ésta les impuso su sistema y los comunistas locales lo adoptaron de buena gana. Cuanto más débil era el comunismo tanto más tenía que imitar inclusive en la forma a su "gran hermano" el comunismo totalitario ruso.

Países como Francia e Italia, que contaban con partidos comunistas relativamente fuertes, pasaron por momentos difíciles para mantenerse a la altura de los países industrialmente más avanzados y en consecuencia incurrieron en dificultades sociales. Puesto que ya habían pasado por las revoluciones democrática e industrial, sus movimientos comunistas diferían mucho de los de Rusia, Yugoslavia y China. En consecuencia, la revolución no tenía verdadera posibilidad en Francia e Italia. Puesto que vivían y actuaban en un ambiente de democracia política, ni siquiera los dirigentes de sus partidos comunistas podían liberarse por completo de las ilusiones parlamentarias. En lo que se refería a la revolución, tendían a confiar en el movimiento comunista internacional y la ayuda de la Unión Soviética más que en su propia fuerza revolucionaria. Sus seguidores, considerando que sus dirigentes luchaban contra la pobreza y la miseria, creían ingenuamente que el partido luchaba por una democracia más amplia y auténtica.

El comunismo moderno comenzó siendo una idea al iniciarse la industria moderna. Está muriendo o siendo eliminado en los países donde el progreso industrial ha alcanzado sus fines fundamentales. Florece en los países donde no ha sucedido eso.

El papel histórico del comunismo en los países poco desarrollados ha determinado el curso y el carácter de la revolución que se ha visto obligado a realizar.

# CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN

LA historia muestra que en los países donde se han producido revoluciones comunistas también otros partidos estaban descontentos con las condiciones existentes. El mejor ejemplo es Rusia, donde el partido que llevó a cabo la revolución comunista no era el único partido revolucionario. Sin embargo, sólo los partidos comunistas eran revolucionarios en su oposición al status quo y firmes y consecuentes en su apoyo a la transformación industrial. En la práctica eso significa una destrucción radical de las relaciones de propiedad establecidas. Ningún otro partido iba tan lejos a este respecto. Ninguno era "industrial" hasta ese punto.

Es menos claro por qué esos partidos tenían que ser socialistas en su programa. En las condiciones de atraso existentes en la Rusia zarista la propiedad privada capitalista no sólo se mostraba incapaz de una rápida transformación industrial, sino que en realidad la obstruía. La clase propietaria privada se había desarrollado en un país en el que existían todavía relaciones feudales extremadamente poderosas, en tanto que los monopolios de países más avanzados hacían presa de su enorme territorio abundante en materias primas y mercados.

La Rusia zarista, de acuerdo con su historia, tenía que ser el último recién llegado con respecto a la revolución industrial. Es el único país europeo que no pasó por la Reforma y el Renacimiento. No tuvo nada parecido a las ciudades-estado europeas medievales. Atrasada, semi-feudal, con una monarquía absolutista y un centralismo burocrático y un rápido aumento del proletariado en varios centros, Rusia se encontró en el remolino del moderno capitalismo mundial y en las redes de los intereses financieros de los gigantescos centros banqueros.

En su obra *El imperialismo*, etapa final del capitalismo Lenin afirma que tres cuartas partes del capital de los grandes bancos rusos se hallaban en poder de capitalistas extranjeros. Trotsky, en su historia de la revolución rusa, hace hincapié en que los extranjeros controlaban el cuarenta por ciento de las acciones de capital industrial en Rusia y que ese porcentaje era todavía mayor en algunas de las industrias más importantes. En cuanto a Yugoslavia, los extranjeros ejercían una influencia decisiva en las ramas más importantes de la economía del país. Estos hechos nada prueban por sí solos, pero muestran que los capitalistas extranjeros utilizaban su poder de refrenar el progreso de esos países para convertirlos exclusivamente en sus fuentes de materias primas y de mano de obra barata, con el resultado de que esas naciones dejaron de progresar y hasta comenzaron a declinar.

El partido que tenía la misión histórica de llevar a cabo la revolución en esos países debía ser anticapitalista en su política interna y antiimperialista en su política exterior.

Internamente, el capital nacional era débil y en gran parte un instrumento o un socio del capital extranjero. No era la clase capitalista sino otra clase, el proletariado, que surgía de la pobreza creciente de los campesinos, la que se interesaba vitalmente por la revolución industrial. Así como la eliminación de la explotación afrentosa era una cuestión de vida o muerte para quienes eran ya proletarios, así también la industrialización era una cuestión de supervivencia para quienes, a su vez, estaban a punto de convertirse en proletarios. El movimiento que representaba a esas dos clases tenía que ser anticapitalista, es decir socialista en sus ideas, lemas y promesas.

El partido revolucionario no podía proyectar en serio la realización de una revolución industrial si

no concentraba en sus propias manos todos los recursos nacionales, sobre todo los de los capitalistas nativos, contra quienes sentían rencor las masas a causa de su severa explotación y el empleo de métodos inhumanos. El partido revolucionario tenía que adoptar la misma actitud con respecto al capital extranjero.

Los otros partidos no podían seguir un programa semejante. Todos ellos aspiraban o bien a una vuelta al viejo sistema, o bien al mantenimiento de los intereses creados y estáticos, o, en el mejor caso, a una evolución gradual y pacífica. Inclusive los partidos anticapitalistas, como por ejemplo el Partido Socialista Revolucionario en Rusia, aspiraban al retorno de la sociedad a una vida campesina primitiva e idílica. Los mismos partidos socialistas, como el de los mencheviques en Rusia, no iban más allá de defender el derribo violento de las barreras que impedían el desarrollo capitalista. Adoptaban el punto de vista de que era necesario que se desarrollase plenamente el capitalismo para llegar más tarde al socialismo. Sin embargo, el problema era distinto en este caso, pues tanto la vuelta al sistema viejo como el libre desarrollo del capitalismo eran imposibles para esos países. Ninguna de esas soluciones era capaz, dadas las condiciones internacionales e internas, de resolver el problema urgente de hacer progresar a esos países, es decir de realizar en ellos la revolución industrial.

Sólo el partido que estaba en favor de la revolución anticapitalista y de la industrialización rápida tenía perspectivas de buen éxito. Era evidente que ese partido tenía que ser, además, socialista en sus convicciones. Pero puesto que se veía obligado a actuar en las condiciones que prevalecían en general y dentro de los movimientos obreros o socialistas, ese partido tenía que depender ideológicamente de la idea de lo inevitable y lo útil de la industria moderna así como del dogma de que la revolución era inevitable. Esa idea existía ya y sólo se necesitaba modificarla. Se trataba de marxismo en su aspecto revolucionario. La asociación con el marxismo revolucionario o con el movimiento socialista europeo, era natural para el partido entonces. Más tarde, con el desarrollo de la revolución y los cambios de organización en los países avanzados, se hizo igualmente esencial para él separarse del reformismo del socialismo europeo.

Lo inevitable de la revolución y de la industrialización rápida, que exigía enormes sacrificios e implicaba una violencia despiadada, requería no sólo promesas, sino también fe en la posibilidad de alcanzar el reino del cielo en la tierra. Avanzando, como hacen también otros, a lo largo de la línea de menor resistencia, los defensores de la revolución y la industrialización se apartaban con frecuencia de la doctrina marxista y socialista establecida. Sin embargo, les era imposible abandonar por completo esa doctrina.

El capitalismo y las relaciones capitalistas eran las formas y las técnicas adecuadas, y en el momento dado inevitables, mediante las cuales la sociedad expresaba sus necesidades y aspiraciones de mejorar y aumentar la producción. En Gran Bretaña, durante la primera mitad del siglo XIX, el capitalismo mejoró y aumentó la producción. Y así como los industriales de Gran Bretaña tenían que destruir a los campesinos para alcanzar un grado de producción más elevado, así también los industriales o la burguesía de Rusia tenían que convertirse en víctimas de la revolución industrial. Los participantes y las formas eran diferentes, pero la ley era la misma en ambos casos.

En los dos casos el socialismo era inevitable como un lema y una promesa, como una fe y un ideal elevado y, en realidad, como una forma particular de gobierno y de propiedad que facilitaría la revolución industrial y haría posible el mejoramiento y el aumento de la producción.

TODAS las revoluciones del pasado se produjeron después de haber comenzado a prevalecer nuevas relaciones económicas o sociales y de que el viejo sistema político se había convertido en el único obstáculo para el progreso.

Ninguna de esas revoluciones aspiraba a otra cosa que a la destrucción de las viejas formas políticas y a abrir el camino a fuerzas sociales y relaciones ya maduras existentes en la vieja sociedad. Inclusive en los casos en que los revolucionarios deseaban algo más, como la creación de relaciones económicas y sociales por medio de la fuerza, como los jacobinos en la Revolución Francesa, tuvieron que aceptar el fracaso y fueron eliminados rápidamente.

En todas las revoluciones anteriores la fuerza y la violencia aparecieron predominantemente como una consecuencia, como un instrumento de fuerzas y relaciones sociales nuevas pero ya dominantes. Inclusive cuando la fuerza y la violencia sobrepasaron los límites convenientes durante el curso de una revolución, al final hubo que dirigir a las fuerzas revolucionarias hacia una meta positiva y alcanzable. En esos casos el terror y el despotismo quizá fueron manifestaciones inevitables, pero solamente temporarias.

Todas las llamadas revoluciones burguesas, ya se realizaran desde abajo, es decir con la participación de las masas, como Francia, o desde arriba, es decir mediante un *coup d'état*, como en Alemania bajo Bismarck, tenían que terminar en una democracia política. Esto es comprensible. Su tarea consistía principalmente en destruir el viejo sistema político despótico y permitir el establecimiento de relaciones políticas adecuadas para las necesidades económicas y de otras clases ya existentes, sobre todo las concernientes a la libre producción de bienes.

El caso de las revoluciones comunistas contemporáneas es enteramente distinto. Estas revoluciones no se han producido porque existieran ya en la economía relaciones nuevas, digamos socialistas, o porque el capitalismo se hubiera desarrollado demasiado. Al contrario. Se produjeron porque el capitalismo no se había desarrollado plenamente y porque no era capaz de realizar la transformación industrial del país.

En Francia, el capitalismo prevalecía ya en la economía, en las relaciones sociales e inclusive en la conciencia pública con anterioridad al comienzo de la revolución. Este caso difícilmente se puede comparar con el del socialismo en Rusia, China o Yugoslavia.

Los mismos dirigentes de la revolución rusa se daban cuenta de ello. Hablando ante el Séptimo Congreso del Partido Comunista Ruso el 7 de marzo de 1918, mientras la revolución se desarrollaba todavía, Lenin dijo:

"...Una de las diferencias fundamentales entre la revolución burguesa y la socialista es que en una revolución burguesa, que nace del feudalismo, nuevas organizaciones económicas que van cambiando poco a poco todos los aspectos de la sociedad feudal se van creando progresivamente en medio del orden viejo. Al cumplir esa tarea, toda revolución burguesa cumple lo que se requiere de ella: apresura el desarrollo del capitalismo.

Una revolución socialista se halla en una situación enteramente distinta. En la medida en que un país que tiene que iniciar una revolución socialista, a causa de los caprichos de la historia, está atrasado, la transición de las viejas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas es crecientemente difícil.

La diferencia entre las revoluciones socialistas y las revoluciones burguesas reside específicamente en el hecho de que, en el último caso, existen formas establecidas de relaciones capitalistas, en tanto que el poder soviético —el proletariado— no cuenta con relaciones semejantes, si excluimos las formas de capitalismo más avanzadas que en realidad abarcaban a un pequeño número de grandes industrias y sólo muy escasamente afectaban a la agricultura."

Cito a Lenin, pero podría citar a cualquier dirigente de la revolución comunista y a otros muchos autores como confirmación del hecho de que no existían relaciones establecidas que sirvieran de base a la nueva sociedad, y que, por lo tanto, tenía que crearlas alguien, en este caso el "poder soviético". Si las nuevas relaciones "socialistas" se hubieran desarrollado plenamente en el país en que la revolución comunista podía alcanzar la victoria, no habría habido necesidad de tantas seguridades, disertaciones y esfuerzos con respecto a la "construcción del socialismo".

Esto lleva a una contradicción aparente. Si las condiciones para una sociedad nueva no predominaban lo suficiente, ¿quién necesitaba la revolución? Además, ¿cómo era posible la revolución? ¿Cómo podía sobrevivir en vista de que las nuevas relaciones sociales no se hallaban todavía en proceso de formación en la sociedad vieja? Ninguna revolución ni partido alguno se había impuesto hasta entonces la tarea de crear relaciones sociales o una sociedad nueva. Pero ese era el objetivo principal de la revolución comunista.

Los dirigentes comunistas, aunque no conocían mejor que otros las leyes que rigen a la sociedad, descubrieron que en el país en que su revolución era posible, la industrialización era también posible, sobre todo cuando implicaba una transformación de la sociedad de acuerdo con sus hipótesis ideológicas. La experiencia —el buen éxito de la revolución en condiciones "desfavorables"— lo confirmó para ellos, y lo mismo hizo la "construcción del socialismo." Esto fortaleció su ilusión de que conocían las leyes del progreso social. En realidad se hallaban en situación de hacer los planes de una sociedad nueva y luego de comenzar a construirla, haciendo correcciones en una parte y dejando de lado algo en otras, pero ateniéndose firmemente a esos planes.

La industrialización, como una necesidad inevitable y legítima de la sociedad, y el método comunista de realizarla unieron sus fuerzas en los países donde se produjeron revoluciones comunistas.

Sin embargo, ninguna de ambas cosas, aunque avanzaron juntas y por caminos paralelos, pudo alcanzar el buen éxito de la noche a la mañana. Una vez realizada la revolución, alguien tenía que cargar con la responsabilidad de la industrialización. En el Occidente, se hicieron cargo de ese papel las fuerzas económicas del capitalismo liberado de las cadenas políticas despóticas, en tanto que en los países donde se habían producido las revoluciones comunistas, como no existían fuerzas semejantes, tuvieron que encargarse de su función los órganos revolucionarios mismos, la nueva autoridad, es decir el partido revolucionario.

En revoluciones anteriores la fuerza y la violencia revolucionarias se convirtieron en un obstáculo

para la economía tan pronto como fue derribado el viejo orden. En las revoluciones comunistas la fuerza y la violencia constituyen una condición para el desarrollo y el progreso. Según los revolucionarios anteriores, la fuerza y la violencia eran sólo un mal necesario y un medio para un fin. Para los comunistas la fuerza y la violencia se elevan a la categoría de un culto y de un fin esencial. En el pasado, las clases y fuerzas que constituían una sociedad nueva existían ya antes que estallase la revolución. Las revoluciones comunistas son las primeras que han creado una sociedad nueva y nuevas fuerzas sociales.

Así como las revoluciones de Occidente tenían que terminar inevitablemente en la democracia después de todas las "aberraciones" y "retiradas", en el Oriente las revoluciones tenían que terminar en el despotismo. Los métodos de terror y violencia en Occidente se hicieron innecesarios y ridículos e inclusive se convirtieron en un obstáculo para que los revolucionarios y los partidos revolucionarios realizasen la revolución. En Oriente sucedió todo lo contrario. No sólo continuó el despotismo porque la transformación de la industria requería mucho tiempo, sino que, como veremos más tarde, duró todavía mucho tiempo después de haberse realizado la industrialización.

HAY otras diferencias fundamentales entre la revolución comunista y las anteriores. Las anteriores, aunque habían llegado ya al punto de preparación en el seno de una economía y una sociedad, no podían estallar sino en condiciones ventajosas. Ahora sabemos cuáles son las condiciones generales necesarias para la erupción o el triunfo de una revolución. Sin embargo, toda revolución cuenta, además de con esas condiciones generales, con peculiaridades que hacen posible su preparación y ejecución.

La guerra, o más precisamente el colapso nacional de la organización estatal, era innecesario para las revoluciones del pasado, por lo menos para las más importantes. Sin embargo, hasta ahora esa ha sido una condición fundamental para la victoria de las revoluciones comunistas. Esto se puede aplicar inclusive a China. Es cierto que allí la revolución comenzó con anterioridad a la invasión japonesa, pero continuó durante toda una década para difundirse y por fin salir victoriosa al final de la guerra. La revolución española de 1936, que habría podido ser una excepción, no tuvo tiempo para transformarse en una revolución puramente comunista y, por lo tanto, no salió victoriosa.

La razón de que la guerra fuese necesaria para la revolución comunista, o para la caída de la maquinaria del Estado, debe buscarse en la inmadurez de la economía y la sociedad. Cuando se produce el derrumbe de un sistema, y sobre todo en una guerra que ha sido desafortunada para los círculos gobernantes y el sistema estatal existentes, un grupo pequeño pero bien organizado y disciplinado es inevitablemente capaz de tomar la autoridad en sus manos.

Así, cuando se produjo la Revolución de Octubre el Partido Comunista contaba con unos 80.000 miembros. El Partido Comunista yugoeslavo inició la revolución de 1941 con unos 10.000 miembros. Para apoderarse del poder son necesarios el apoyo y la participación activa de por lo menos una parte de la población, pero en todos los casos el partido que dirige la revolución y asume el poder es un grupo minoritario que confía exclusivamente en condiciones excepcionalmente favorables. Además, ese partido no puede ser un grupo mayoritario hasta que se convierte en la autoridad establecida permanentemente.

La realización de una tarea tan grandiosa como la destrucción de un orden social y la construcción de una sociedad nueva cuando las condiciones para semejante empresa no son propicias en la economía o la sociedad, es una tarea que sólo puede atraer a una minoría, y aun así sólo a aquellos que creen fanáticamente en sus posibilidades.

Condiciones especiales y un partido particular son las características fundamentales de las revoluciones comunistas.

El logro de toda revolución, así como de toda victoria en la guerra, exige la centralización de todas las fuerzas. Según la teoría malthusiana, la Revolución Francesa fue la primera en que "todos los recursos de un pueblo en guerra fueron puestos en manos de las autoridades: la población, los alimentos y los vestidos". Esto tenía que suceder, en un grado todavía mayor, en una revolución comunista "inmatura": no sólo todos los medios materiales, sino también todos los medios intelectuales tenían que caer en manos del partido, y el partido mismo tenía que centralizarse al máximo políticamente y como organización. Sólo los partidos comunistas políticamente unidos,

firmemente agrupados alrededor del centro y con idénticos puntos de vista ideológicos pueden realizar semejante revolución.

La centralización de todos los medios y fuerzas, así como alguna clase de unidad política de los partidos revolucionarios son condiciones esenciales para que triunfe una revolución. Para la revolución comunista esas condiciones son todavía más importantes, pues desde el comienzo mismo los comunistas excluyen a todos los otros grupos o partidos independientes como aliados del suyo. Al mismo tiempo exigen la uniformidad de todos los puntos de vista, incluyendo las opiniones sobre la política práctica tanto como las teóricas, filosóficas e inclusive morales. El hecho de que los socialistas revolucionarios del centro izquierdo intervinieran en la revolución de octubre e individuos y grupos de otros partidos intervinieran en las revoluciones de China y Yugoslavia no refuta, sino más bien confirma, esta proposición: esos grupos eran sólo colaboradores del Partido Comunista y sólo intervinieron en la lucha en un grado determinado. Después de la revolución se dispersaron o se disolvieron por propia voluntad y se fundieron con el Partido Comunista. Los bolcheviques destruyeron a los socialistas revolucionarios tan pronto como éstos quisieron hacerse independientes, en tanto que los grupos no comunistas de Yugoslavia y China que habían apoyado a la revolución renunciaban a sus actividades políticas.

Las revoluciones anteriores no fueron llevadas a cabo por un solo grupo político. Seguramente, en el curso de una revolución grupos individuales se presionaban y destruían mutuamente, pero, en conjunto, la revolución no era obra de un solo grupo. En la Revolución Francesa los jacobinos consiguieron mantener su dictadura sólo durante un período breve. La dictadura de Napoleón, que surgió de la revolución, significó tanto el final de la revolución jacobina como el comienzo del gobierno de la burguesía. En cada caso, aunque un partido desempeñó un papel decisivo en las revoluciones anteriores, los otros partidos no perdieron su independencia. Aunque la supresión y la dispersión existían, sólo se podían poner en ejecución durante un tiempo muy breve. No se podía destruir a los partidos, que surgían siempre de nuevo. Hasta la Comuna de París, a la que los comunistas consideran como la precursora de su revolución y de su Estado, fue una revolución multipartidaria.

Un partido puede haber desempeñado el papel principal, y hasta un papel exclusivo, en una fase particular de una revolución. Pero ningún partido anterior estuvo centralizado ideológicamente, o como organización, en el grado en que lo estaba el Partido Comunista. Ni los puritanos en la revolución inglesa ni los jacobinos en la francesa estaban unidos por las mismas opiniones filosóficas e ideológicas, aunque los primeros pertenecían a una secta religiosa. Desde el punto de vista de la organización los jacobinos eran una federación de clubs, y los puritanos no eran ni siquiera eso. Sólo contemporáneamente las revoluciones comunistas llevaron al primer plano a partidos compulsivos monolíticos en cuanto a sus ideas y su organización.

En todos los casos es cierta una cosa: en todas las revoluciones anteriores la necesidad de métodos y partidos revolucionarios desapareció con la terminación de la guerra civil y de la intervención extranjera, y hubo que librarse de esos métodos y partidos. Después de las revoluciones comunistas, los comunistas siguen empleando los métodos y las formas de la revolución y su partido alcanza pronto el grado máximo de centralismo y de exclusividad ideológica.

Lenin lo destacó durante la revolución misma al enumerar las condiciones para la admisión en el Comintern: <sup>2</sup>

"En la presente época de aguda guerra civil un Partido Comunista sólo podrá realizar su deber si es organizado de la manera más centralizada, sólo si prevalece en él una disciplina de hierro que linda con la disciplina militar, y si su núcleo partidario es un órgano poderoso y autorizado que dispone de poderes amplios y goza de la confianza universal de los miembros del partido."

Y a eso agregó Stalin en *Fundamentos del Leninismo*: [3](#)

"Esta es la posición con respecto a la disciplina en el partido en el período de lucha que precede a la instalación de la dictadura.

Lo mismo, pero en un grado todavía mayor, debe decirse con respecto a la disciplina en el partido después de instalada la dictadura."

La atmósfera y la vigilancia revolucionarias, la insistencia en la unidad ideológica, la exclusividad política e ideológica, el centralismo político y de otras clases no cesan después de la asunción del poder. Al contrario, se intensifican todavía más.

La crueldad en los métodos, la exclusividad en las ideas y el monopolio en la autoridad de las revoluciones anteriores duraron más o menos lo que las revoluciones mismas. Puesto que en la revolución comunista la revolución es solamente el primer acto de la autoridad despótica y totalitaria de un grupo, es difícil prever la duración de esa autoridad.

En las revoluciones anteriores, incluyendo el Reinado del Terror en Francia, se prestaba una atención superficial a la eliminación de los verdaderos opositores, y ninguna a la eliminación de quienes podían llegar a ser opositores. La única excepción fue la extirpación y persecución de algunos grupos sociales o ideológicos en las guerras religiosas de la Edad Media. Por la teoría y por la práctica, los comunistas saben que están en conflicto con todas las otras clases e ideologías, y obran en consecuencia. Luchan no sólo contra una oposición real, sino también contra una potencial. En los países bálticos fueron liquidadas de la noche a la mañana millares de personas sobre la base de documentos que indicaban sus opiniones ideológicas y políticas anteriores. La matanza de varios millares de oficiales en el bosque de Katyn tuvo un carácter semejante. En el caso del comunismo, se siguen empleando métodos terroristas y opresivos mucho tiempo después de haber terminado la revolución. A veces se los perfecciona y se les da más amplitud que durante la revolución, como en el caso de la liquidación de los kulaks. La exclusividad ideológica y la intolerancia se intensifican después de la revolución. Aun cuando pueda reducir la opresión física, el partido gobernante tiende a reforzar la ideología prescrita: el marxismo-leninismo.

Las revoluciones anteriores, sobre todo las llamadas burguesas, atribuían una importancia considerable al establecimiento de libertades individuales inmediatamente después de haber cesado el terror revolucionario. Hasta los revolucionarios consideraban importante asegurar el estado legal de los ciudadanos. La administración de justicia independiente era un resultado final inevitable de todas esas revoluciones. El régimen comunista de la Unión Soviética está todavía lejos de la administración de justicia independiente tras cuarenta años de ejercicio del poder. Los resultados finales de las revoluciones anteriores eran con frecuencia una mayor seguridad legal y mayores

derechos civiles. No puede decirse lo mismo de la revolución comunista.

Hay otra gran diferencia entre las revoluciones anteriores y las comunistas contemporáneas. Las revoluciones anteriores, especialmente las más importantes, eran una consecuencia de las luchas de las clases trabajadoras, pero sus resultados definitivos beneficiaron a otra clase bajo cuya dirección intelectual y con frecuencia organizadora se realizaron esas revoluciones. La burguesía, en cuyo nombre se llevó a cabo la revolución, cosechó en gran parte los frutos de las luchas de los campesinos y los *sans-culottes*. Las masas de una nación intervienen también en una revolución comunista, pero los frutos de ésta no les benefician a ellas, sino a la burocracia. Pues la burocracia no es otra cosa que el partido que realiza la revolución. En las revoluciones comunistas no son liquidados los movimientos revolucionarios que las realizan. Las revoluciones comunistas pueden "devorar a sus propios hijos", pero no a todos.

En realidad, cuando termina una revolución comunista se producen inevitablemente disputas crueles y clandestinas entre los diversos grupos y facciones que están en desacuerdo con respecto al camino que se debe seguir.

Las acusaciones mutuas se resuelven siempre alrededor de la prueba dogmática de quién es "objetiva" o "subjetivamente" un contrarrevolucionario mayor o agente del "capitalismo" interno y extranjero. Con independencia de la manera como se resuelven esos desacuerdos, el grupo que sale victorioso es el que apoya con más consecuencia y decisión la industrialización según los principios comunistas, es decir sobre la base del monopolio total del partido, sobre todo de los organismos oficiales que dirigen la producción. La revolución comunista no devora a aquellos hijos suyos que son necesarios para su actividad futura: la industrialización. Los revolucionarios que aceptan literalmente las ideas y los lemas de la revolución, que creen ingenuamente en su realización, son liquidados por lo general. El grupo que comprende que la revolución debe asegurar la autoridad, sobre una base social y política comunista, como un instrumento de la futura transformación industrial, es el que sale victorioso.

La revolución comunista es la primera en que los revolucionarios y sus aliados, sobre todo el grupo que maneja la autoridad, sobreviven a la revolución. Grupos semejantes fracasaban inevitablemente en las anteriores. La revolución comunista es la primera que se lleva a cabo para beneficio de los revolucionarios. Ellos, y la burocracia que se forma a su alrededor, cosechan sus frutos. Esto crea en ellos, y en los escalones más amplios del partido, la ilusión de que la suya es la primera revolución que sigue siendo fiel a sus lemas.

LAS ilusiones que la revolución comunista crea acerca de sus verdaderos fines son más permanentes y extensas que las de las revoluciones anteriores, porque la revolución comunista resuelve las relaciones de una manera nueva y trae consigo una nueva forma de propiedad. Las revoluciones anteriores tenían también como consecuencia inevitable cambios más o menos importantes en las relaciones de la propiedad, pero en esas revoluciones una forma de propiedad privada reemplazaba a las otras. No es eso lo que sucede en la revolución comunista, pues el cambio es radical y profundo y la propiedad colectiva sustituye, suprimiéndola, a la propiedad privada.

La revolución comunista, mientras se halla todavía en proceso de desarrollo, destruye al capitalista, al terrateniente, la propiedad privada, es decir la propiedad que utiliza fuerzas de trabajo extrañas. Esto crea inmediatamente la creencia de que se cumple la promesa revolucionaria de un nuevo reinado de la igualdad y la justicia. El partido, o la autoridad gubernativa bajo su dirección, toma simultáneamente grandes medidas en favor de la industrialización. También esto intensifica la creencia de que ha llegado por fin el tiempo de la liberación de la necesidad. El despotismo y la opresión siguen presentes, pero se los acepta como manifestaciones temporarias que sólo durarán hasta que sea sofocada la oposición de las autoridades expropiadas y los opositores y se complete la transformación industrial.

Varios cambios esenciales se producen en el proceso mismo de la industrialización. La industrialización en un país atrasado, sobre todo si no cuenta con ayuda y le ponen obstáculos desde el exterior, exige la concentración de todos los recursos materiales. La nacionalización de la propiedad industrial y de la tierra es la primera concentración de la propiedad en manos del nuevo régimen. Sin embargo, no termina, ni puede terminar, en eso.

La nueva propiedad se pone inevitablemente en conflicto con las otras formas de propiedad. La nueva propiedad se impone por la fuerza a los pequeños propietarios que no emplean mano de obra ajena, o para quienes esa mano de obra no es esencial, es decir los artesanos, obreros, pequeños comerciantes y campesinos. Esta expropiación de los pequeños propietarios se realiza aunque no sea por motivos económicos, es decir para conseguir una mayor productividad.

En el curso de la industrialización el gobierno se apodera de la propiedad de quienes no sólo no se han opuesto, sino inclusive han ayudado a la revolución. Como cuestión de forma, el Estado se convierte también en propietario de esa propiedad. La propiedad privada cesa o disminuye hasta desempeñar un papel de importancia secundaria, pero su desaparición completa depende del capricho de los hombres nuevos que ejercen la autoridad.

A esto lo consideran los comunistas y algunos miembros de las masas como una liquidación completa de las clases y la realización de una sociedad sin clases. En realidad, las viejas clases pre-revolucionarias desaparecen al terminar la industrialización y la colectivización. Pero queda el disgusto espontáneo y no organizado de la masa del pueblo, disgusto que no cesa ni disminuye. Los errores y el engaño comunistas con respecto a los "restos" y la "influencia" de la "clase enemiga" subsisten, pero la ilusión de que la durante largo tiempo soñada sociedad sin surge gracias a esos medios es completa, por lo menos para los comunistas mismos.

Toda revolución, e inclusive toda guerra, crea ilusiones y se la realiza en nombre de ideales irrealizables. Durante la lucha esos ideales les parecen bastante reales a los combatientes; al final dejan de existir con frecuencia. No sucede lo mismo en el caso de la revolución comunista. Quienes llevan a cabo esa revolución, así como los que ocupan los escalones inferiores, conservan sus ilusiones mucho tiempo después de haber terminado la lucha armada. A pesar de la opresión, del despotismo, de las confiscaciones francas y de los privilegios de los elementos gobernantes, parte de la población, y sobre todo los comunistas, conservan las ilusiones contenidas en sus lemas.

Aunque la revolución comunista puede iniciarse con los conceptos más idealistas y poner en juego un heroísmo admirable y un esfuerzo gigantesco, siembra las ilusiones más grandes y permanentes.

Las revoluciones son inevitables en la vida de las naciones. Pueden terminar en el despotismo, pero también lanzan a las naciones por caminos que antes les estaban cerrados.

La revolución comunista no puede alcanzar uno solo de los ideales mencionados como su fuerza motriz. Sin embargo, la revolución comunista ha llevado la civilización industrial a grandes zonas de Europa y Asia. De este modo se han creado las bases materiales para una futura sociedad más libre. Por lo tanto, aunque ha traído consigo el despotismo más completo, la revolución comunista ha creado también la base para la abolición del despotismo. Así como el siglo XIX introdujo la industria moderna en Occidente, así también en el siglo XX introducirá la industria moderna en Oriente. La sombra de Lenin se extiende sobre el inmenso territorio de Eurasia de una manera u otra. En forma despótica en China, en forma democrática en la India y Birmania, todas las demás naciones asiáticas y no asiáticas están entrando inevitablemente en una revolución industrial. La revolución rusa inició ese proceso, que sigue siendo el hecho incalculable e históricamente importante de esa revolución.

PODRÍA parecer que las revoluciones comunistas son en su mayor parte decepciones históricas y ocurrencias casuales. En cierto sentido es así: ninguna de las otras revoluciones ha exigido tantas condiciones excepcionales, ninguna otra ha prometido tanto y cumplido tan poco. La demagogia y la falsedad son inevitables entre los dirigentes comunistas, puesto que están obligados a prometer la sociedad más ideal y "la abolición de toda explotación".

Sin embargo, no se puede decir que los comunistas hayan engañado a la gente, es decir que hayan hecho deliberada y conscientemente algo distinto de lo que habían prometido. La realidad es sencillamente la siguiente: no podían realizar aquello en que creían tan fanáticamente. No les es posible reconocer esto aunque se vean obligados a ejecutar una política contraria a todo lo que prometieron antes y durante la revolución. Desde su punto de vista, ese reconocimiento sería una admisión de que la revolución era innecesaria. Sería también una admisión de que ellos mismos se han hecho superfluos. Esto es imposible para ellos.

Los resultados decisivos de una lucha social nunca pueden ser como los previstos por quienes la libran. Algunas de esas luchas dependen de una serie infinita y compleja de circunstancias que no pueden controlar la inteligencia ni la acción humanas. Esto es más cierto con respecto a las revoluciones que exigen esfuerzos sobrehumanos y producen cambios apresurados y radicales en la sociedad. Engendran inevitablemente una confianza absoluta en que después de sus victorias se alcanzaría lo fundamental en cuanto a la prosperidad y la libertad humanas. La Revolución Francesa se llevó a cabo en nombre del sentido común, en la creencia de que al final se lograrían la libertad, la igualdad y la fraternidad. La revolución rusa se llevó a cabo en nombre de "una visión puramente científica del mundo", con el propósito de crear una sociedad sin clases. Ninguna de esas revoluciones se habría podido realizar si los revolucionarios, juntamente con parte de la población, no hubiesen creído en sus fines idealistas.

Las ilusiones comunistas con respecto a las posibilidades post-revolucionarias preponderaban entre los comunistas más que entre quienes los siguieron. Los comunistas debían saber, y en realidad sabían, que era inevitable la industrialización, pero sólo podían conjeturar cuáles serían sus consecuencias y relaciones sociales.

Los historiadores comunistas oficiales de la Unión Soviética y Yugoslavia describen la revolución como si hubiera sido el fruto de actos proyectados de antemano por sus dirigentes. Pero sólo se prepararon conscientemente el curso de la revolución y la lucha armada, en tanto que las formas que tomó la revolución surgieron del curso inmediato de los acontecimientos y de la acción directa realizada. Es revelador que Lenin, sin duda uno de los revolucionarios más grandes de la historia, no previera cuándo o en qué forma estallaría la revolución hasta que la tuvo casi a la vista. En enero de 1917, un mes antes de la Revolución de Febrero, y sólo diez antes de la Revolución de Octubre que lo llevó al poder, dijo en un mitin de los socialistas suizos:

"Nosotros, la vieja generación, quizá no vivamos lo suficiente para ver las batallas decisivas de la próxima revolución. Pero me parece que puedo expresar con extrema confianza la esperanza en que los jóvenes que trabajan en el admirable movimiento socialista de Suiza y del mundo entero tendrán la buena suerte no sólo de luchar, sino también de lograr la victoria en la próxima revolución del

proletariado."

¿Cómo se puede decir, por lo tanto, que Lenin, o cualquier otro, podía prever las consecuencias sociales que iban a surgir de la lucha larga y compleja de la revolución?

Pero aunque los fines comunistas, *per se*, eran irreales, los comunistas, a diferencia de los revolucionarios anteriores, se mostraron plenamente realistas en la creación de las cosas posibles. Las realizaron de la única manera posible: imponiendo su autoridad absoluta y totalitaria. La suya fue la primera revolución de la historia en la que los revolucionarios no sólo permanecen en el escenario político después de la victoria, sino que además, en el sentido más práctico, crean relaciones sociales completamente contrarias a aquellas en las que creían y que habían prometido. La revolución comunista, en el curso de su duración y transformación industrial posterior, convierte a los revolucionarios mismos en creadores y dueños de un nuevo estado social.

Las predicciones concretas de Marx resultaron inexactas. En un grado todavía mayor se puede decir lo mismo de las esperanzas de Lenin en que con ayuda de la dictadura se crearía una sociedad libre y sin clases. Pero se ha satisfecho la necesidad que hizo inevitable la revolución: la transformación industrial sobre la base de la técnica moderna.

LA lógica abstracta indicaría que la revolución comunista, cuando consigue, en condiciones diferentes y mediante la compulsión estatal, las mismas cosas conseguidas por las revoluciones industriales y el capitalismo en el Occidente, no es sino una forma de revolución para implantar el capitalismo de estado. Las relaciones que ha creado su victoria son de capitalismo de estado. Esto parece ser todavía más cierto porque el nuevo régimen regula también las relaciones políticas, obreras y de otras clases y, lo que es más importante, distribuye los ingresos y beneficios nacionales y los bienes materiales todos los cuales se han transformado en propiedad del Estado.

La discusión acerca de si las relaciones en la Unión Soviética y en otros países comunistas son o no de capitalismo de estado, socialistas o de otra clase, es en gran medida dogmática. Sin embargo, esa discusión tiene una importancia fundamental.

Aunque se suponga que el capitalismo de estado no es sino "La antesala del socialismo", como decía Lenin, o la primera fase del socialismo, no por ello le resulta más fácil soportarlo a la gente que vive bajo el despotismo comunista. Si el carácter de la propiedad y de las relaciones sociales creado por la revolución comunista se fortalece y fija, las perspectivas de que la gente se libere de esas relaciones se hacen más realistas. Pero si la gente no tiene conciencia de la naturaleza de las relaciones sociales en que vive, o si no ve una manera de poder alterarlas, sus esfuerzos no pueden tener perspectiva alguna de buen éxito.

Si la revolución comunista, a pesar de sus promesas e ilusiones, es capitalista de estado en sus empresas con relaciones capitalistas de estado, los únicos actos legales y positivos que pueden realizar sus funcionarios son los que mejoran su trabajo y reducen la presión y la irresponsabilidad de la administración estatal. Los comunistas no admiten en teoría que actúan en un sistema de capitalismo de estado, pero sus dirigentes se conducen de ese modo. Se jactan continuamente de que mejoran el trabajo de la administración y de que libran una lucha "contra la burocracia."

Además, las verdaderas relaciones no son las del capitalismo de estado, pues no proporcionan un método para mejorar fundamentalmente el sistema de la administración del Estado.

Para comprender la naturaleza de las relaciones que surgen en el curso de la revolución comunista y que luego quedan establecidas en el proceso de la industrialización y la colectivización, es necesario ahondar más en el papel y las maneras de operar del Estado bajo el comunismo. Al presente bastará con señalar que en el comunismo la maquinaria estatal no es el instrumento que determina realmente las relaciones sociales y de propiedad; es sólo el instrumento que protege esas relaciones. En verdad, todo se hace en nombre del Estado y por medio de sus reglamentaciones. El Partido Comunista, incluyendo su burocracia profesional, está por encima de las reglamentaciones y detrás de cada uno de los actos del Estado.

Es la burocracia la que usa, administra y controla oficialmente tanto la propiedad nacionalizada y socializada como la vida entera de la sociedad. El papel de la burocracia en la sociedad, es decir la administración monopolista y el control de la renta y los bienes nacionales, le da una posición especial privilegiada. Las relaciones sociales se parecen a las del capitalismo de estado, tanto más por cuanto la industrialización se realiza no con la ayuda de capitalistas, sino con la ayuda de la

maquinaria estatal. En realidad esa clase privilegiada realiza esa función utilizando la maquinaria del Estado como una cubierta y un instrumento.

La propiedad no es sino el derecho al beneficio y la dirección. Si se definen los beneficios de clase por ese derecho, los estados comunistas, en último análisis, han visto el origen de una nueva forma de propiedad, o de una nueva clase gobernante y explotadora.

En realidad, los comunistas no pueden actuar de un modo distinto que cualquiera de las clases gobernantes que les han precedido. Creyendo que construían una sociedad nueva e irreal, han construido una para ellos mismos y del único modo que podían. Su revolución y su sociedad no parecen accidentales o artificiales, sino algo natural para un país particular y para ciertos períodos de su desarrollo. Por este motivo, por extensa e inhumana que haya sido la tiranía comunista, la sociedad, en el transcurso de cierto período —tan largo como el que dure la industrialización— tiene que soportar y soporta la tiranía. Además, esta tiranía ya no parece algo inevitable, sino exclusivamente una seguridad para las depredaciones y los privilegios de una clase nueva.

En contraste con las revoluciones anteriores, la revolución comunista, realizada para terminar con las clases, ha traído consigo la autoridad más completa de una sola clase nueva. Todo lo demás es falso y una ilusión.



EN la Unión Soviética y otros países comunistas ha sucedido todo de una manera distinta de como pronosticaron sus dirigentes, inclusive algunos tan prominentes como Lenin, Stalin, Trotsky y Bukharin. Éstos esperaban que el Estado desapareciera rápidamente y se fortaleciera la democracia. Ha sucedido lo contrario. Esperaban un rápido mejoramiento del nivel de vida, y a este respecto apenas se ha producido cambio alguno, y en los países subyugados de la Europa oriental ese nivel inclusive ha empeorado. En todos los casos, el nivel de vida no se ha elevado en proporción con la velocidad de la industrialización, que ha sido mucho más rápida. Se creía que las diferencias entre las ciudades y las aldeas, entre el trabajo físico y el intelectual, desaparecerían lentamente, y en cambio han aumentado esas diferencias. Las esperanzas comunistas en otros aspectos, inclusive las relacionadas con acontecimientos en el mundo no comunista, no se han materializado.

La mayor ilusión era la industrialización y colectivización en la Unión Soviética y la destrucción de la propiedad capitalista que traería consigo una sociedad sin clases. En 1936, cuando se promulgó la nueva Constitución, Stalin anunció que la "clase explotadora" había dejado de existir. La clase capitalista y las otras de antiguo origen habían sido destruidas realmente, pero se había formado una clase nueva hasta entonces desconocida en la historia.

Es incomprensible que esta clase, como las anteriores a ella, creyera a que el establecimiento de su poder traería consigo la felicidad y la libertad para todos los hombres. La única diferencia entre ésta y las otras clases consistía en que ésta trataba más crudamente la demora en la realización de sus ilusiones. Afirmaba que su poder era más completo que el de cualquier otra clase anterior de la historia y sus ilusiones y prejuicios de clase eran proporcionalmente mayores.

Esta clase nueva, la burocracia, o más exactamente la burocracia política, posee todas las características de las anteriores, así como algunas nuevas propias. Su origen tiene también sus características especiales, aunque en esencia ha sido semejante a los comienzos de otras clases.

También otras clases obtuvieron su fuerza y su poder mediante el método revolucionario, destruyendo los órdenes político, social y los otros que encontraron en su camino. Sin embargo, casi sin excepción, esas clases consiguieron el poder *después* de haber tomado forma en la sociedad vieja nuevas normas económicas. Con la nueva clase de los sistemas comunistas sucedió lo contrario. No llegó al poder para *completar* un nuevo orden económico, sino para *establecer* el suyo propio, y, al hacer eso, imponer su poder a la sociedad.

En épocas anteriores la llegada al poder de una clase, parte de una clase o un partido era el acontecimiento final resultante de su formación y de su desarrollo. En la Unión Soviética sucedió lo contrario. Allí la clase nueva se formó definitivamente después de alcanzar el poder. Tuvo que desarrollar su conciencia en vista de sus poderes económicos y físicos, porque no estaba arraigada en la vida de la nación. Esta clase contemplaba su papel en relación con el mundo desde un punto de vista idealista. Eso no disminuía sus posibilidades prácticas. A pesar de sus ilusiones, representaba una tendencia objetiva hacia la industrialización. Su inclinación práctica emanaba de esa tendencia. La promesa de un mundo ideal aumentaba la fe en las filas de la nueva clase y sembraba ilusiones entre las masas. Al mismo tiempo inspiraba empresas físicas gigantescas.

Como esta clase nueva no había sido formada como parte de la vida económica y social antes de su llegada al poder, sólo podía ser creada en una organización de un tipo especial, que se distinguía por una disciplina especial basada en las opiniones filosóficas e ideológicas idénticas de sus miembros. Una unidad de doctrina y una disciplina de hierro eran necesarias para superar sus debilidades.

Las raíces de la clase nueva se hallaban en un partido especial de tipo bolchevique. Lenin tenía razón al opinar que su partido era una excepción en la historia de la sociedad humana, aunque no sospechaba que sería el comienzo de una clase nueva.

Para ser más precisos diremos que los iniciadores de la nueva clase no se encuentran en el partido de tipo bolchevique en general, sino en el estrato de los revolucionarios profesionales que formaban su núcleo antes de llegar al poder. Lenin no afirmó por casualidad después del fracaso de la revolución de 1905 que sólo los revolucionarios profesionales —hombres cuya única profesión era la actividad revolucionaria— podían organizar un partido nuevo de tipo bolchevique. Era todavía menos casual que Stalin, el futuro creador de la nueva clase, fuese el ejemplo más destacado de ese revolucionario profesional. La nueva clase gobernante ha ido surgiendo poco a poco de ese estrato muy reducido de revolucionarios. Esos revolucionarios constituyeron su núcleo durante largo tiempo. Trotsky advirtió que en los revolucionarios profesionales anteriores a la revolución estaba el origen del futuro burócrata estalinista. Lo que no advirtió fue la creación de una nueva clase de propietarios y explotadores.

Esto no quiere decir que el nuevo partido y la clase nueva sean idénticos. Sin embargo, el partido es el núcleo de esa clase y su base. Es muy difícil, quizá imposible, definir los límites de la nueva clase e identificar a sus miembros. Puede decirse que la nueva clase está formada por aquellos que poseen privilegios especiales y preferencias económicas a causa del monopolio administrativo que ejercen.

Puesto que la administración es inevitable en la sociedad, las funciones administrativas necesarias pueden coexistir con funciones parásitas en la misma persona. No todos los miembros del partido son miembros de la nueva clase, como tampoco eran burgueses todos los artesanos ni todos los habitantes de una ciudad.

En términos generales, a medida que la clase nueva se va haciendo más fuerte y adquiere una fisonomía más perceptible, el papel del partido disminuye. El núcleo y la base de la clase nueva se crean en el partido y en su cima, así como en los órganos políticos del Estado. El partido en otro tiempo vivo, compacto y lleno de iniciativa desaparece para transformarse en la oligarquía tradicional de la nueva clase, que atrae irresistiblemente a sus filas a quienes aspiran a ingresar en la clase nueva y reprimir a quienes tienen ideales.

El partido hace la clase, pero la clase se desarrolla como consecuencia y utiliza al partido como base. La clase se hace más fuerte, en tanto que el partido se debilita. Tal es el destino inevitable de todo partido comunista en el poder.

Si no se interesara materialmente por la producción o si no tuviera dentro de sí mismo las potencialidades para la creación de una clase nueva, ningún partido podría actuar de una manera tan temeraria moral e ideológicamente, y mucho menos permanecer en el poder largo tiempo. Stalin declaró, después de la terminación del primer Plan Quinquenal: "Si no hubiéramos creado el aparato habríamos fracasado." Si hubiera sustituido la palabra "aparato" por "clase nueva" todo habría sido más claro.

Parece extraordinario que un partido político pueda ser el comienzo de una clase nueva. Los partidos son generalmente el producto de clases y estratos que se han hecho fuertes intelectual y económicamente. Sin embargo, si se tienen en cuenta las verdaderas condiciones en la Rusia pre-revolucionaria y en otros países en los que el comunismo se impuso a las fuerzas nacionales, resultará evidente que un partido de este tipo es el producto de oportunidades peculiares y que no hay en ello nada extraordinario ni accidental. Aunque las raíces del bolcheviquismo penetran muy profundamente en la historia rusa, el partido es en parte el producto del único sistema de relaciones internacionales en que se encontró Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Rusia ya no podía vivir en el mundo moderno como una monarquía absoluta, y el capitalismo ruso era demasiado débil y demasiado dependiente de los intereses de las potencias extranjeras para que le fuera posible realizar una revolución industrial. Esta revolución sólo podía ser llevada a cabo por una clase nueva, o por un cambio en el orden social. Hasta entonces no existía semejante clase.

En la historia lo único que importa es, no quien realiza un proceso, sino que se realice ese proceso. Tal era el caso en Rusia y los otros países en los que se produjeron revoluciones comunistas. La revolución creó las fuerzas, los dirigentes, las organizaciones y las ideas que se necesitaban para ello. La nueva clase nació por razones objetivas y por el deseo, el talento y la acción de sus dirigentes.

EL origen social de la nueva clase se halla en el proletariado, así como la aristocracia surgió en una sociedad campesina y la burguesía en una sociedad de comerciantes y artesanos. Hay excepciones que dependen de las condiciones nacionales, pero el proletariado de los países económicamente poco desarrollados, por estar atrasado, constituye la materia prima de la que sale la nueva clase.

Existen otras razones para que la nueva clase actúe siempre como la defensora de la clase trabajadora. Esa nueva clase es anticapitalista y, por consiguiente, depende lógicamente de los estratos obreros. La apoyan la lucha proletaria y la fe tradicional del proletariado en una sociedad socialista o comunista en la que no exista una explotación brutal. Es vitalmente importante para la nueva clase asegurar una corriente de producción normal, y de ahí que no pueda perder su conexión con el proletariado. Y lo que es más importante, la clase nueva no puede conseguir la industrialización y consolidar su poder sin la ayuda de la clase trabajadora. Por otra parte, la clase trabajadora ve en la industria creciente la salvación de su pobreza y desesperación. Durante un largo período de tiempo coinciden y se unen los intereses, las ideas, la fe y las esperanzas de la nueva clase, partes de la clase obrera y los campesinos pobres. Esas combinaciones se han producido en el pasado entre otras clases muy diferentes. ¿Acaso la burguesía no representó a los campesinos en la lucha contra los señores feudales?

El avance de la nueva clase hacia el poder se produce como consecuencia de los esfuerzos del proletariado y de los pobres. Es en las masas en la que tiene que apoyarse el partido o la clase nueva y es con sus intereses con los que está más estrechamente aliada. Esto es cierto hasta que la clase nueva establece por fin su poder y su autoridad. Además, la nueva clase se interesa por el proletariado y los pobres sólo en la medida necesaria para el desarrollo de la producción y para mantener subyugadas a las fuerzas sociales más agresivas y rebeldes.

El monopolio que la nueva clase establece en nombre de la clase trabajadora sobre toda la sociedad es, ante todo, un monopolio sobre la clase trabajadora misma. Este monopolio es en primer término intelectual, sobre el llamado proletariado de *avant-garde*, y luego sobre todo el proletariado. Esta es la mayor decepción que puede causar la nueva clase, pero pone de manifiesto que su fuerza y su interés radican principalmente en la industria. Sin industria la nueva clase no puede consolidar su posición o autoridad.

Los hijos de la clase obrera son los miembros más resueltos de la nueva clase. El destino de los esclavos ha consistido siempre en proporcionar a sus amos los representantes más inteligentes y capaces. En este caso ha nacido de la clase explotada una nueva clase explotadora y gobernante.

CUANDO se analiza críticamente los sistemas comunistas se considera que su distinción fundamental reside en el hecho de que gobierna al pueblo una burocracia organizada en un estrato especial. Esto es cierto en general. Sin embargo, un análisis más minucioso mostrará que sólo un estrato especial de burócratas, los que no son funcionarios administrativos, forman el núcleo de la burocracia gobernante, o, según mi terminología, de la clase nueva. Esta es en realidad una burocracia partidaria o política. Los otros funcionarios son sólo el aparato que maneja la nueva clase. Ese aparato puede ser tosco y lento, pero como quiera que sea, tiene que existir en toda sociedad socialista. Es sociológicamente posible trazar la línea divisoria entre los diferentes tipos de funcionarios, pero en la práctica son indistinguibles. Esto es cierto no sólo porque el sistema comunista, por su naturaleza misma, es burocrático, sino también porque los comunistas manejan las diversas funciones administrativas importantes. Además, el estrato de burócratas políticos no puede disfrutar de sus privilegios si no arroja las migajas de su mesa a las otras categorías burocráticas.

Es importante que se tengan en cuenta las diferencias fundamentales que existen entre las burocracias políticas mencionadas aquí y las que surgen con cada centralización de la economía moderna, especialmente las centralizaciones que llevan a formas colectivas de propiedad, como los monopolios, las compañías y la propiedad estatal. El número de empleados aumenta constantemente en los monopolios capitalistas y también en las industrias nacionalizadas del Occidente. En *Human Relations in Administration* <sup>4</sup>, R. Dubin dice que los funcionarios oficiales relacionados con la economía se están convirtiendo en un estrato especial de la sociedad.

“... Los funcionarios poseen la sensación de que todos los que trabajan juntos tienen un destino común. Comparten los mismos intereses, sobre todo porque existe una competencia relativamente pequeña en la medida en que los ascensos se realizan de acuerdo con la antigüedad. La agresión en grupo queda así reducida al mínimo y en consecuencia se considera que este sistema es positivamente beneficioso para la burocracia. Sin embargo, el *esprit de corps* y la organización social irregular que se producen típicamente en esas situaciones llevan con frecuencia a que el personal defienda sus intereses atrincherados más bien que a que ayude a su clientela y a los altos funcionarios elegidos.”

Aunque esos funcionarios tienen mucho en común con los burócratas comunistas, especialmente en lo que respecta al *esprit de corps*, no son idénticos. Si bien los burócratas del gobierno y de otras clases de los sistemas no comunistas forman un estrato especial, no ejercen la autoridad como los comunistas. Los burócratas de un Estado no comunista tienen amos políticos, generalmente electos, o propietarios que ejercen la autoridad sobre ellos, en tanto que los comunistas no tienen amos ni propietarios que los manden. Los burócratas de un Estado no comunista son funcionarios en una economía capitalista moderna en tanto que los comunistas son algo diferente y nuevo: una clase nueva.

Como sucede con otras clases poseedoras, la prueba de que se trata de una clase especial se halla en su propiedad y en sus relaciones especiales con las otras clases. Del mismo modo, la clase a que

pertenece un miembro es indicada por los privilegios materiales y de otros géneros que le proporciona la propiedad.

Tal como la define el derecho romano, la propiedad constituye el uso, el disfrute y la disposición de bienes materiales. La burocracia política comunista usa, disfruta y dispone de la propiedad nacionalizada.

Si damos por supuesto que la calidad de miembro de esta burocracia o nueva clase propietaria, se basa en el uso de privilegios inherentes en la propiedad —en este caso de bienes materiales nacionalizados—, entonces la calidad de miembro de la nueva clase partidaria o burocracia política, se refleja en una obtención de bienes materiales y de privilegios mayor que la que la sociedad concedería normalmente por esas funciones. En la práctica, el privilegio de propiedad de la nueva clase se manifiesta como un derecho exclusivo a que la burocracia política distribuya la renta nacional, fije los salarios, dirija el desarrollo económico y disponga de la propiedad nacionalizada y la otra. Así es como se presenta ante el hombre corriente, quien considera al funcionario comunista como un hombre muy rico y que no tiene que trabajar.

La propiedad privada ha demostrado ser, por numerosas razones, desfavorable para el establecimiento de la nueva autoridad de clase. Además, la destrucción de la propiedad privada era necesaria para la transformación económica de las naciones. La nueva clase obtiene su poder, sus privilegios, su ideología y sus costumbres de una forma de propiedad peculiar: la propiedad colectiva, que la clase administra y distribuye en nombre de la nación y de la sociedad.

La nueva clase sostiene que la propiedad se deriva de una relación social designada. Es la relación entre los monopolistas de la administración, que constituyen un estrato estrecho y cerrado, y la masa de productores (labradores, obreros e intelectuales) que carece de derechos. Pero esa relación no es válida, puesto que la burocracia comunista goza del monopolio en la distribución de bienes materiales.

Todo cambio fundamental en la relación social entre quienes monopolizan la administración y quienes trabajan se refleja inevitablemente en la relación de propiedad. Las relaciones sociales y políticas y la propiedad —el totalitarismo del gobierno y el monopolio de la autoridad— se ponen más completamente de acuerdo en el comunismo que en cualquier otro sistema particular.

Despojar a los comunistas de sus derechos de propiedad sería suprimirlos como clase. Obligarles a renunciar a sus otros poderes sociales, para que los obreros puedan participar en los beneficios de su trabajo —lo que los capitalistas han tenido que permitir como consecuencia de las huelgas y de la acción parlamentaria— significaría privarles de su monopolio sobre la propiedad, la ideología y el gobierno. Eso sería el comienzo de la democracia y la libertad en el comunismo, el fin del monopolismo y el totalitarismo comunistas. Hasta que suceda eso no puede haber indicios de que se producen cambios importantes, fundamentales en los sistemas comunistas, por lo menos a los ojos de los hombres que piensan seriamente en el progreso social.

Los privilegios de propiedad de la nueva clase y el ingreso en esa clase son los privilegios de la *administración*. Esos privilegios se extienden desde la administración del Estado y de las empresas económicas hasta la de los deportes y los organismos humanitarios. La dirección política, partidaria o "general" está a cargo del núcleo central. Esa posición directiva trae consigo privilegios. En su *Stalin au pouvoir*, publicado en París en 1951, Orlov afirma que el sueldo medio de un obrero en la Unión Soviética en 1935 era de 1.800 rublos anuales, en tanto que el sueldo y las asignaciones del

secretario de una comisión de radio ascendía a 45.000 rublos anuales. La situación ha cambiado desde entonces tanto para los obreros como para los funcionarios del partido, pero la esencia sigue siendo la misma. Otros autores han llegado a las mismas conclusiones. Las diferencias entre el sueldo de los obreros y el de los funcionarios del partido son extremas, lo que no podía ocultarse a las personas que visitaban la Unión Soviética o los otros países comunistas durante los últimos años.

También otros sistemas cuentan con sus políticos profesionales. Uno puede pensar bien o mal de ellos, pero su existencia es necesaria. La sociedad no puede vivir sin un Estado o un gobierno, y por lo tanto no puede vivir sin aquellos que lo defienden.

Sin embargo, hay diferencias fundamentales entre los políticos profesionales de otros sistemas y los del sistema comunista. En casos extremos, los políticos de otros sistemas utilizan al gobierno para asegurarse privilegios para ellos mismos y sus partidarios, o para favorecer los intereses económicos de un estrato social u otro. La situación es diferente en el sistema comunista, en el que el poder y el gobierno se identifican con el uso, el disfrute y la disposición de casi todos los bienes nacionales. Quien se apodera del poder se apodera de los privilegios e indirectamente de la propiedad. En consecuencia, en el comunismo el poder o la política como profesión constituye el ideal de quienes desean o tienen la probabilidad de vivir a expensas de los demás.

El ingreso en el Partido Comunista antes de la revolución significaba un sacrificio. Ser un revolucionario profesional era uno de los honores más altos. Ahora que el Partido ha consolidado su poder la afiliación al mismo significa que uno pertenece a una clase privilegiada. Y en el núcleo del partido figuran los explotadores y amos todopoderosos.

La revolución comunista y el sistema comunista han estado ocultando durante mucho tiempo su verdadera naturaleza. La aparición de la nueva clase ha quedado oculta bajo la fraseología socialista y, lo que es más importante, bajo las nuevas formas colectivas de la propiedad. La llamada propiedad socialista es un disfraz de la verdadera propiedad por la burocracia política. Y al comienzo esa burocracia se apresuraba a realizar la industrialización y ocultaba bajo ella su composición de clase.

LA evolución del comunismo moderno y la aparición de la nueva clase se ponen de manifiesto en el carácter de quienes lo inspiraron y el papel que desempeñaron.

Los dirigentes y sus métodos, desde Marx hasta Khrushchev, han variado y cambiado. A Marx no se le ocurrió impedir que otros expusieran sus ideas. Lenin toleraba la libre discusión en su partido y no creía que tribunales partidarios, y todavía menos el jefe del partido, pudiese reglamentar la expresión de ideas "correctas" o "incorrectas" Stalin suprimió toda clase de discusión dentro del partido y concedió el derecho a exponer la ideología solamente al núcleo central, o sea a él mismo. Otros movimientos comunistas han sido diferentes. Por ejemplo, la Unión Internacional de Trabajadores (la llamada Primera Internacional) de Marx no tenía una ideología marxista, pues la formaban diversos grupos que sólo aceptaban las resoluciones con las que estaban de acuerdo sus miembros. El partido de Lenin era un grupo de *avant-garde* que combinaba una moralidad revolucionaria interna y una estructura ideológica monolítica con cierta clase de democracia. Bajo Stalin ese partido se convirtió en una masa de hombres ideológicamente desinteresados que recibían sus ideas desde arriba, pero se mostraban enérgicos y unánimes en la defensa de un sistema que les aseguraba privilegios indiscutibles. Marx nunca creó realmente un partido. Lenin destruyó todos los partidos con excepción del suyo, incluyendo el partido socialista. Stalin relegó a la segunda fila inclusive al Partido Bolchevique, transformando su núcleo en el núcleo de una clase nueva y al partido en un grupo privilegiado impersonal e incoloro.

Marx creó un sistema de los papeles de las clases y de la lucha de clases en la sociedad, aunque no fue él quien las descubrió, y veía a la humanidad como formada principalmente por miembros de clases discernibles si bien no hacía más que repetir la filosofía estoica de Terencio: "*Humani nihil a me alienun puto.*" Lenin veía a los hombres como seres que comparten ideas más bien que como miembros de clases discernibles. Stalin sólo veía en los hombres súbditos obedientes o enemigos. Marx murió en Londres como un emigrante pobre, pero muy apreciado por los hombres cultos y en el movimiento obrero; Lenin murió como el dirigente de una de las revoluciones más grandes, pero también como un dictador a cuyo alrededor había comenzado a formarse un culto; cuando murió Stalin se había transformado ya en un dios.

Estos cambios en las personalidades son sólo el reflejo de los cambios que se habían producido ya en el movimiento comunista y constituían su alma misma.

Aunque no se dio cuenta de ello, Lenin inició la organización de la clase nueva. Hizo que el partido siguiera las líneas bolcheviques y expuso la teoría de que ese partido debía desempeñar un papel único y dirigente en la construcción de una sociedad nueva. Este es sólo un aspecto de su obra multilateral y gigantesca; es el aspecto que nació de sus actos más bien que de sus deseos. Es también el aspecto que hizo que la clase nueva le venerara.

Sin embargo, el creador verdadero y directo de la nueva clase fue Stalin. Era un hombre de reflejos rápidos y tendencia al mal humor, no muy educado ni buen orador. Pero era implacablemente dogmático y gran administrador, un georgiano que sabía mejor que nadie adónde le llevaban a Rusia sus nuevas fuerzas. Creó la clase nueva utilizando los medios más bárbaros, sin perdonar ni siquiera a la clase misma. Era inevitable que ésta, que le había colocado en la cima, se sometiese luego a su

manera de ser desenfrenada y brutal. Era el verdadero dirigente de esa clase mientras ésta se iba formando y conseguía el poder.

La nueva clase nació en la lucha revolucionaria del Partido Comunista, pero se desarrolló durante la revolución Industrial. Sin la revolución, sin la industria, la situación de la clase no habría sido segura y su poder limitado.

Mientras el país era industrializado, Stalin comenzó a introducir variaciones importantes en los sueldos, al mismo tiempo que permitía que siguiera la tendencia a obtener diversos privilegios. Creía que la industrialización quedaría en nada si la nueva clase no se interesaba materialmente por el proceso mediante la adquisición de alguna propiedad. Sin la industrialización a la nueva clase le habría sido difícil mantener su posición, pues no habría contado con justificación histórica ni con recursos materiales para seguir existiendo.

El aumento de los miembros del partido, o sea de la burocracia, se relacionaba estrechamente con esto. En 1927, en vísperas de la industrialización, el Partido Comunista Soviético contaba con 887.233 miembros. En 1934, al final del primer Plan Quinquenal, su número había aumentado a 1.874.488. Se trataba de un fenómeno evidentemente relacionado con la industrialización: mejoraban las perspectivas para la nueva clase y aumentaban los privilegios para sus miembros. Lo que es más, los privilegios y la clase crecían más rápidamente que la industrialización misma. Es difícil citar estadísticas a este respecto, pero la conclusión es evidente para quien tiene en cuenta que el nivel de vida no ha marchado al paso de la producción industrial, pues la nueva clase se ha apoderado de la parte del león del económico y de otros progresos conquistados con los sacrificios y los esfuerzos de las masas.

El establecimiento de la nueva clase no se realizó suavemente. Encontró la oposición enconada de las clases existentes y de los revolucionarios que no podían conciliar la realidad con los ideales por los que luchaban. En la Unión Soviética la oposición de los revolucionarios se hizo más evidente en el conflicto entre Trotsky y Stalin. El conflicto entre Trotsky y Stalin, o entre los opositores del partido y Stalin, así como el conflicto entre el régimen y los campesinos, se fueron intensificando a medida que avanzaba la industrialización y aumentaban el poder y la autoridad de la nueva clase.

Trotsky, orador excelente, estilista brillante, polemista hábil, hombre culto y muy inteligente, sólo carecía de una cualidad: el sentido de la realidad. Quería ser un revolucionario en un período en que la vida imponía la normalidad. Deseaba revivificar a un partido revolucionario que se estaba transformando en algo completamente distinto, en una clase nueva a la que no le interesaban los grandes ideales, sino únicamente los placeres cotidianos de la vida. Esperaban acción de una masa ya cansada por la guerra, el hambre y la muerte, en un momento en que la nueva clase retenía ya firmemente las riendas y había comenzado a experimentar las dulzuras del privilegio. Los fuegos artificiales de Trotsky iluminaron los cielos distantes, pero no podían reanimar el entusiasmo en los hombres cansados. Advirtió agudamente el aspecto lamentable de los nuevos fenómenos, pero no captó su significado. Además, nunca había sido bolchevique. Este era su defecto y su virtud. Al atacar a la burocracia del partido en nombre de la revolución atacaba el culto del partido y, aunque no se daba cuenta de ello, a la nueva clase.

Stalin no miraba ni muy adelante ni muy atrás. Se había colocado al frente de un nuevo poder que nacía en aquel momento, de la clase nueva, de la burocracia política, y se convirtió en su dirigente y su organizador. No predicaba; tomaba decisiones. Prometía también un futuro brillante, pero era un

futuro que la burocracia podía contemplar como algo real porque su vida mejoraba de día en día y su posición se fortalecía. Hablaba sin ardor ni color, pero la nueva clase podía comprender muy bien aquel lenguaje realista. Trotsky deseaba extender la revolución a Europa; Stalin no se oponía a esa idea, pero esa empresa peligrosa no le impedía preocuparse por la Madre Rusia o, concretamente, por los medios de fortalecer el nuevo sistema y de aumentar el poderío y la reputación del Estado ruso. Trotsky era un hombre de la revolución del pasado; Stalin era un hombre de la actualidad y, por lo tanto, del futuro.

En la victoria de Stalin vio Trotsky la reacción thermidoriana contra la revolución, en realidad la corrupción burocrática del gobierno soviético y de la causa revolucionaria. En consecuencia, comprendió y le hirió profundamente la amoralidad de los métodos de Stalin. Trotsky, aunque no se daba cuenta de ello, fue el primero que, en el intento de salvar al movimiento comunista, descubrió la esencia del comunismo contemporáneo. Pero no fue capaz de ver toda su trayectoria hasta el final. Suponía que se trataba únicamente de un aumento momentáneo de la burocracia que corrompía al partido y a la revolución, y dedujo de ello que la solución era un cambio en lo alto, mediante una "revolución de palacio". Cuando se llevó a cabo realmente una revolución de palacio después de la muerte de Stalin, se pudo ver que lo esencial no había cambiado, pues estaba implicado algo más profundo y duradero. El Thermidor soviético de Stalin no sólo había llevado a la instalación de un gobierno más despótico que el anterior, sino también a la instalación de una clase. Era la continuación de la otra violenta revolución exterior que inevitablemente había creado y fortalecido a la clase nueva.

Stalin podía, con igual si no con mayor derecho que Trotsky, remitirse a Lenin y a toda la revolución, pues era el hijo legítimo aunque perverso de Lenin y la revolución.

La historia no registra anteriormente la existencia de una personalidad como la de Lenin, quien, con su adaptabilidad y su persistencia, llevó a cabo una de las revoluciones más grandes que han conocido los hombres. Tampoco registra una personalidad como la de Stalin, quien tomó a su cargo la enorme tarea de fortalecer, con el poder y la propiedad, a una clase nueva nacida de una de las revoluciones más importantes producida en uno de los mayores países del mundo.

Detrás de Lenin, que era todo pasión y pensamiento, se alza la figura opaca y gris de José Stalin, el símbolo de la ascensión difícil, cruel e inescrupulosa de la nueva clase a su poderío final.

Después de Lenin y Stalin vino lo que tenía que venir, a saber la mediocridad en la forma de dirección colectiva. Y apareció también el "hombre del pueblo" aparentemente sincero, bondadoso y no intelectual: Nikita Khrushchev. La nueva clase no necesita ya a los revolucionarios o dogmáticos que necesitaba en otro tiempo; se satisface con personalidades sencillas, como Khrushchev, Malenkov, Bulganin y Shepilov, cada una de cuyas palabras refleja al hombre común. La nueva clase misma está cansada de depuraciones dogmáticas y sesiones de adiestramiento. Le gustaría vivir tranquilamente. Tiene que protegerse inclusive de su pro pio dirigente autorizado ahora que ya está fortalecida adecuadamente. Stalin siguió siendo tal como era cuando la clase estaba débil, cuando era necesario tomar medidas crueles inclusive contra los miembros de las propias filas que amenazaban con desviarse. Ahora es innecesario todo eso. Sin renunciar a nada de lo que creó bajo la dirección de Stalin, la nueva clase parece estar renunciando a su autoridad en los últimos pocos años. Pero no renuncia realmente a la autoridad, sino sólo a los métodos de Stalin que, según Khrushchev, ofenden a "los buenos comunistas".

La época revolucionaria de Lenin fue sustituida por la época de Stalin, en la que la autoridad, la propiedad y la industrialización fueron fortalecidas de tal modo que pudo comenzar la muy deseada vida buena y pacífica de la nueva clase. El comunismo *revolucionario* de Lenin fue sustituido por el comunismo *dogmático* de Stalin, que, a su vez, ha sido sustituido por el comunismo *no dogmático* y la llamada dirección colectiva de un grupo de oligarcas.

Estas son las tres fases de desarrollo de la nueva clase en la Unión Soviética, o del comunismo ruso, o de cualquier otro tipo de comunismo de una manera u otra.

El destino del comunismo yugoeslavo consistía en unificar esas tres fases en la personalidad particular de Tito, juntamente con las características nacionales y personales. Tito es un gran revolucionario, pero sin ideas originales; ha conseguido el poder personal, pero sin la desconfianza y el dogmatismo de Stalin. Como Khrushchev, Tito es un representante del pueblo, es decir de las capas medias del partido. El camino que ha seguido el comunismo yugoeslavo —haciendo una revolución, copiando al estalinismo y luego renunciando al estalinismo y buscando su propia forma— se ve más claramente en la personalidad de Tito. El comunismo yugoeslavo ha sido más consecuente que otros partidos en la conservación de la esencia del comunismo, pero sin renunciar a forma alguna que pudiera serle útil.

Las tres fases en la evolución de la nueva clase —Lenin, Stalin y la "dirección colectiva"— no están completamente divorciadas entre sí en cuanto a la esencia o las ideas.

También Lenin era dogmático y también Stalin era revolucionario, así como la dirección colectiva recurrirá al dogmatismo y a los métodos revolucionarios cuando sea necesario. Lo que es más, el no dogmatismo de la dirección colectiva se aplica únicamente a ella misma, a los jefes de la nueva clase. Por otra parte, el pueblo debe ser "educado" tanto más persistentemente en el espíritu del dogma, es decir del marxismo-leninismo. Al relajar su severidad y su exclusividad dogmáticas, la nueva clase, que se fortalece económicamente, tiene probabilidades de lograr una mayor flexibilidad.

La era heroica del comunismo pertenece al pasado. La época de sus grandes dirigentes ha terminado. La época de los hombres prácticos comienza. La nueva clase está creada. Se halla en la cumbre de su poder y su riqueza, pero carece de ideas nuevas. No tiene nada más que decir al pueblo. Lo único que le queda por hacer es justificarse.

NO tendría importancia dejar sentado el hecho de que en el comunismo contemporáneo se halla implicada una nueva clase propietaria y explotadora y no sólo una dictadura temporaria y su burocracia arbitraria si algunos comunistas anti-estalinistas, incluyendo a Trotsky así como a los socialdemócratas, no hubieran descrito a la capa gobernante como un fenómeno burocrático pasajero a causa del cual el nuevo ideal, la sociedad sin clases, todavía en pañales, debe sufrir como tuvo que sufrir la sociedad burguesa bajo el despotismo de Cromwell y Napoleón.

Pero la nueva clase es realmente una clase nueva, con una composición y un poder especiales. De cualquier definición científica de una clase, inclusive de la definición marxista, según la cual algunas clases son inferiores a otras de acuerdo con su posición particular en la producción, sacamos la conclusión de que en la Unión Soviética y los otros países comunistas existe una clase nueva de propietarios y explotadores. La característica particular de esta nueva clase es la propiedad colectiva. Los teóricos comunistas afirman, y algunos hasta lo creen, que el comunismo ha llegado a la propiedad colectiva.

La propiedad colectiva ha existido, en diversas formas, en todas las sociedades anteriores. Todos los despotismos del antiguo Oriente se basaban en la preeminencia de la propiedad del Estado o del Rey. En el Egipto antiguo, después del Siglo XV antes de Cristo, la tierra cultivable pasó a ser de propiedad privada. Con anterioridad a esa época sólo los hogares y los edificios circundantes eran de propiedad privada. La tierra perteneciente al Estado era entregada para el cultivo y los funcionarios del gobierno la administraban y cobraban los impuestos correspondientes. Los canales y las instalaciones, así como las obras más importantes, eran también de propiedad del Estado. El Estado lo poseía todo hasta que perdió su independencia en el siglo 1 de nuestra era.

Esto contribuye a explicar la edificación de los Faraones de Egipto y de los emperadores que uno encuentra en todos los despotismos del antiguo Oriente. Esa propiedad explica también la realización de empresas gigantescas, como la construcción de templos, tumbas, castillos de emperadores, canales, caminos y fortificaciones.

El Estado romano trató también a la tierra conquistada como de propiedad del Estado y poseía gran número de esclavos. La Iglesia medieval contaba asimismo con propiedad colectiva.

El capitalismo, por su naturaleza misma, era enemigo de la propiedad colectiva hasta la creación de las sociedades por acciones. Siguió siendo enemigo de la propiedad colectiva, aunque nada podía hacer contra las nuevas intrusiones de esa propiedad y la ampliación de su zona de operaciones.

Los comunistas no inventaron la propiedad colectiva como tal, pero sí inventaron la manera de hacer que lo abarque todo, de hacerla más extensa que en épocas anteriores, inclusive más que en el Egipto de los Faraones. Eso es todo lo que hicieron los comunistas.

La propiedad de la nueva clase, así como su carácter, se formaron durante un período de tiempo y estuvieron sujetos a un cambio constante durante el proceso. Al principio, sólo una pequeña parte de la nación sentía la necesidad de que todas las facultades económicas fuesen puestas en manos de un partido político con el propósito de ayudar a la transformación industrial. El partido, actuando como la *avant-garde* del proletariado y como "la fuerza más culta del socialismo", reclamaba

insistentemente esa centralización que sólo se podía conseguir mediante un cambio en la propiedad. Ese cambio se hizo en realidad y formalmente mediante la nacionalización en primer lugar de las grandes empresas y luego de las menores. La abolición de la propiedad privada fue un requisito previo para la industrialización y para el comienzo de una clase nueva. Sin embargo, sin su papel especial como administradores de la sociedad y distribuidores de la propiedad, los comunistas no podían transformarse en una clase nueva, ni se podía formar y establecer permanentemente una clase nueva. Los bienes materiales fueron nacionalizados poco a poco, pero en realidad, mediante su derecho a utilizarlos, disfrutarlos y distribuirlos, esos bienes se convirtieron en la propiedad de un estrato visible del partido y de la burocracia reunida a su alrededor. En vista de la importancia que tiene la propiedad para su poder —y también los frutos de la propiedad—, la burocracia partidaria no puede renunciar a extender su propiedad inclusive a los medios de producción en pequeña escala. A causa de su totalitarismo y su monopolismo, la nueva clase se encuentra inevitablemente en guerra con todo lo que no administra o maneja, y aspira de la manera más deliberada a destruirlo o conquistarlo.

En víspera de la colectivización Stalin dijo que se había planteado la cuestión de "quién hará qué a quién", aunque el gobierno soviético no encontraba una oposición seria por parte de un campesinado política y económicamente desunido. La nueva clase no se sentía segura mientras hubiera otros propietarios además de ella. No podía correr el riesgo del sabotaje en la provisión de alimentos o de materias primas agrícolas. Esa fue la razón directa del ataque a los campesinos. Sin embargo, había una segunda razón, una razón de clase: los campesinos podían ser peligrosos para la nueva clase en una situación inestable. Por lo tanto, la nueva clase tenía que someter a los campesinos económica y administrativamente. Eso se hizo mediante los kolkhozes y las estaciones de tractores, lo que requirió un aumento proporcional de la nueva clase en las aldeas mismas. Como consecuencia, la burocracia creció como los hongos también en las aldeas.

El hecho de que el apoderamiento de la propiedad de otras clases, especialmente de los pequeños propietarios, trajese consigo disminuciones en la producción y el caos en la economía no tuvo consecuencias para la nueva clase. Lo más importante para la nueva clase, como para todo propietario en la historia, era el logro y la consolidación de la propiedad, la clase se beneficiaba con la nueva propiedad adquirida, aunque la nación perdía con ello. La colectivización de los bienes de los agricultores, que no estaba justificada económicamente, era inevitable si la nueva clase tenía que asegurar su poder y su propiedad.

No se dispone de estadísticas dignas de confianza, pero todos los testimonios confirman que la producción por acre en la Unión Soviética no es superior a la de la Rusia zarista, y que el número de cabezas de ganado no se acerca todavía al de antes de la revolución.

Las pérdidas en la producción agrícola y ganadera pueden calcularse, pero las pérdidas en potencial humano a causa de los millones de campesinos internados en los campamentos de trabajo, son incalculables. La colectivización fue una guerra terrible y devastadora parecida a una empresa de locos, salvo porque fue provechosa para la nueva clase al asegurar su autoridad.

Mediante diversos métodos, como la nacionalización, la cooperación obligatoria, los impuestos altos y las desigualdades en los precios, la propiedad privada fue destruida y convertida en propiedad colectiva. El establecimiento de la propiedad de la nueva clase se puso de manifiesto en los cambios en la psicología, la manera de vivir y la posición material de sus miembros, lo que dependía de la situación que ocupaban en la escala jerárquica. Adquirieron casas de campo, las

mejores viviendas, muebles y cosas semejantes, y se edificaron alojamientos especiales y casas de descanso exclusivos para la burocracia superior, para la *élite* de la nueva clase. El secretario del partido y el jefe de la policía secreta en algunos lugares no sólo se convirtieron en las autoridades supremas, sino que además obtuvieron las mejores viviendas, los automóviles más modernos y otras muestras de privilegio semejantes. Los que estaban bajo ellos podían obtener privilegios comparables, lo que dependía de su posición en la jerarquía. Los presupuestos oficiales, los "regalos" y la construcción y reconstrucción ejecutadas para las necesidades del Estado y sus representantes se convirtieron en fuentes permanentes e inagotables de beneficios para la burocracia política.

Sólo en los casos en que la nueva clase no era capaz de conservar la propiedad recurría a la usurpación, o, en los casos en que esa propiedad era exorbitantemente costosa o políticamente peligrosa, la cedía a otros estratos o ideaba nuevas formas de propiedad. Por ejemplo, en Yugoslavia se abandonó la colectivización porque los campesinos la resistían y porque la constante disminución de la producción que era su consecuencia constituía un peligro latente para el régimen. Sin embargo, la nueva clase no renunció en esos casos al derecho a volver a apoderarse de la propiedad o colectivizarla. La nueva clase no puede renunciar a ese derecho, pues si lo hiciese ya no sería totalitaria y monopolista.

Ninguna burocracia por sí sola podría insistir tan empecinadamente en sus propósitos y fines. Sólo quienes están empeñados en nuevas formas de propiedad, quienes siguen el camino que conduce a nuevas formas de producción, son capaces de mostrarse tan persistentes.

Marx previó que después de su victoria el proletariado estaría expuesto al peligro procedente de las clases desposeídas y de su propia burocracia. Cuando los comunistas, especialmente los de Yugoslavia, critican la administración y los métodos burocráticos de Stalin se refieren generalmente a lo que previó Marx. Sin embargo, lo que está sucediendo en el comunismo actual tiene poco que ver con Marx y seguramente nada con su pronóstico. Marx pensaba en el peligro de un aumento en la burocracia parasitaria, que se da también en el comunismo contemporáneo. Pero no se le ocurrió que los hombres fuertes del comunismo actual, que manejan los bienes materiales en beneficio de sus intereses de casta más bien que de la burocracia en general, constituirían la burocracia en que pensaba. También en este caso sirve Marx como una buena excusa para los comunistas cuando son criticados los gustos extravagantes de diversas capas de la nueva clase o su mala administración.

El comunismo contemporáneo no es sólo un partido de cierto tipo, o una burocracia nacida de la propiedad monopolista y de la excesiva intervención del Estado en la economía. Más que nada, el aspecto esencial del comunismo contemporáneo es la nueva clase de propietarios y explotadores.

NINGUNA clase se establece por su propia acción, aunque su ascensión esté organizada y acompañada por un esfuerzo consciente. Esto se aplica a la nueva clase del comunismo.

Esa nueva clase, a causa de la debilidad de su relación con la economía y la estructura social y de la necesidad de originarse en un partido único, se vio obligada a establecer la estructura orgánica más alta posible. Finalmente se vio obligada a apartarse deliberada y conscientemente de sus dogmas anteriores. En consecuencia, la nueva clase está mejor organizada y tiene más conciencia de clase que ninguna otra de las que registra la historia.

Esta afirmación es cierta sólo si se la toma relativamente, si se toma la estructura orgánica y la conciencia en relación con el mundo exterior y con las otras clases, poderes y fuerzas sociales. Ninguna otra clase de la historia se ha mostrado tan coherente y sincera en la defensa de sí misma y en el manejo de lo que posee: la propiedad colectiva y monopolista y la autoridad totalitaria.

Por otra parte, la nueva clase es también la más engañada y la menos consciente de sí misma. Todo capitalista particular o señor feudal tenía conciencia de que pertenecía a una categoría social especial y discernible. Habitualmente creía que su categoría estaba destinada a hacer feliz a la raza humana y que sin ella se producirían el caos y la ruina general. Un miembro comunista de la nueva clase cree también que sin su partido la sociedad retrocedería y se derrumbaría. Pero no tiene conciencia de que pertenece a una nueva clase propietaria, pues no se considera a sí mismo como propietario y no toma en cuenta los privilegios especiales de que goza. Cree que pertenece a un grupo con ideas, fines, actitudes y papeles prescritos. Eso es todo lo que ve. No puede ver que al mismo tiempo pertenece a una categoría social especial: la clase *propietaria*.

La propiedad colectiva, que actúa para reducir la clase, al mismo tiempo la hace inconsciente de su substancia de clase y cada uno de los propietarios colectivos se engaña al creer que lo único que hace es pertenecer a un movimiento que desea abolir las clases en la sociedad.

Una comparación de otras características de la nueva clase con las de otras clases propietarias revela muchas semejanzas y muchas diferencias. La nueva clase es voraz e insaciable, como lo era la burguesía. Pero no posee las virtudes de la frugalidad y la economía que poseía la burguesía. La nueva clase es tan exclusiva como la aristocracia, pero sin el refinamiento y la caballerosidad orgullosa de la aristocracia.

La nueva clase posee también ventajas con respecto a otras clases. Por ser más compacta está mejor preparada para grandes sacrificios y hazañas heroicas. El individuo se subordina completa y totalmente al conjunto; por lo menos el ideal prevaleciente exige esa subordinación aun cuando el individuo trata de beneficiarse a sí mismo. La nueva clase es lo bastante fuerte para llevar a cabo aventuras materiales y de otros géneros que ninguna otra clase fue nunca capaz de realizar. Puesto que posee los bienes nacionales, está en situación de consagrarse religiosamente a los fines que se ha trazado y de dirigir todas las fuerzas del pueblo hacia la consecución de esos fines.

La nueva propiedad no es lo mismo que el gobierno político, pero la crea y la apoya ese gobierno. El uso, el frute y la distribución de la propiedad constituyen el privilegio del partido y de los jefes del partido.

Los miembros del partido creen que esa autoridad, ese dominio de la propiedad, traen consigo los privilegios de este mundo. En consecuencia tienen que crecer inevitablemente la ambición inescrupulosa, la duplicidad, la adulación y los celos. El deseo de hacer carrera y una burocracia en crecimiento constante son las enfermedades incurables del comunismo. Porque los comunistas se han transformado en propietarios y porque el camino que conduce al poder y a los privilegios materiales sólo se abre mediante la "devoción" al partido —a la clase, al "socialismo"— la ambición inescrupulosa puede convertirse en uno de los medios de vida principales y en uno de los métodos más eficaces para el desarrollo del comunismo.

En los sistemas no comunistas los fenómenos del arribismo y de la ambición inescrupulosa son una señal de que es provechoso ser un burócrata, o de que los propietarios se han hecho parásitos, de modo que la administración de la propiedad queda en manos de los empleados. En el comunismo el arribismo y la ambición inescrupulosa testimonian que un impulso irresistible hacia la propiedad y los privilegios acompañan a la administración de bienes materiales y de hombres.

La calidad de miembro de otras clases propietarias no se identifica con la posesión de propiedad particular. Eso sucede todavía menos en el sistema comunista por cuanto la propiedad es colectiva. Ser un propietario o un copropietario en el sistema comunista significa que uno ingresa en las filas de la burocracia política gobernante y nada más.

En la nueva clase, lo mismo que en otras clases, algunos individuos caen constantemente junto al camino, en tanto que otros ascienden por la escala. En las clases de propiedad privada un individuo deja su propiedad a sus descendientes. En la nueva clase nadie hereda nada excepto la aspiración a elevarse a un escalón más alto de la escala. La nueva clase sale realmente de los estratos más bajos y anchos de la población y está en movimiento constante. Aunque es sociológicamente posible prescribir quién pertenece a la nueva clase, es difícil hacerlo, pues la nueva clase se derrama sobre la población y se mezcla con ella, con las otras clases inferiores, y cambia constantemente.

El camino que lleva a la cima está abierto para todos teóricamente, lo mismo que cada uno de los soldados de Napoleón llevaba un bastón de mariscal en su mochila. Lo único que se requiere para seguir ese camino es una lealtad sincera y completa, al partido o a la nueva clase. Ancha en la base, la nueva clase se hace cada vez más estrecha a medida que se acerca a la cima. Para subir se necesita no sólo el deseo, sino también capacidad para comprender y exponer doctrinas, firmeza en las luchas con antagonistas, destreza y maña excepcionales en las contiendas dentro del partido y talento para fortalecer a la clase. Aunque más abierta que otras clases en algunos aspectos, la nueva es también más exclusiva que otras. Puesto que una de sus características más importantes es el monopolio de la autoridad, ese exclusivismo se refuerza con los prejuicios jerárquicos burocráticos.

En ninguna parte y en ningún momento ha estado el camino tan abierto para los devotos y leales como en el sistema comunista. Pero la ascensión a las alturas no ha sido nunca tan difícil ni requerido tanto sacrificio y tantas víctimas. Por una parte, el comunismo es accesible y bondadoso para todos; por otra parte es exclusivo e intolerante inclusive con sus propios adherentes.

EL hecho de que haya una nueva clase propietaria en los países comunistas no lo explica todo, pero constituye la clave más importante para comprender los cambios que se producen periódicamente en esos países, sobre todo en la Unión Soviética.

No es necesario decir que cada uno de esos cambios en cada uno de los países comunistas y en el sistema comunista en general debe ser examinado por separado para determinar la amplitud y la importancia del cambio en las circunstancias particulares. Pero para hacer eso es necesario comprender el sistema en general de la manera más completa posible.

En relación con los cambios corrientes en la Unión Soviética será conveniente señalar de paso lo que ocurre en los kolkhozes. La creación de los kolkhozes y la política del gobierno soviético con respecto a ellos ilustran claramente el carácter explotador de la nueva clase.

Stalin no consideraba, ni considera Khrushchev, a los kolkhozes como una forma de propiedad "lógicamente socialista". En la práctica esto quiere decir que la nueva clase no ha conseguido apoderarse por completo de la administración de las aldeas. Mediante los kolkhozes y el sistema obligatorio de compra de las cosechas, la nueva clase ha conseguido convertir a los campesinos en vasallos y quedarse con la parte del león de los ingresos de los agricultores, pero no ha llegado a ser la única dueña de la tierra. Stalin se daba cuenta de ello plenamente. Poco antes de morir, en *Problemas económicos del socialismo en la Unión Soviética*, previó que los kolkhozes llegarían a ser propiedad del Estado, es decir que la burocracia sería la verdadera propietaria. Al criticar a Stalin por su uso excesivo de las depuraciones, Khrushchev no renuncia, sin embargo, a la opinión de Stalin con respecto a la propiedad de los kolkhozes. La designación por el nuevo régimen de 30.000 obreros del partido, en su mayoría como presidentes de kolkhozes, fue sólo una de las medidas tomadas de acuerdo con la política de Stalin.

Lo mismo que en la época de Stalin, el nuevo régimen, al llevar a cabo la llamada política de liberalización, está extendiendo la propiedad "socialista" de la nueva clase. La descentralización en la economía no significa un cambio en la propiedad; lo único que hace es conceder mayores derechos a las capas inferiores de la burocracia, o sea de la clase nueva. Si la llamada liberalización y descentralización significase otra cosa, ello se pondría de manifiesto en el derecho político de por lo menos una parte del pueblo a ejercer alguna influencia en la administración de los bienes materiales. El pueblo tendría por lo menos el derecho a criticar la arbitrariedad de la oligarquía. Eso llevaría a la creación de un nuevo movimiento político, aunque sólo fuera una oposición leal. Pero nunca se habla de eso, como no se habla de democracia en el partido. La liberalización y la descentralización sólo rigen para los comunistas, en primer lugar para la oligarquía, y en segundo lugar para los que ocupan los escalones inferiores. Este es el nuevo método, inevitable bajo condiciones variables, que se sigue para fortalecer y consolidar todavía más la propiedad monopolista y la autoridad totalitaria de la nueva clase.

El hecho de que exista una nueva clase propietaria, monopolista y totalitaria en los países comunistas lleva a la siguiente conclusión; todos los cambios iniciados por los jefes comunistas son dictados ante todo por los intereses y las aspiraciones de la nueva clase, la que, como todos los grupos sociales, vive y reacciona, se defiende y avanza con el objetivo de aumentar su poder. Esto no

significa, sin embargo, que esos cambios no pueden tener también importancia para el resto de la población. Aunque las innovaciones introducidas por la nueva clase no han modificado todavía materialmente el sistema comunista, no deben ser menospreciadas. Es necesario examinar la esencia de esos cambios para determinar su alcance e importancia.

El régimen comunista, lo mismo que los otros, debe tener en cuenta el estado de ánimo y la actitud de las masas. A causa del exclusivismo del Partido Comunista y de la falta de opinión pública libre en sus filas, el régimen no puede discernir el verdad o estado de las masas. Sin embargo, su descontento penetra en la consciencia de los altos dirigentes. A pesar de su administración totalitaria, la nueva clase no es inmune a todos los tipos de oposición.

Una vez en el poder, a los comunistas no les es difícil arreglar sus cuentas con la burguesía y con los dueños de grandes propiedades. La evolución histórica es hostil a ellos y su propiedad y es fácil levantar a las masas contra ellos. El apoderarse de la propiedad de la burguesía y de los dueños de grandes heredades no ofrece dificultades; éstas surgen cuando se trata de apoderarse de las pequeñas propiedades. Pero después de adquirir fuerza con las expropiaciones anteriores, los comunistas pueden hacer también eso. Las relaciones se aclaran rápidamente: ya no existen las clases viejas ni los propietarios anteriores, hay una sociedad sin clases o en camino de serlo y los hombres han comenzado a vivir de una manera nueva.

En semejantes condiciones las demandas para que se vuelva a las relaciones pre-revolucionarias parecen poco realistas, si no ridículas. Ya no existen las bases materiales y sociales necesarias para el mantenimiento de esas relaciones. Los comunistas toman a broma esas demandas.

La nueva clase es más sensible a las demandas que hace el pueblo de una clase especial de libertad, que no es la libertad en general o la libertad política. Es especialmente sensible a las demandas en favor de la libertad de pensamiento y de crítica, dentro de los límites de las condiciones actuales y del "socialismo"; pero no a las demandas en favor de una vuelta a las anteriores relaciones sociales y de propiedad. Esa sensibilidad nace de la situación especial de la clase.

La nueva clase cree instintivamente que los bienes nacionales son, en realidad, propiedad suya y que inclusive las expresiones "propiedad socialista", "social" o "estatal" denotan una ficción legal general. Cree también que cualquier brecha en su autoridad totalitaria puede poner en peligro su propiedad. En consecuencia, se opone a *todo* tipo de libertad, ostensiblemente con el propósito de defender la propiedad "socialista". La crítica de la administración monopolista de la propiedad por la nueva clase engendra el temor a una posible pérdida de poder. La nueva clase es sensible a esas críticas y sabe que las demandas dependen de la medida en que expone la manera como gobierna y retiene el poder.

Se trata de una contradicción importante. Legalmente se considera a la propiedad como social y nacional, pero en realidad un solo grupo la maneja en su propio interés. La discrepancia entre las condiciones legales y las reales trae consigo continuamente relaciones sociales y económicas oscuras y anormales. Significa también que las palabras del grupo dirigente no están de acuerdo con sus actos, y que todos los actos contribuyen a fortalecer su posesión de la propiedad y su posición política.

Esta contradicción no se puede resolver sin comprometer la posición de la clase. Tampoco otras clases gobernantes y propietarias podían resolver esa contradicción si no se las privaba por la fuerza

del monopolio del poder y de la propiedad. Dondequiera que la sociedad en general ha gozado de un alto grado de libertad las clases gobernantes se han visto obligadas, de una manera u otra, a renunciar al monopolio de la propiedad. También es cierto lo contrario: dondequiera que ha sido imposible el monopolio de la propiedad se ha hecho inevitable la libertad en algún grado.

En el comunismo el poder y la propiedad se hallan casi siempre en las mismas manos, pero este hecho se oculta bajo una apariencia legal. En el capitalismo clásico el obrero es igual al capitalista ante la ley, aunque el obrero sea explotado y el capitalista sea quien lo explota. En el comunismo, legalmente, todos son iguales con respecto a los bienes materiales. Su propietaria oficial es la nación. En realidad, a causa de la administración monopolista, sólo el grupo más pequeño de administradores goza de los derechos de propiedad.

Toda verdadera demanda de libertad en el comunismo, es decir toda demanda que afecta a la esencia del comunismo, se reduce a una demanda de que se pongan las relaciones materiales y de propiedad de acuerdo con lo que dispone la ley.

Un pedido de libertad basado en que los bienes de capital producidos por la nación pueden ser administrados más eficientemente por la sociedad que por el monopolio privado o un propietario particular, y en consecuencia deberían estar en manos o bajo la fiscalización de la sociedad ejercida por medio de sus representantes libremente elegidos, obligaría a la nueva clase a hacer concesiones a otras fuerzas o a quitarse la máscara y confesar sus características autoritarias y explotadoras. El tipo de propiedad y de explotación que crea la nueva clase utilizando su autoridad y sus privilegios administrativos es tal que la clase misma tiene que negarlo. ¿Acaso la nueva clase no hace hincapié en que utiliza su autoridad y sus funciones administrativas en nombre de la nación en conjunto para preservar la propiedad nacional?

Esto hace insegura la posición legal de la nueva clase y constituye también la fuente de sus principales dificultades internas. La contradicción descubre el desacuerdo entre las palabras y los hechos. Mientras promete abolir las diferencias sociales, tiene que aumentarlas constantemente adquiriendo los productos de los talleres de la nación y concediendo privilegios a sus adherentes. Tiene que proclamar en voz alta su dogma de que está cumpliendo su misión histórica de liberar "definitivamente" a la humanidad de todas sus miserias y calamidades mientras actúa de una manera exactamente contraria.

La contradicción entre la verdadera situación propietaria de la nueva clase y su situación legal puede proporcionar el motivo fundamental para la crítica. Esta contradicción encierra en sí la capacidad no sólo de incitar a otros, sino también de corroer a los miembros de la propia clase, pues sólo uno pocos gozan en realidad de los privilegios. Cuando se intensifica, esta contradicción tiene posibilidades de originar verdaderos cambios en el sistema comunista, esté o no la clase gobernante en favor de esos cambios. El hecho de que esta contradicción sea tan evidente ha sido la causa de los cambios realizados por la nueva clase, especialmente las llamadas liberalización y descentralización.

Obligada a retractarse y a someterse a los estratos individuales, la nueva clase aspira a ocultar es contradicción y fortalecer su posición. Puesto que la propiedad y la autoridad siguen intactas, todas las medidas que toma —inclusive las de inspiración democrática— muestran una tendencia hacia el fortalecimiento de la administración de la burocracia política. El sistema convierte las medidas democráticas en métodos positivos para consolidar la posición de la clase gobernante. La esclavitud

de la antigüedad en el Oriente afectaba inevitablemente a todas las actividades y todos los componentes de la sociedad, inclusive la familia. Del mismo modo, el monopolismo y el totalitarismo de la clase gobernante en el sistema comunista se imponen en todos los aspectos de la vida social, aunque los jefes políticos no se lo propongan.

La llamada administración y autonomía de los trabajadores en Yugoslavia, concebida en la época de la lucha contra el imperialismo soviético como una medida democrática de gran alcance destinada a privar al partido del monopolio de la administración, ha sido relegada cada vez más a una de las zonas de la actividad del partido. Por lo tanto, apenas es posible cambiar el sistema actual. El propósito de crear una nueva democracia mediante este tipo de administración no será conseguido. Además, la libertad no se puede extender al pedazo mayor del pastel. La administración de los trabajadores no ha traído consigo la participación en los beneficios por quienes producen, tanto en el nivel nacional como en las empresas locales. Este tipo de administración se ha convertido cada vez más en una caja de caudales para el régimen. Mediante diversos impuestos y otros medios, el régimen se ha apropiado inclusive de la participación en los beneficios que los obreros creían les iban a dar. Sólo les han quedado las migajas de la mesa y las ilusiones. Sin libertad general no puede ser libre ni siquiera la administración por los trabajadores. En una sociedad que no es libre nadie puede decidir nada libremente. Los donantes han obtenido la parte más valiosa del donativo de libertad que hicieron supuestamente a los obreros.

Esto no significa que la nueva clase no pueda hacer concesiones al pueblo, aunque sólo tenga en cuenta sus propios intereses. La administración por los trabajadores, o descentralización, es una concesión a las masas. Las circunstancias pueden obligar a la nueva clase, por monopolista y totalitaria que sea, a retirarse ante las masas. En 1948, cuando se produjo el conflicto entre Yugoslavia y la Unión Soviética, los dirigentes yugoeslavos se vieron obligados a realizar algunas reformas. Aunque eso podía significar un paso hacia atrás, apelaron a las reformas tan pronto como se vieron en peligro. Algo parecido está sucediendo actualmente en los países de la Europa oriental.

En defensa de su autoridad, la clase gobernante tiene que realizar reformas cada vez que se hace evidente al pueblo que esa clase trata a la propiedad nacional como si fuera suya. No se dice que esas reformas son lo que son en realidad, sino más bien que forman parte del "nuevo desarrollo del socialismo" y de la "democracia socialista". La base para las reformas se establece cuando se hace pública la discrepancia antes mencionada. Desde el punto de vista histórico, la nueva clase se ve obligada a fortalecer su autoridad y su propiedad constantemente, aunque se aleje de la verdad. Debe demostrar constantemente que está obteniendo buen éxito en la creación de una sociedad de personas felices, todas las cuales gozan de iguales derechos y han sido liberadas de todo tipo de explotación. La nueva clase no puede menos de caer continuamente en profundas contradicciones internas, pues a pesar de su origen histórico no puede hacer legal su propiedad, ni puede renunciar a la propiedad sin destruirse a sí misma. En consecuencia se ve obligada a tratar de justificar su autoridad creciente, invocando propósitos abstractos e irreales.

Esta es una clase cuyo poder sobre los hombres es el más completo que se haya conocido en la historia. Por esta razón es una clase con miras muy limitadas, miras que son falsas y peligrosas. Reducida en su número y poseedora de una autoridad completa, puede valorizar de manera nada realista su propio papel y el de la gente que la rodea.

Después de haber realizado la industrialización, la nueva clase no puede hacer ahora otra cosa que aumentar su fuerza bruta y el saqueo del pueblo. Deja de crear. Su herencia espiritual se hunde en la

oscuridad.

En tanto que la nueva clase realizó una de sus hazañas más grandes durante la revolución, su método de dominio constituye una de las páginas más vergonzosas de la historia humana. Los hombres admirarán las empresas grandiosas que llevó a cabo, pero se avergonzarán de los medios que empleó para realizarlas.

Cuando la nueva clase abandone el escenario histórico —y eso tiene que suceder— se lamentará su desaparición menos que la de cualquier otra clase anterior. Al sofocar todo menos lo que convenía a su ego, se ha condenado a sí misma al fracaso y a la ruina vergonzosa.



EL mecanismo del poder comunista es quizá el más sencillo que puede concebirse, aunque lleva a la tiranía más refinada y la explotación más brutal. La sencillez de ese mecanismo se debe a que un solo partido, el Partido Comunista, constituye el fundamento de toda la actividad política, económica e ideológica. La vida pública entera queda detenida, avanza, retrocede o da la vuelta de acuerdo con lo que sucede en los centros del partido.

Bajo los sistemas comunistas la gente se da cuenta enseguida de lo que se le permite y no se le permite hacer. Las leyes y los reglamentos no tienen una importancia especial para ella. Pero la tienen las reglas reales y no escritas con respecto a las relaciones entre el gobierno y sus súbditos. Con independencia de las leyes, todos saben que el gobierno está en manos de los comités del partido y la policía secreta. En ninguna parte se prescribe el "papel director" del partido, pero su autoridad se halla establecida en todos los sectores y organizaciones. Ninguna ley dispone que la policía secreta tenga derecho a intervenir en las actividades de los ciudadanos, pero la policía es omnipotente. Ninguna ley prescribe que los jueces y fiscales sean vigilados por la policía secreta, pero lo son. La mayoría de la gente sabe que es así. Todos saben qué pueden y qué no pueden hacer y qué depende de quién. La gente se ajusta al ambiente y a las condiciones reales y para las cuestiones importantes apela a las autoridades del partido o a sus organismos.

La dirección de las organizaciones sociales y de los órganos sociales se realiza sencillamente de esta manera: los comunistas forman una unidad, que apela en todas las cuestiones a los organismos políticos autorizados. Esto es teórico; en realidad se hace lo siguiente: en los casos en que el órgano o la organización social es dirigido por una persona que tiene también poder en el partido, ésta no recurre a nadie cuando se trata de asuntos de menor importancia. Los comunistas se familiarizan con su sistema y con las relaciones creadas por él; se acostumbran a distinguir entre lo importante y lo no importante y recurren a los tribunales del partido sólo en cuestiones especialmente importantes. La unidad existe sólo potencialmente, pues las decisiones importantes las toma el partido. La opinión de quienes han elegido el gobierno, la administración o alguna organización importante carece por completo de importancia.

El totalitarismo comunista y la nueva clase arraigaron cuando el Partido Comunista se preparaba para la revolución; su método de administrar y mantener la autoridad se remonta también a esa época. El "papel director" en los órganos del gobierno y las organizaciones sociales no es sino la anterior unidad comunista que desde entonces se ha ramificado, desarrollado y perfeccionado. El segundo "papel director" del partido en la "construcción del socialismo" no es sino la vieja teoría con respecto al papel de *avant-garde* del partido con relación a la clase trabajadora, con la diferencia de que la teoría tenía entonces un significado para la sociedad diferente del que tiene ahora. Antes que los comunistas usurparan el poder esa teoría era necesaria para reclutar revolucionarios y órganos revolucionarios; ahora justifica la dirección totalitaria de la nueva clase. Una cosa nace de la otra, pero es también diferente de la otra. La revolución y sus formas eran inevitables e inclusive necesarias para aquella parte de la sociedad que aspiraba irresistiblemente al progreso técnico y económico.

La tiranía y la dirección totalitarias de la nueva clase, que nacen durante la revolución, se han

convertido en el yugo bajo el cual fluyen la sangre y el sudor de todos los miembros de la sociedad. Las formas revolucionarias particulares se transformaron en reaccionarias. Eso sucedió también con las unidades comunistas.

Son dos los métodos esenciales mediante los cuales se realiza el manejo comunista de la máquina social. El primero es la unidad, el método principal en principio y en teoría. El segundo, más práctico en la realidad, limita ciertos puestos del gobierno a miembros del partido. Esos puestos, que son esenciales en cualquier gobierno, pero sobre todo en el comunista, incluyen los policiales, sobre todo los de la policía secreta, y los de los cuerpos diplomáticos y de empleados oficiales, especialmente los relacionados con la información y los servicios políticos. En el cuerpo judicial sólo los puestos más altos han estado hasta ahora en manos de los comunistas. La administración de justicia, subordinada al partido y la policía, está en general mal pagada y no atrae a los comunistas. Sin embargo, al presente existe la tendencia a considerar a los puestos judiciales como un privilegio accesible únicamente a los miembros del partido, y de los miembros del cuerpo judicial a aumentar sus privilegios. Por lo tanto, se puede relajar, si no abolir por completo, el control de la administración de justicia, con la seguridad de que continuará funcionando de acuerdo con las intenciones del partido o "con el espíritu del socialismo".

Sólo en un Estado comunista hay cierto número de puestos especificados y no especificados reservados para los miembros del partido. El gobierno comunista, aunque sea una estructura de clase, es un gobierno de partido; el ejército comunista es un ejército de partido, y el Estado es un Estado de partido. Más precisamente, los comunistas tienden a tratar al ejército y el Estado como armas que les pertenecen exclusivamente.

La ley exclusiva, aunque no escrita, de que sólo los miembros del partido pueden ser policías, funcionarios, diplomáticos, o desempeñar otros puestos semejantes, o de que sólo ellos pueden ejercer la verdadera autoridad, crea un grupo especial privilegiado de burócratas y simplifica el mecanismo del gobierno y la administración. De este modo la unidad partidaria se extiende y abarca más o menos todos esos servicios. Como consecuencia, la unidad desaparece y los servicios se convierten en una zona esencial para la actividad del partido.

En el sistema comunista no existe una diferencia fundamental entre los servicios gubernativos y los organismos partidarios, como lo muestran las relaciones entre el partido y la policía secreta. El partido y la policía secreta se mezclan muy estrechamente en su funcionamiento cotidiano; lo único que los diferencia es la distribución del trabajo.

Toda la estructura gubernamental está organizada de esa manera. Los puestos políticos se reservan exclusivamente a los miembros del partido. Inclusive en organismos oficiales no políticos los comunistas retienen los puestos estratégicos o inspeccionan la administración. La convocatoria a una reunión pública en un centro partidario o la publicación de un artículo basta para que comience a funcionar todo el mecanismo oficial y social. Si en alguna parte se producen dificultades, el partido y la policía se apresuran a corregir el "error".

YA nos hemos referido al carácter particular del Partido Comunista. Existen otras características especiales que contribuyen a poner de manifiesto la esencia de un Estado comunista.

El Partido Comunista no se caracteriza únicamente porque es revolucionario, está centralizado, observa la disciplina militar y tiene fines concretos. Existen otros partidos que tienen características semejantes, aunque éstas sean más fuertes en el Partido Comunista.

Pero sólo el Partido Comunista posee una "unidad ideológica", o sea un concepto del mundo y de la evolución de la sociedad idéntico y obligatorio para todos sus miembros. Esto se aplica únicamente a las personas que actúan en los puestos más altos del partido. Las otras, las que ocupan puestos inferiores, sólo están obligadas a defender de labios afuera los mismos puntos de vista ideológicos mientras ejecutan las órdenes recibidas desde arriba. Existe, no obstante, la tendencia a hacer que quienes ocupan puestos inferiores ajusten su nivel ideológico al de los dirigentes.

Lenin no creía que todos los miembros del partido estaban obligados a mantener las mismas opiniones. Sin embargo, en la práctica, refutaba y rechazaba todas las opiniones que no le parecían "marxistas" o "del partido", es decir todas las opiniones que no fortalecían al partido de la manera como él lo había concebido originalmente. Su arreglo de cuentas con los diversos grupos opositores del partido era distinto del de Stalin, porque Lenin no mataba a sus súbditos, sino que se limitaba a reprimirlos. Mientras él estuvo en el poder rigieron la libertad de expresión y el privilegio del voto. Todavía no se había establecido la autoridad total sobre todo.

Stalin exigía la unidad ideológica además de la unidad política para todos los miembros del partido. Esta es en realidad la contribución de Stalin a la doctrina de Lenin con respecto al partido. Stalin se formó la idea de la unidad ideológica obligatoria en su temprana juventud; en esa época la unanimidad se convirtió en el requisito no escrito de todos los partidos comunistas, y sigue siéndole hasta el presente.

Los dirigentes yugoeslavos sostenían y siguen sosteniendo los mismos puntos de vista. Se hallan todavía bajo la "dilección colectiva" soviética y los dogmas de los otros partidos comunistas. Esta insistencia en la unidad ideológica obligatoria del partido es una señal de que no se han producido cambios esenciales y no hace sino confirmar el hecho de que no es posible la discusión libre, o es posible sólo de una manera muy limitada, bajo la actual "dirección colectiva".

¿Qué significa la unidad obligatoria del partido y a dónde lleva?

Sus consecuencias políticas son muy serias. En todos los partidos, y especialmente en el comunista, el poder reside en sus dirigentes y sus órganos más altos. La unidad ideológica como una obligación, sobre todo en el Partido Comunista centralizado y militarmente disciplinado, trae consigo inevitablemente la influencia del cuerpo central en los pensamientos de sus miembros. Aunque en la época de Lenin se consiguió la unidad ideológica mediante la discusión en las esferas más altas, fue Stalin quien comenzó a reglamentarla. Al presente, la "dirección colectiva" post-estalinista se contenta con hacer imposible que aparezcan nuevas ideas sociales. Así, el marxismo se ha convertido en una teoría que sólo pueden definir los dirigentes del partido. Hoy día no existe otro tipo de marxismo o comunismo y apenas es posible la aparición de uno nuevo.

Las consecuencias sociales de la unidad ideológica han sido trágicas: la dictadura de Lenin era estricta, pero la de Stalin se hizo totalitaria. La abolición de toda lucha ideológica en el partido significó la terminación de todas las libertades en la sociedad, puesto que sólo por medio del partido podían expresarse las diversas capas sociales. La intolerancia de otras ideas y la insistencia en el carácter presumiblemente exclusivo y científico del marxismo fueron el comienzo del monopolio ideológico por la dirección del partido, el que más tarde se convirtió en un monopolio completo de la sociedad.

La unidad ideológica del partido hace imposibles los movimientos independientes dentro del sistema comunista y de la sociedad misma. Toda acción depende del partido, que ejerce el control total sobre la sociedad; dentro de ella no existe la menor libertad.

La unidad ideológica no surgió de pronto, sino que, como todo en el comunismo, se fue desarrollando poco a poco y llegó a su mayor altura durante la lucha por el poder entre las diversas facciones partidarias. No es de modo alguno casual que durante la ascensión de Stalin al poder a mediados de la década de 1920 se le exigiera abiertamente a Trotsky por primera vez que repudiara todas las ideas que no eran las formuladas por el partido.

La unidad ideológica del partido es la base espiritual de la dictadura personal. Sin ella ni siquiera puede imaginarse la dictadura personal. Engendra y fortalece la dictadura, y viceversa. Esto se comprende: un monopolio sobre las ideas, o sea la unidad ideológica obligatoria, es sólo un complemento y una máscara teórica de la dictadura personal. Aunque la dictadura personal y la unidad ideológica eran ya evidentes en los comienzos del comunismo o bolcheviquismo contemporáneo, ambas han quedado firmemente establecidas al alcanzar el comunismo su poderío pleno, de modo que, como tendencias y con frecuencia como formas prevalecientes, no serán abandonadas hasta la caída del comunismo.

La supresión de las diferencias ideológicas entre los dirigentes ha abolido también las fracciones y corrientes, y así ha abolido totalmente la democracia en los partidos comunistas. Y ha comenzado el período del principio del *Führer* en el comunismo: los ideólogos son meramente personas que tienen poder en el partido, con independencia de su capacidad intelectual.

La continuación de la unidad ideológica en el partido es una señal inconfundible del mantenimiento de una dictadura personal, o de la dictadura de un pequeño número de oligarcas que momentáneamente trabajan juntos o mantienen un equilibrio de poder, como en el caso de la Unión Soviética en la actualidad. Descubrimos una tendencia a la unidad ideológica también en otros partidos, sobre todo en los socialistas en sus primeras etapas. Sin embargo, en esos partidos se trata sólo de una tendencia; en los partidos comunistas se ha hecho obligatoria. Uno se ve obligado no sólo a ser marxista, sino también a adoptar el tipo de marxismo prescrito por la dirección. El marxismo se ha transformado de una ideología revolucionaria libre en un dogma prescrito. Como en el antiguo despotismo oriental, la autoridad suprema interpreta y prescribe el dogma, y el Emperador es el Sumo Sacerdote.

La unidad ideológica obligatoria del partido, que ha pasado por diversas fases y formas, sigue siendo la característica esencial de los partidos bolcheviques o comunistas.

Si esos partidos no hubiesen creado al mismo tiempo nuevas clases y si no hubieran tenido que desempeñar un papel histórico especial, la unidad ideológica obligatoria no habría podido existir en ellos. Con excepción de la burocracia comunista, ningún partido o clase ha alcanzado en la historia

moderna una unidad ideológica completa. Ninguno se ha hecho cargo hasta ahora de la tarea de transformar a toda la sociedad, sobre todo por medios políticos y administrativos. Para llevar a cabo esa tarea es necesaria una confianza completa y fanática en la rectitud y la nobleza de sus opiniones. Esa tarea exige medidas excepcionales y brutales contra otras ideologías y otros grupos sociales. Exige también el monopolio ideológico sobre la sociedad y la unión absoluta de la clase gobernante. Los partidos comunistas necesitaban por esa razón una solidaridad ideológica especial.

Una vez establecida la unidad ideológica, opera tan poderosamente como un prejuicio. Los comunistas están educados en la idea de que la unidad ideológica, o la prescripción de las ideas desde arriba, es el santo de los santos y la división en el partido el mayor de los crímenes.

El dominio completo de la sociedad no se podía alcanzar sin llegar a un acuerdo con otros grupos socialistas. Tampoco la unidad ideológica es posible sin una reconciliación dentro de las filas del partido. Tanto lo uno como lo otro se producen más o menos simultáneamente; en la mente de los partidarios del totalitarismo se presentan como "objetivamente" idénticos, aunque lo primero es una reconciliación de la nueva clase *con sus opositores*, y lo segundo una reconciliación *dentro de la clase gobernante*. En realidad Stalin sabía que Trotsky, Bujarin, Zinoviev y los otros no eran espías al servicio del extranjero ni traidores a la "patria socialista". Sin embargo, como su desacuerdo con él demoraba evidentemente el establecimiento de la dirección totalitaria, tuvo que destruirlos. Sus crímenes dentro del partido consisten en que transformó la "hostilidad objetiva" o sea las diferencias ideológicas y políticas en el partido— en la culpabilidad subjetiva de grupos y personas, atribuyéndoles delitos que no habían cometido.

PERO este es el camino inevitable que sigue todo sistema comunista. El método para establecer la dirección totalitaria, o la unidad ideológica, puede ser menos severo que el de Stalin, pero la esencia es siempre la misma. Inclusive cuando la industrialización no es la forma o la condición para establecer la dirección totalitaria, como en Checoslovaquia y Hungría, la burocracia comunista se ve obligada inevitablemente a establecer en los países poco desarrollados las mismas formas de autoridad que las establecidas en la Unión Soviética. Esto no ocurre simplemente porque la Unión Soviética haya impuesto esas formas a esos países como subordinados, sino porque el hacerlo está dentro de la naturaleza misma de los partidos comunistas y sus ideologías. El dominio del partido sobre la sociedad, la identificación del gobierno y de la maquinaria gubernamental con el partido, y el derecho a exponer ideas dependientes de la cantidad de poder y de la posición que se ocupa en la jerarquía, son las características esenciales e inevitables de toda burocracia comunista tan pronto como llega al gobierno.

El partido es la fuerza principal del Estado y del gobierno comunista. Es la fuerza motriz de todo. Une en sí mismo a la nueva clase, el gobierno, la propiedad y las ideas.

Por este motivo no han sido posibles las dictaduras militares bajo el comunismo, aunque, según parece, se han producido conspiraciones militares en la Unión Soviética. Las dictaduras militares no podrían abarcar todas las fases de la vida, ni siquiera convencer a la nación momentáneamente de la necesidad de esfuerzos excepcionales y sacrificios. Eso sólo lo puede hacer el partido, y sólo un partido que cree en ideales tan grandes que su despotismo les parece a sus miembros y adherentes necesario, la forma más elevada del Estado y la organización social.

Mirada desde el punto de vista de la libertad, una dictadura militar en un sistema comunista indicaría un gran progreso. Significaría la terminación del dominio del partido totalitario, o de una oligarquía partidaria. Teóricamente, sin embargo, una dictadura militar sólo sería posible en el caso de una derrota militar o de una crisis política excepcional. Aun en semejante caso sería inicialmente una forma de dictadura de partido, o tendría que ocultarse en el partido. Pero esto llevaría inevitablemente a un cambio en el sistema entero.

La dictadura totalitaria de la oligarquía del Partido Comunista en el sistema comunista no es el resultado de relaciones políticas momentáneas, sino de un proceso social largo y complejo. Un cambio en ella no significaría un cambio en la forma de gobierno en uno y el mismo sistema, sino un cambio en el sistema mismo, o el comienzo de un cambio. Esa dictadura es ella misma el sistema, su cuerpo y alma, su esencia.

El gobierno comunista se convierte rápidamente en un pequeño círculo de dirigentes del partido. La pretensión de que es una dictadura del proletariado se convierte en un lema vacío. El proceso que lleva a esa evolución con la inevitabilidad de los elementos, y la teoría de que el partido es la *avant-garde* del proletariado no hacen sino ayudar a ese proceso.

Esto no significa que durante la batalla por el poder el partido no sea el dirigente de las masas trabajadoras o que no trabaje en favor de sus intereses. Pero ese papel y esos esfuerzos del partido son etapas y formas de su avance hacia el poder. Aunque su lucha ayuda a la clase trabajadora,

también fortalece al partido, así como a los futuros poseedores del poder y la clase nueva en embrión. Tan pronto como obtiene el poder, el partido dispone de toda la fuerza y se apodera de todos los bienes, declarando que es el representante de los intereses de la clase trabajadora y todos los que trabajan. Salvo en breves períodos durante la batalla revolucionaria, el proletariado no interviene en ella ni desempeña un papel más importante que cualquiera otra clase.

Esto no significa que el proletariado, o algunos de sus estratos, no se interese momentáneamente por mantener al partido en el poder. Los campesinos apoyaban a quienes manifestaban la intención de liberarlos de su miseria desesperada por medio de la industrialización.

Aunque estratos individuales de las clases trabajadoras pueden apoyar temporariamente al partido, el gobierno no es suyo, ni su participación en él tiene importancia para el curso del progreso social y las relaciones sociales. En el sistema comunista nada se hace para ayudar a que quienes trabajan, particularmente la clase obrera, consigan poder y derechos. No puede ser de otro modo.

Las clases y las masas no ejercen la autoridad, pero el partido lo hace en su nombre. En todos los partidos, incluyendo los más democráticos, los dirigentes desempeñan un papel tan importante que la autoridad del partido se convierte en la autoridad de los dirigentes. La llamada "dictadura del proletariado", que en las mejores circunstancias se convierte en autoridad del partido, evoluciona inevitablemente hasta convertirse en dictadura de los dirigentes. En un gobierno totalitario de este tipo la dictadura del proletariado es la justificación teórica, o en el mejor caso la máscara ideológica, de la autoridad de algunos oligarcas.

Marx se imaginaba la dictadura del proletariado como democracia dentro y para beneficio del proletariado, es decir como un gobierno en el que hay muchas corrientes o partidos socialistas. La única dictadura del proletariado, la Comuna de París en 1871, en la que Marx basaba sus conclusiones, se componía de varios partidos, entre los cuales el partido marxista no era ni el más pequeño ni el más importante. Pero una dictadura del proletariado ejercida directamente por el proletariado es pura utopía, pues ningún gobierno puede funcionar sin organismos políticos. Lenin delegó la dictadura del proletariado en la autoridad de un partido, el suyo Stalin delegó la dictadura del proletariado en su propia autoridad personal, en su dictadura personal en el partido y el Estado. Desde la muerte del emperador comunista sus descendientes han tenido la fortuna de que por medio de la "dirección colectiva" pueden distribuirse la autoridad entre ellos. En todo caso, la dictadura del proletariado comunista es o bien un ideal utópico o bien una función reservada a un grupo selecto de dirigentes del partido.

Lenin creía que los soviets rusos, el "descubrimiento fundamental" de Marx, eran la dictadura del proletariado. Al comienzo, a causa de su iniciativa revolucionaria y de la participación de las masas, los soviets parecían ser algo de eso. También Trotsky creía que los soviets eran una forma política contemporánea, como lo habían sido los parlamentos en la lucha contra los monarcas absolutos. Pero se trataba de ilusiones. Los soviets se transformaron de cuerpos revolucionarios en una forma apropiada para la dictadura totalitaria de la nueva clase, o sea el partido.

Lo mismo sucedió con el centralismo democrático de Lenin, tanto el del partido como el del gobierno. Mientras las diferencias públicas son toleradas en el partido se puede seguir hablando de centralismo, aunque no sea una forma de centralismo muy democrática, pero cuando se crea la autoridad totalitaria el centralismo desaparece y lo sustituye el despotismo abierto de la oligarquía.

De ello podemos sacar la conclusión de que existe la tendencia constante a transformar la dictadura

oligárquica en una dictadura personal. La unidad ideológica, la lucha inevitable en las altas esferas del partido y las necesidades del sistema en general tienden hacia la dictadura personal. El dirigente que consigue llegar a la cima, juntamente con sus ayudantes, es quien consigue expresar más lógicamente y proteger los intereses de la nueva clase en un momento de terminado.

Hay una fuerte tendencia a la dictadura personal en otras situaciones históricas. Por ejemplo, todas las fuerzas tienen que someterse a una idea y una voluntad cuando urge la industrialización o cuando una nación se halla en guerra. Pero hay una razón comunista pura y peculiar para la dictadura personal: la autoridad constituye el fin y el medio fundamentales del comunismo y de todo verdadero comunista. La sed de poder es insaciable e irresistible entre los comunistas. La victoria en la lucha por el poder equivale a ser elevado a la divinidad, y el fracaso significa la mortificación y la deshonra mayores.

Los dirigentes comunistas tienden también al desmedido lujo personal, al que no pueden resistir a causa de la debilidad humana y de la necesidad inherente de quienes ocupan el poder de que se los reconozca como prototipos de esplendor y poderío.

El deseo de hacer carrera, el lujo y el amor al poder son inevitables, así como la corrupción. No se trata de la corrupción de los funcionarios públicos, pues esto puede ocurrir con menos frecuencia que en la situación anterior. Se trata de un tipo especial de corrupción causada por el hecho de que el gobierno se halla en manos de un solo grupo político y es la fuente de todos los privilegios. El "cuidado de sus hombres" y su colocación en puestos lucrativos, o la distribución de privilegios de todas clases, se hacen inevitables. El hecho de que el gobierno y el partido se identifiquen con el Estado, y prácticamente con la posesión de toda la propiedad, hace que el Estado comunista se corrompa a sí mismo, que cree privilegios y funciones parásitas.

Un miembro del Partido Comunista yugoeslavo describió muy pintorescamente la atmósfera en que vive un comunista corriente: "Estoy realmente dividido en tres partes: veo a aquellos que tienen un automóvil mejor que el mío, pero me parece que no se consagran al partido y el socialismo más fervientemente que yo; desde las alturas veo abajo a quienes no tienen automóvil alguno, pues no lo han merecido realmente. En consecuencia, me considero afortunado al tener el que tengo."

Es evidente que no se trataba de un verdadero comunista, pero era una de esas personas que se hicieron comunistas porque eran idealistas y luego, desilusionadas, procuraban contentarse con lo que les podía tocar en una carrera burocrática normal. El verdadero comunista es una mezcla de fanático y de poseedor de poder desenfrenado. Sólo este tipo constituye un verdadero comunista. Los otros son idealistas o ambiciosos.

Puesto que se basa en la administración, el sistema comunista es inevitablemente burocrático, con una estricta organización jerárquica. En el sistema comunista se establecen grupos exclusivos alrededor de los dirigentes políticos. Toda la actividad política se reduce a contender dentro de esos grupos exclusivos en los que florecen la familiaridad y el espíritu de camarilla. El grupo más alto es generalmente el más íntimo. En comidas íntimas, en conversaciones entre dos o tres hombres se deciden las cuestiones oficiales de la importancia más vital. Las reuniones de los órganos del partido, las conferencias del gobierno y las asambleas, no sirven más que para hacer declaraciones y dar una apariencia oficial a las decisiones. Sólo se las convoca para que confirmen lo que se ha cocinado ya en las cocinas íntimas.

Los comunistas tienen una relación fetichista con el Estado o el gobierno, exactamente como si

fueran propiedad suya. Los mismos hombres, los mismos grupos que se muestran íntimos y familiares dentro del partido se convierten en personas estiradas, ceremoniosas y pomposas cuando actúan como representantes del Estado.

Esta monarquía es todo menos ilustrada. El monarca mismo, o sea el dictador, no se cree monarca o dictador. Cuando le llamaban dictador, Stalin ridiculizaba la idea. Creía que era el representante de la voluntad colectiva del partido. Tenía razón hasta cierto punto, puesto que, probablemente, ninguna otra persona en la historia tuvo nunca tanto poder personal. Él, como todos los otros dictadores comunistas, se daba cuenta de que un apartamiento de las bases ideológicas del partido, del monopolismo de la nueva clase, de la propiedad de los bienes de la nación, o del poder totalitario de la oligarquía, traería como consecuencia su caída inevitable. En realidad, Stalin nunca pensó en semejante abandono, pues era el representante principal y el creador del sistema. Sin embargo, inclusive él mismo dependía del sistema creado bajo su administración, o de las opiniones de la oligarquía del partido. Nada podía hacer contra ellos ni le era posible pasar sobre ellos.

De ello se sigue que en el sistema comunista nadie es independiente, ni siquiera los que están en la cima y el jefe mismo. Todos dependen unos de otros y deben evitar que los separen de quienes los rodean, de las ideas prevalecientes y de los mandos e intereses.

¿Tiene, por lo tanto, algún sentido hablar de la dictadura del proletariado bajo el comunismo?

LA teoría comunista del Estado, teoría expuesta detalladamente por Lenin y completada por Stalin y otros, favorece la dictadura totalitaria de la burocracia del partido. En esa teoría hay dos elementos fundamentales: el del Estado único y el de la desaparición del Estado. Ambos elementos se relacionan mutuamente y juntos representan toda la teoría. La teoría del Estado de Lenin se expone más completamente en su obra *El Estado y la Revolución*, escrita mientras se ocultaba al gobierno provisional en vísperas de la Revolución de Octubre. Como todas las otras teorías de Lenin, ésta se inclina hacia los aspectos revolucionarios de la doctrina marxista. En su estudio del Estado, Lenin desarrolló más este aspecto y lo llevó al extremo, utilizando particularmente la experiencia de la revolución rusa de 1905. Considerado históricamente, el documento de Lenin tuvo mucha más importancia como arma ideológica de la revolución que como base para la creación de una nueva autoridad construida de acuerdo con sus ideas.

Lenin redujo el Estado a la fuerza, o más precisamente al órgano de tiranía que una clase emplea para oprimir a las otras clases. Al tratar de formular la naturaleza del Estado de la manera más enérgica, dijo: "El Estado es un garrote."

Lenin advertía también otras funciones del Estado. Pero en esas funciones descubría asimismo el que era para él el papel más indispensable del Estado: el empleo de la fuerza bruta por una clase contra las otras.

La teoría de Lenin favorable a la destrucción del viejo aparato estatal estaba, en realidad, lejos de ser científica. Este documento de Lenin —muy importante desde el punto de vista histórico— hace valedero todo lo típico de las teorías comunistas. Al partir de las necesidades inmediatas, los partidos crean generalidades que son aparentemente conclusiones y teorías científicas, y proclaman como verdades a verdades a medias. El hecho de que la fuerza y la violencia sean las características básicas de toda autoridad estatal, o el hecho de que las fuerzas sociales y políticas empleen la maquinaria del Estado, particularmente en los choques armados, no pueden ser negados. Sin embargo, la experiencia demuestra que la maquinaria estatal es necesaria para la sociedad o la nación por otra razón: para el desarrollo y la unificación de sus diversas funciones. La teoría comunista, así como la de Lenin, no tienen en cuenta ese aspecto. Hace mucho tiempo existían comunidades sin Estado ni autoridades. No eran comunidades sociales, sino algo transitorio entre las formas semi-animales y las humanas de la vida social. Inclusive las comunidades más primitivas tenían algunas formas de autoridad. Dadas las formas cada vez más complejas de la vida social, sería ingenuo tratar de demostrar que la necesidad del Estado desaparecerá en el futuro. Lenin, en apoyo de Marx, quien a este respecto estaba de acuerdo con los anarquistas, proyectaba y trató de crear precisamente esa sociedad sin Estado. Sin entrar a discutir la medida en que sus premisas estaban justificadas, debemos recordar que pensaba en esa sociedad como en su sociedad sin clases. Según su teoría, no habrá clases ni lucha de clases, no habrá nadie que oprima y explote a otros, y no habrá necesidad del Estado. Por lo tanto, hasta entonces el Estado "más democrático" es la "dictadura del proletariado", porque ella "abole" las clases y al hacer eso se hace ostensiblemente cada vez más innecesaria. En consecuencia, todo lo que fortalece esa dictadura o lleva a la "abolición" de las clases es justo, progresista y liberal. En los lugares donde no están en el poder los comunistas defienden las medidas más democráticas porque facilitan sus esfuerzos; pero en los lugares donde

ejercent el poder se oponen a todas las formas democráticas, tildándolas de "burguesas". Proclaman corrientemente la absurda clasificación de la democracia en "burguesa" y "socialista", aunque la distinción adecuada y justa se debe hacer únicamente sobre la base de la cantidad de libertad o la generalidad de la libertad.

En toda la teoría del Estado leninista o comunista hay lagunas en los puntos de vista tanto científicos como prácticos. La experiencia ha demostrado que los resultados son completamente los contrarios a los previstos por Lenin. Las clases no han desaparecido bajo la "dictadura del proletariado" y la "dictadura del proletariado" no ha comenzado a desaparecer. En realidad, a la creación de la autoridad total de los comunistas y a la liquidación de *las clases de la vieja sociedad* se las ha querido hacer pasar por la liquidación de *las clases en general*. Pero el crecimiento del poder del Estado o, más concretamente, de la burocracia mediante la cual se ejerce su tiranía, no terminó con la dictadura del proletariado, sino que aumentó. Era necesario remendar la teoría de *algún* modo y Stalin concibió un papel "educativo" todavía más elevado del Estado soviético antes que "desapareciese". Si la teoría comunista del Estado, y sobre todo su práctica, se reduce a su esencia misma, es decir a la fuerza y la coerción como la función principal o única del Estado, podría decirse que la teoría de Stalin consiste en que el sistema policial tiene que desempeñar ese alto papel "educativo". Sólo una interpretación maliciosa podría llevar a semejante conclusión. Y en esa teoría de Stalin se da una de esas verdades a medias comunistas; él no sabía cómo explicar el hecho evidente de que el poderío de la maquinaria estatal crece continuamente en la "sociedad socialista" ya establecida. Por lo tanto tomó una de las funciones del Estado, la educativa, como la función principal. No podía emplear la tiranía puesto que ya no existían clases opositoras.

Sucede lo mismo con las teorías de los dirigentes yugoeslavos con respecto a la "autonomía". En el choque con Stalin tenían que "rectificar" sus "desviaciones" y hacer algo para que el Estado comenzara enseguida a "desaparecer". No les importaba a Stalin ni a ellos que estuvieran promoviendo y reforzando todavía más esa función del Estado, la fuerza, que para ellos era la función más importante y aquella en que fundaban su teoría del Estado.

Las ideas de Stalin sobre cómo va desapareciendo el Estado mientras se hace más fuerte, es decir sobre la manera como las funciones del Estado se amplían continuamente y atraen a un número cada vez mayor de ciudadanos; son sumamente interesantes. Dándose cuenta del papel cada vez mayor y más amplio de la maquinaria estatal, a pesar de la ya "iniciada" transición a una sociedad comunista "completamente sin clases", Stalin pensaba que el Estado desaparecería haciendo que todos los ciudadanos se elevaran al nivel del Estado y se hicieran cargo de sus asuntos. Lenin, además, hablaba de una época en que "hasta las amas de casa administrarían el gobierno". Teorías parecidas a la de Stalin circulan en Yugoslavia, como hemos visto. Ni éstas ni la de Stalin pueden salvar la brecha creciente entre las teorías del Estado comunista, con la "desaparición" de las clases y el "marchitamiento" del Estado, por un lado, y las realidades de la autoridad totalitaria de la burocracia del partido por la otra.

EL problema más importante para el comunismo, en la teoría y en la práctica, es la cuestión del Estado, que constituye una fuente constante de dificultades por ser una contradicción tan evidente dentro del comunismo.

Los regímenes comunistas son una forma de guerra civil latente entre el gobierno y el pueblo. El Estado no es sólo un instrumento de la tiranía; la sociedad, así como los cuerpos ejecutivos de la maquinaria estatal, se oponen continua y enérgicamente a la oligarquía, que aspira a reducir esa oposición por medio de la fuerza. En la práctica los comunistas no pueden alcanzar la meta de un Estado que se base únicamente en la fuerza desnuda, ni someter a la sociedad por completo. Pero pueden manejar los órganos de la fuerza, es decir la policía y el partido, los que, a su vez, manejan toda la máquina estatal y sus funciones. La oposición de los órganos y las funciones del Estado a las "irracionalidades" del partido y la policía, o sea de los funcionarios políticos individuales, es realmente la oposición de la sociedad realizada dentro de la maquinaria estatal. Es una expresión de disgusto por la opresión y la mutilación de las aspiraciones y las necesidades objetivas de la sociedad.

En los sistemas comunistas el Estado y las funciones estatales no se limitan a ser órganos de opresión, ni se identifican con ellos. Como una organización de la vida nacional y social, el Estado se *subordina* a esos órganos de opresión. El comunismo no puede resolver esta incongruencia, porque mediante su propio despotismo totalitario se pone en conflicto con tendencias de la sociedad diferentes y opuestas, tendencias que se expresan inclusive por medio de las funciones sociales del Estado.

A causa de esta contradicción y de la inevitable y constante necesidad que tienen los comunistas de tratar al Estado predominantemente como un instrumento de fuerza, el Estado comunista no puede llegar a ser un Estado legal, o un Estado en el que la administración de la justicia sea independiente del gobierno y en el que las leyes se puedan poner realmente en vigor. Todo el sistema comunista se opone a semejante Estado. Aun si los dirigentes comunistas desearan crear un Estado legal, no podrían hacerlo sin poner en peligro su autoridad totalitaria.

Una administración de justicia independiente y la vigencia del derecho harían posible inevitablemente la aparición de una oposición. Por ejemplo, ninguna ley del sistema comunista se opone a la libre expresión de la opinión o al derecho de organización. Las leyes del sistema comunista garantizan a los ciudadanos derechos de todas clases y se basan en el principio de una administración de justicia independiente. En la práctica no existe tal cosa.

En los regímenes comunistas se reconocen oficialmente las libertades, pero una condición decisiva constituye un requisito previo para ejercerlas: las libertades deben ser utilizadas únicamente en interés del sistema "socialista", que representan los dirigentes comunistas, o para fortalecer su gobierno. Esta práctica, que contradice las disposiciones legales, tiene que traer consigo inevitablemente el empleo de métodos excepcionalmente severos e inescrupulosos por parte de la policía y los órganos del partido. Por una parte hay que proteger las formas legales, mientras que al mismo tiempo hay que asegurar el monopolio de la autoridad.

En su mayor parte, dentro del sistema comunista, la autoridad legislativa no puede ser separada de la autoridad ejecutiva. Lenin consideraba que ésta era una solución perfecta. Los dirigentes yugoeslavos opinan lo mismo. En un sistema de un solo partido ésta es una de las fuentes del despotismo y la omnipotencia del gobierno.

Del mismo modo, en la práctica ha sido imposible separar la autoridad policial de la autoridad judicial. Quienes detienen son también los que juzgan y hacen cumplir los castigos. Es un círculo cerrado: los cuerpos ejecutivo, legislativo, judicial, investigador y punitivo son uno y el mismo.

¿Por qué la dictadura comunista tiene que utilizar las leyes en la gran medida en que lo hace? ¿Por qué tiene que ocultarse tras la legalidad?

La propaganda política exterior es una de las razones. Otra importante es el hecho de que el régimen comunista tiene que fijar y asegurar los derechos de aquellos de quienes depende, es decir de la nueva clase, para mantenerse. Las leyes son redactadas siempre de acuerdo con el punto de vista de las necesidades o intereses de la nueva clase, o sea del partido. Oficialmente las leyes deben ser hechas para todos los ciudadanos, pero los ciudadanos gozan de los derechos de esas leyes condicionalmente, sólo si no son "enemigos del socialismo". En consecuencia los comunistas están preocupados constantemente por la posibilidad de que se vean obligados a cumplir las leyes que han dictado, por lo que dejan siempre una escapatoria o excepción que les permita eludirlas.

Por ejemplo, las autoridades legislativas yugoeslavas se adhieren al principio de que nadie puede ser condenado como no sea por un acto que ha sido formulado exactamente por la ley. Sin embargo, la mayoría de los juicios políticos se realizan sobre la base de la llamada "propaganda hostil", aunque este concepto no es definido deliberadamente y se deja su interpretación a los jueces y la policía secreta.

Por estas razones la mayoría de los juicios políticos que se realizan en los regímenes comunistas están arreglados de antemano. Los tribunales tienen la tarea de demostrar lo que los que ejercen el poder necesitan que demuestren; o de investir con una capa *legal* el juicio *político* sobre la "actividad hostil" del acusado.

En los juicios realizados por este método la confesión del acusado es lo más importante. Él mismo debe reconocer que es un enemigo. Así se confirma la tesis. La prueba, por pequeña que pueda ser, debe ser reemplazada por la confesión de culpabilidad.

Los juicios políticos de Yugoslavia son sólo ediciones de bolsillo de los de Moscú. Los llamados juicios moscovitas son los ejemplos más grotescos y sangrientos de las comedias judiciales y legales del sistema comunista. La mayoría de los otros juicios se les parecen en lo que se refiere a los procedimientos y los castigos.

¿Cómo se manejan los juicios políticos?

En primer lugar, por sugestión de los funcionarios del partido, la policía demuestra que alguien es un "enemigo" de las condiciones existentes; que, si no existe otra cosa, sus opiniones y discusiones con los amigos íntimos constituyen una molestia, por lo menos para las autoridades locales. El siguiente paso es la preparación de la eliminación legal del enemigo. Esto se hace ya sea mediante un *provocateur*, quien induce a la víctima a hacer "declaraciones perturbadoras", a tomar parte en actividades ilegales o a cometer actos semejantes; o ya sea mediante un "cimbel" que sencillamente testimonia contra la víctima de acuerdo con los deseos de la policía. La mayoría de las

organizaciones ilegales en los regímenes comunistas son creadas por la policía secreta para atraer a ellas a los opositores y ponerlos en situación de que la policía les arregle las cuentas. El gobierno comunista no se opone a que los ciudadanos "objektables" cometan violaciones de la ley y delitos; en realidad los impulsa a cometer esos delitos y violaciones.

Stalin actuaba generalmente sin los tribunales, utilizando extensivamente la tortura. Sin embargo, aunque no se utilice la tortura y sí, en cambio, los tribunales, la esencia es la misma: los comunistas arreglan cuentas con sus opositores no porque hayan cometido delitos, sino porque, son opositores. Se puede decir que la mayoría de los delincuentes políticos castigados son inocentes desde el punto de vista legal, aunque sean opositores al régimen. Desde el punto de vista comunista, esos opositores son castigados mediante "el procedimiento legal debido", aunque puede no haber una base legal para que se los condene.

Cuando los ciudadanos se vuelven espontáneamente contra las medidas del régimen las autoridades comunistas los tratan sin tener en cuenta las disposiciones constitucionales y legales. La historia moderna no registra acciones contra la oposición de las masas tan brutales, inhumanas e ilegales como las de los regímenes comunistas. La acción llevada a cabo en Poznan es la más conocida, pero no la más brutal. Las potencias ocupantes y coloniales raras veces toman medidas tan severas, aunque sean conquistadoras y realicen sus actos mediante el uso de leyes y medidas extraordinarias. Los comunistas que manejan el poder las ponen en práctica en su propio país pisoteando sus propias leyes.

Inclusive en cuestiones no políticas, las autoridades judiciales y legislativas no están a salvo de los déspotas. La clase totalitaria y sus miembros no pueden menos de inmiscuirse en los asuntos de las autoridades judiciales y legislativas. Eso ocurre todos los días.

Un artículo publicado en el número del 23 de marzo de 1955 en el diario Politika de Belgrado ofrece una ilustración apropiada del verdadero papel que desempeñan los tribunales yugoeslavos, aunque siempre ha habido en Yugoslavia un grado de legalidad más alto que en otros países comunistas:

“En una discusión de los problemas relacionados con los delincuentes que actúan en el campo económico, realizada en la conferencia anual de dos días, y presidida por el fiscal Brana Jevremovic, los fiscales de las repúblicas, de la Vojvodina y de Belgrado anunciaron que la cooperación entre los órganos judiciales y los órganos autónomos de los organismos económicos y políticos es necesaria para obtener el éxito completo en la batalla contra los criminales que actúan en todos los organismos económicos y políticos.”

“Los fiscales creen que la sociedad no ha reaccionado todavía con vigor suficiente para librarse de esos criminales...”

“Los fiscales se mostraron de acuerdo en que la reacción de la sociedad debe ser más eficaz. Según opinan los fiscales, penas más severas y métodos más severos para hacer cumplir las penas son sólo algunas de las medidas que se deben tomar.”

“Los ejemplos citados en las discusiones confirman las opiniones de que algunos elementos hostiles que han perdido la batalla en el campo político han entrado ahora en el campo económico. En consecuencia, el problema de la delincuencia en la economía es no sólo un problema legal, sino también político, que requiere la cooperación de todos los órganos del gobierno y las organizaciones

sociales...”

“Resumiendo la discusión, el fiscal federal Brana Jevremovic destacó la importancia de la legalidad en las condiciones resultantes de la descentralización que se ha realizado en Yugoslavia, y señaló lo justo de la severidad con que nuestros más altos dirigentes han condenado a personas culpables de acción criminal contra la economía.”

Es evidente que los fiscales deciden que los tribunales juzguen y las penas sean impuestas de acuerdo con los propósitos de los "dirigentes superiores". ¿Qué queda entonces de los tribunales y de la legalidad?

En el sistema comunista las teorías legales cambian de acuerdo con las circunstancias y las necesidades de la oligarquía. El principio de Vishinsky según el cual una sentencia se debe basar en "lo que sea más digno de confianza", es decir en el análisis y la necesidad políticos, ha sido abandonado. Aunque se adopten principios más humanos o más científicos, la substancia seguirá siendo la misma hasta que cambie la relación entre el gobierno y el poder judicial y la ley misma. Las campañas periódicas en favor de la "legalidad" y la jactancia de Khrushchev de que el partido ha conseguido "ahora" poner bajo control a la policía y la administración de justicia, sólo revelan cambios en la forma de la creciente necesidad que tiene la clase gobernante de seguridad legal. No revelan cambios en la actitud de la clase gobernante con respecto a la sociedad, el Estado, los tribunales y las leyes.

EL sistema legal comunista no puede liberarse del formalismo ni suprimir la influencia decisiva de las unidades del partido y la policía en los juicios, las elecciones y otros acontecimientos semejantes. Cuanto más arriba se sube tanto más se convierte la legalidad en un mero adorno y tanto más importante es el papel del gobierno en los juicios, las elecciones, etcétera.

La futilidad y la pomposidad de las elecciones comunistas son muy conocidas en general. Si recuerdo bien, Attlee las llamó ingeniosamente "una carrera con un solo caballo". Me parece que se podría preguntar: ¿por qué los comunistas no pueden prescindir de las elecciones aunque no influyen en las relaciones políticas, ni tampoco de algo tan costoso e inútil como una institución parlamentaria?

Entre las razones vuelven a figurar la propaganda y la política exterior. Pero además hay esto: ningún gobierno, ni siquiera el comunista, puede existir sin algo que esté constituido legalmente. En las condiciones contemporáneas eso se hace por medio de representantes elegidos. El pueblo debe confirmar oficialmente todo lo que hacen los comunistas.

Además hay otra razón más profunda e importante para la existencia del sistema parlamentario en los Estados comunistas. Es necesario que la burocracia superior del partido, o sea el núcleo político de la nueva clase, apruebe las medidas tomadas por el gobierno, su cuerpo supremo. Un gobierno comunista puede no tener en cuenta la opinión pública general, pero todo gobierno comunista está atado por la opinión pública del partido y por la opinión pública comunista. En consecuencia, aunque las elecciones tengan poca importancia para los comunistas, la selección de quienes irán al parlamento la hace muy cuidadosamente el grupo superior del partido. En esa selección se toman en cuenta todas las circunstancias, como los servicios prestados, el papel y la función del interesado en el partido y la sociedad, las profesiones representadas, etcétera. Desde el punto de vista intrapartidario las elecciones para la dirección son muy importantes: los dirigentes distribuyen en el parlamento las facultades partidarias que consideran más importantes. Así la dirección cuenta con la legalidad que necesita para actuar en nombre del partido, de la clase y del pueblo.

Los intentos de permitir que dos o más comunistas disputen la misma banca en el parlamento no han dado resultados constructivos. Hubo varios casos en que se intentó eso en Yugoslavia, pero la dirección decidió que esos intentos eran "destructores". Recientemente se recibieron noticias de que gran número de candidatos comunistas competían por los mismos puestos en los países de la Europa oriental. Puede haber habido la intención de presentar dos o más candidatos para cada puesto, pero es escasa la posibilidad de que eso se haga sistemáticamente. Sería un paso hacia adelante y quizá inclusive el comienzo de una vuelta hacia la democracia por el sistema comunista. Sin embargo, me parece que habrá que recorrer un largo camino antes de que semejantes medidas se lleven a la práctica, y que la evolución en la Europa oriental se hará primeramente en la dirección del sistema yugoeslavo de "administración de los trabajadores" y no de una democracia política con sus cambios correspondientes. El núcleo despótico sigue teniéndolo todo en sus manos, consciente de que la renuncia a la unidad tradicional del partido sería muy peligrosa. Cada libertad dentro del partido pone en peligro no sólo la autoridad de los dirigentes, sino al totalitarismo mismo.

Los parlamentos comunistas no están en situación de tomar decisiones sobre nada importante.

Elegidos como están de antemano, halagados por haberlo sido, los representantes no tienen la facultad ni el valor necesarios para discutir aunque desearan hacerlo. Además, como su mandato no depende de los votantes, esos representantes no se consideran responsables ante ellos. A los parlamentos comunistas se los llama justificadamente "mausoleos" de los representantes que los componen. Su derecho y su papel consiste en aprobar por unanimidad de vez en cuando lo que se ha decidido ya entre bastidores. Este sistema de gobierno no requiere otro tipo de parlamento; en realidad se podría decir que cualquier otro tipo sería superfluo y demasiado costoso.

FUNDADO por la fuerza y la violencia, en constante conflicto con su población, el Estado comunista, aunque no haya motivos externos, tiene que ser militarista. El culto de la fuerza, especialmente de la fuerza militar, en ninguna parte predomina tanto como en los países comunistas. El militarismo es la necesidad fundamental interna de la nueva clase, es una de las fuerzas que hacen posibles la existencia, la fuerza y los privilegios de la nueva clase.

Bajo la urgencia constante de ser ante todo y, cuando es necesario, exclusivamente un órgano de violencia, el Estado comunista ha sido burocrático desde el comienzo. Mantenido por el despotismo de un puñado de manejadores del gobierno, el Estado comunista tiene más poder que cualquier otro organismo estatal con la ayuda de diversas leyes y reglamentos. Poco tiempo después de su creación el Estado comunista se llena con tantas reglamentaciones que hasta a los jueces y abogados les es difícil abrirse camino entre ellas. Todo tiene que ser reglamentado y confirmado exactamente, aunque se obtenga poco beneficio de ello. Por razones ideológicas, los legisladores comunistas dictan con frecuencia leyes sin tener en consideración la verdadera situación y las posibilidades prácticas. Sumidos en fórmulas "socialistas" legales y abstractas, no sometidos a la crítica ni la oposición, comprimen la vida en párrafos que las asambleas ratifican mecánicamente.

El gobierno comunista no es burocrático, sin embargo, cuando se trata de las necesidades de la oligarquía y de los métodos de trabajo de sus dirigentes. Ni siquiera en casos excepcionales les agrada a los jefes del Estado y el partido encadenarse con reglamentos. Los planes de acción y las decisiones políticas están en sus manos y esas cosas no consienten demoras ni un formulismo demasiado estricto. En las decisiones que conciernen a la economía en general y en todas las otras cuestiones, salvo las que carecen de importancia o son puramente formales, los jefes actúan sin restricciones excesivas. Los creadores de la burocracia y el centralismo político más rígidos no son personalmente burócratas ni están atados por reglamentos legales. Por ejemplo, Stalin no era un burócrata en aspecto alguno. El desorden y la demora prevalecen en las oficinas y establecimientos de muchos dirigentes comunistas.

Esto no impide que de vez en cuando se declaren "contra la burocracia", es decir contra la inescrupulosidad y la lentitud en la administración. En la actualidad libran una batalla contra la forma estalinista de administración burocrática. Sin embargo, no tienen la intención de eliminar la burocracia fundamental desenfrenada en el manejo del aparato político dentro de la economía y el Estado.

En esta "batalla contra la burocracia" los dirigentes comunistas se refieren habitualmente a Lenin. Pero un estudio muy atento de las obras de Lenin revela que no previó que el nuevo sistema se encaminara hacia la burocracia política. En el conflicto con la burocracia heredada en parte de la administración zarista, Lenin atribuía la mayoría de las dificultades al hecho de que "no existen aparatos compuestos por personas tomadas de una lista de comunistas o de una lista de miembros de escuelas del partido soviético". Los viejos funcionarios desaparecieron bajo el régimen de Stalin y los comunistas de la "lista" ocuparon sus puestos, a pesar de lo cual siguió creciendo la burocracia. Hasta en países como Yugoslavia, donde se debilitó considerablemente la administración burocrática, no desapareció su esencia, el monopolio de la burocracia política y las relaciones

derivadas de él. Inclusive cuando es abolida como método administrativo la burocracia sigue existiendo como relación político-social.

El Estado o gobierno comunista tiende a representar por completo al individuo, la nación y hasta sus propios representantes. Aspira a convertir a todo el Estado en un Estado de funcionarios. Aspira a reglamentar y manejar, directa o indirectamente, los salarios, los alojamientos e inclusive las actividades intelectuales. Los comunistas no distinguen a las personas en cuanto a si son o no son funcionarios, sino por el sueldo que reciben y el número de privilegios de que gozan. Mediante la colectivización, inclusive el agricultor se convierte poco a poco en un miembro de la sociedad burocrática general.

Sin embargo, este es el aspecto externo. En el sistema comunista se hallan rigurosamente divididos los grupos sociales. Pero no obstante esas diferencias y conflictos, la sociedad comunista está en conjunto más unificada que cualquiera otra. La debilidad del conjunto se debe a las actitudes y relaciones obligatorias y a los elementos antagónicos que la componen. Sin embargo, cada parte depende de todas las demás partes, como en un mecanismo único y gigantesco.

En un gobierno o Estado comunista, así como en una monarquía absoluta, el desarrollo de la personalidad humana es un ideal abstracto. En el período de la monarquía absoluta, cuando los mercantilistas impusieron la primacía del Estado sobre la economía, la corona misma, por ejemplo Catalina la Grande, creyó que el gobierno estaba obligado a reeducar al pueblo. Los dirigentes comunistas piensan y actúan del mismo modo. Pero en época de la monarquía absoluta el gobierno hacía eso en un intento de subordinar las ideas existentes a las de él. Hoy día, en el sistema comunista, el gobierno es simultáneamente el propietario y el ideólogo. Esto no significa que la personalidad humana haya desaparecido o que se haya convertido en una rueda pasiva e impersonal que gira en un mecanismo estatal grande y despiadado de acuerdo con la voluntad de un hechicero omnipotente. La personalidad, tanto colectiva como individual, es indestructible por su naturaleza misma, inclusive en el sistema comunista. Claro está que ese sistema la sofoca más que otros y su individualidad tiene que manifestarse de diferente modo.

Su mundo es un mundo de pequeñas preocupaciones cotidianas. Cuando esas preocupaciones y los deseos consiguientes chocan con la fortaleza del sistema, que ejerce el monopolio sobre la vida material e intelectual de la población, ni siquiera ese mundo minúsculo es libre o seguro. En el sistema comunista la inseguridad es el sistema de vida del individuo. El Estado le da la oportunidad de ganarse la vida, pero con la condición de que se someta. La personalidad se divide entre lo que desea y lo que puede conseguir realmente. Está en libertad para reconocer los intereses colectivos y someterse a ellos, lo mismo que en todos los demás sistemas; pero también puede rebelarse contra los usurpadores representantes de lo colectivo. La mayoría de las personas que viven dentro de un sistema comunista no se oponen al socialismo, sino a la manera como se lo pone en práctica. Esto confirma que los comunistas no practican un verdadero socialismo. El individuo se rebela contra las limitaciones que benefician a la oligarquía, no contra las que benefician a la sociedad.

Quien no vive bajo esos sistemas no puede explicarse cómo seres humanos, sobre todo pueblos tan orgullosos y valientes, han podido renunciar a la libertad de pensamiento y trabajar tanto. La explicación más exacta, aunque no la más completa, de esa situación es la severidad y totalidad de la tiranía. Pero en la raíz de esa situación hay razones más profundas.

Una de ellas es histórica. El pueblo se vio obligado a soportar la pérdida de la libertad a causa de

la necesidad irresistible del cambio económico. Otra razón es de carácter intelectual y moral. Puesto que la industrialización se había convertido en una cuestión de vida o muerte, el socialismo, o el comunismo, como su expresión ideal, se convirtió también en el ideal o la esperanza, casi hasta el extremo de una obsesión religiosa, tanto entre parte de la población en general como entre los comunistas. En opinión de quienes no pertenecían a las viejas clases sociales, una revuelta deliberada y organizada contra el partido o contra el gobierno habría equivalido a una traición contra la patria y los ideales más elevados.

La razón más importante de que no hubiera una resistencia organizada al comunismo es el totalitarismo del Estado comunista. Ha penetrado en todos los poros de la sociedad y de la personalidad, en la visión de los científicos, la inspiración de los poetas y los sueños de los amantes. Levantarse contra él significaría no sólo morir con la muerte de un individuo desesperado, sino también ser infamado y expulsado de la sociedad. No hay aire ni luz bajo el puño de hierro del gobierno comunista.

Ninguno de los dos tipos principales de grupos opositores —el que surgió de las clases más viejas y el que brotó del comunismo original mismo— encontró los medios de luchar contra esa intrusión en su libertad. El primer grupo tiraba hacia atrás, en tanto que el segundo realizaba una actividad revolucionaria obtusa y atolondrada y se dedicaba a sutilizar acerca del dogma con el régimen. Las condiciones no estaban todavía maduras para el hallazgo de caminos nuevos.

Entretanto, el pueblo recelaba instintivamente del camino nuevo y se oponía a cada paso y cada detalle minúsculo. Al presente esa resistencia constituye la amenaza mayor y más real para los regímenes comunistas. Los oligarcas comunistas ya no saben lo que piensan o sienten las masas. Los regímenes se sienten inseguros en un mar de descontento profundo y oscuro.

Aunque la historia no registra otro sistema que haya tenido tan buen éxito como la dictadura comunista en la *represión* de su oposición, ninguno ha *provocado* un descontento tan profundo y extenso. Parecería que cuanto más se aplasta la conciencia y cuanto menos oportunidades existen para establecer una organización, tanto mayor es el descontento.

El totalitarismo comunista lleva al descontento total, en el que van desapareciendo gradualmente todas las diferencias de opinión, pero no el odio y la desesperación. La resistencia espontánea —el descontento de millones de personas con los detalles cotidianos de la vida— es la forma de resistencia que los comunistas no han podido sofocar. Esto se confirmó durante la guerra germano-soviética. Cuando los alemanes atacaron a la Unión Soviética, los rusos mostraron al parecer pocos deseos de resistir. Pero Hitler mostró enseguida que sus intenciones eran la destrucción del Estado ruso y la conversión de los eslavos y los otros pueblos soviéticos impersonales del *Herrenvolk*. De lo profundo de la población surgió el amor tradicional e inextinguible a la patria. Durante toda la guerra Stalin no mencionó ante el pueblo al gobierno soviético ni su socialismo; sólo mencionó una cosa: la patria. Y merecía la pena morir por ella, a pesar del socialismo de Stalin.

LOS regímenes comunistas han conseguido resolver muchos problemas insolubles para los sistemas anteriores. También están consiguiendo resolver el problema de la nacionalidad tal como existía hasta el momento en que llegaron al poder. Pero no han podido resolver por completo el conflicto de la burguesía nacional. Ese problema ha reaparecido en los regímenes comunistas en una forma nueva y más grave.

El gobierno nacional se realiza en la Unión Soviética mediante una burocracia muy desarrollada. Pero en Yugoslavia se producen disputas a causa de la fricción entre las burocracias nacionales. Ni en el primero ni en el segundo caso tienen nada que ver las disputas nacionales en el viejo sentido. Los comunistas no son nacionalistas; para ellos la insistencia en el nacionalismo es sólo una fórmula, como cualquier otra fórmula, mediante la cual fortalecen su poder. Con ese propósito pueden actuar de vez en cuando inclusive como patrióticos vehementes. Stalin era georgiano, pero en la práctica y en la propaganda, siempre que era necesario, se mostraba como un gran ruso rabioso. Khrushchev admitió que entre los errores de Stalin figuraba la exterminación de pueblos enteros. Stalin y Compañía utilizaban los prejuicios nacionales de la nación en conjunto —la nación rusa— como si ésta se hubiera compuesto de hotentotes. Los dirigentes comunistas recurrirán siempre a lo que consideren útil, como la predicación de la igualdad de derechos entre las burocracias nacionales, que para ellos es prácticamente lo mismo que la demanda de igualdad de derechos entre las nacionalidades.

Sin embargo, los sentimientos y los intereses nacionales no se hallan en la base del conflicto entre las burocracias nacionales comunistas. El motivo es enteramente distinto: es la supremacía en la zona de uno, en la esfera que se halla bajo la administración de uno. La lucha por la reputación y los poderes de la república de uno no va mucho más allá del deseo de fortalecer el poder de uno. Las unidades nacionales del Estado comunista no tienen más importancia que la de ser divisiones administrativas sobre la base del idioma. Los burócratas comunistas son patriotas locales vehementes en defensa de sus propias unidades administrativas, aunque no hayan adquirido una preparación para actuar en esa unidad sobre una base lingüística o nacional. En algunas unidades puramente administrativas de Yugoslavia (los consejos regionales) el patriotismo ha sido mayor que en los gobiernos de las repúblicas nacionales.

Entre los comunistas se puede encontrar tanto el patriotismo burocrático miope como una decadencia de la conciencia nacional, inclusive en las mismas personas, lo que depende de las oportunidades y las necesidades.

El lenguaje que hablan los comunistas es apenas el mismo que habla la gente que gobiernan. Las palabras son las mismas, pero las expresiones, el significado, el sentido interno son exclusivos de ellos.

Aunque sean autárquicos con respecto a los otros sistemas y localistas dentro de su propio sistema, los comunistas pueden ser internacionalistas fervientes cuando les interesa serlo. Las diversas naciones, cada una de las cuales tenía en otro tiempo su forma y su color propios, su historia y sus esperanzas propias, ahora se hallan virtualmente detenidas, grises y lánguidas, bajo las oligarquías omnipotentes, omnisapientes y esencialmente no nacionales. Los comunistas no han conseguido

excitar o despertar a las naciones; en este sentido tampoco han conseguido resolver las cuestiones nacionalistas. ¿Quién sabe al presente algo de los escritores y las figuras políticas ucranios? ¿Qué ha sido de esa nación, que tiene el mismo tamaño que Francia y era en otro tiempo la nación más avanzada de Rusia? Se creería que bajo esa máquina impersonal de opresión sólo puede quedar una masa de población amorfa e informe.

No es así, sin embargo.

Así como siguen viviendo la personalidad, las diversas clases sociales y las ideas, así también siguen viviendo las naciones. Funcionan, luchan contra el despotismo y conservan intactas sus características distintivas. Su conciencia y su alma pueden ser sofocadas, pero no destruidas. Aunque están subyugadas, no se han rendido. La fuerza que las mueve al presente es algo más que el viejo nacionalismo burgués; es un deseo imperecedero de ser dueñas de sí mismas, y de llegar, mediante su propia voluntad libre, a una confraternidad cada vez mayor con el resto de la raza humana en su existencia eterna.

# **DOGMATISMO EN LA ECONOMÍA**

LA evolución de la economía en el comunismo no es la base sino el reflejo de la evolución del régimen mismo de una dictadura revolucionaria a un despotismo reaccionario. Esa evolución, a través de luchas y disputas, demuestra cómo la intervención del gobierno en la economía, necesaria al principio, se ha ido convirtiendo poco a poco en un interés vital y personal de los burócratas gobernantes. Al principio el Estado se apodera de todos los medios de producción con objeto de dedicar todas las inversiones al logro de una industrialización rápida. Al final, el desarrollo económico tiene como objetivo principal satisfacer los intereses de la clase gobernante.

Los otros tipos de propietarios no actúan de una manera esencialmente diferente; siempre les impulsa un interés personal de alguna especie. Sin embargo, lo que distingue a la nueva clase de los otros tipos de propietarios es que tiene en sus manos, más o menos, todos los recursos nacionales y ejerce su poder económico de una manera deliberada y organizada. También otras clases, así como organismos políticos y económicos, emplean un sistema de unificación deliberado. Porque hay un número de propietarios y muchas formas de propiedad, todos en conflicto mutuo, se han mantenido la espontaneidad y la competencia en todos los sistemas económicos anteriores al comunista, por lo menos en condiciones normales o pacíficas.

Ni siquiera la economía comunista ha conseguido reprimir la espontaneidad, pero en contraste con todas las otras, insiste constantemente en que es necesaria la espontaneidad.

Esta práctica tiene su justificación teórica. Los dirigentes comunistas creen realmente que conocen las leyes económicas y que pueden administrar la producción con exactitud científica. La verdad es que lo único que saben es apoderarse de la dirección de la economía. Su capacidad para hacerlo, así como su victoria en la revolución, han creado en su mente la ilusión de que han logrado esas cosas gracias a su capacidad científica excepcional.

Convencidos de la exactitud de sus teorías, administran la economía en gran parte de acuerdo con esas teorías. Es un chiste corriente decir que los comunistas primeramente identifican a una medida económica con una idea marxista y luego llevan a la práctica esa medida. En Yugoslavia se ha declarado oficialmente que los planes se trazan de acuerdo con las doctrinas de Marx, pero Marx no era proyectista ni técnico en el trazado de planes. En la práctica nada se hace de acuerdo con las doctrinas de Marx. Sin embargo, esas declaraciones satisfacen la conciencia de la gente y son utilizadas para justificar la tiranía y la dominación económica con fines "ideales" y de acuerdo con descubrimientos "científicos".

El dogmatismo en la economía constituye una parte inseparable del sistema comunista. Pero la adaptación forzosa de la economía a los moldes dogmáticos no es la característica sobresaliente del sistema económico comunista. En esta economía los dirigentes son maestros en el arte de "adaptar" la teoría, y se apartan de ella cuando les interesa hacerlo.

Además de haber sido impulsada por la necesidad histórica de una industrialización rápida, la burocracia comunista se ha visto obligada a establecer un tipo de sistema económico destinado a asegurar la perpetuación de su propio poder. Alegando que lo hacía en favor de una sociedad sin clases y de la abolición de la explotación, ha creado un sistema económico cerrado, con formas de

propiedad que facilitan el dominio del partido y su monopolio. Al principio, los comunistas tuvieron que apelar a esa forma "colectivista" por razones objetivas. Ahora siguen fortaleciendo esa forma —sin tener en cuenta si beneficia o no a la economía nacional y la mayor industrialización— por su propio interés, con un fin de clase comunista exclusivo. Primeramente administraban y manejaban toda la economía con fines supuestamente ideales; más tarde lo hicieron con el propósito de mantener su dirección y dominio absolutos. Esta es la verdadera razón de las medidas políticas de gran alcance e inflexibles que se toman en la economía comunista.

En una entrevista realizada en 1956, Tito admitió que hay "elementos socialistas" en las economías occidentales, pero que no han sido introducidos "deliberadamente" como tales en esas economías. Esto expresa toda la idea comunista: sólo porque el "socialismo" ha sido establecido "deliberadamente" —mediante la compulsión organizada— en las economías de sus países los comunistas tiene que mantener su método despótico de gobernar y su monopolio de la propiedad.

Esta atribución de una importancia grande e inclusive decisiva a la "deliberación" en el desarrollo de la economía y la sociedad revela el carácter obligatorio y egoísta de la política económica comunista. De otro modo, ¿sería necesaria semejante insistencia en la deliberación?

La fuerte oposición de los comunistas a todas las formas de propiedad con excepción de las que consideran socialistas indica, sobre todo, su deseo irrefrenable de conquistar y mantener el poder. Sin embargo, han abandonado o modificado esa actitud radical cuando su mantenimiento se oponía a su interés. Por lo tanto han tratado muy mal a su teoría. En Yugoslavia, por ejemplo, primeramente crearon y luego disolvieron los kolkhozes en nombre del "marxismo libre de errores" y el "socialismo". Actualmente siguen una tercera línea intermedia confusa en la misma cuestión. Se dan los mismos ejemplos en todos los países comunistas. Sin embargo, la abolición de todas las formas de propiedad privada, *con excepción de la de ellos*, es su propósito invariable.

Todo sistema político sirve de expresión a fuerzas económicas y trata de administrarlas. Los comunistas no pueden obtener el manejo completo de la producción, pero han conseguido manejarla hasta tal punto que la subordinan continuamente a sus fines ideológicos y políticos. En este aspecto el comunismo se diferencia de todos los otros sistemas políticos.

LOS comunistas interpretan el papel especial de quienes producen en función de su propiedad total, y, lo que es más importante, con frecuencia en función del papel predominante de la ideología en la economía.

Inmediatamente después de la revolución fue restringida en la Unión Soviética la libertad de empleo. Pero la necesidad que tenía el régimen de una industrialización rápida hizo que no se restringiera por completo esa libertad. Ello sucedió sólo después de la victoria de la revolución industrial y de haber sido creada la nueva clase. En 1940 se aprobó una ley que prohibía la libertad de empleo y castigaba a la gente por abandonar sus tareas. En ese período y después de la segunda guerra mundial surgió una forma de trabajo esclavo, a saber los campamentos de trabajo. Además, quedó casi completamente eliminada la línea limítrofe entre el trabajo en esos campamentos y el trabajo en las fábricas.

Los campamentos de trabajo y varias clases de actividades "voluntarias" son sólo las formas peores y más extremadas del trabajo obligatorio. En otros sistemas pueden tener un carácter temporario, pero bajo el comunismo el trabajo obligatorio se ha convertido en una característica permanente. Aunque el trabajo obligatorio no ha tomado la misma forma en otros países comunistas, ni ha alcanzado en ellos la amplitud que en la Unión Soviética, ninguno de esos países cuenta con una libertad de empleo completa.

El trabajo obligatorio en el sistema comunista es la consecuencia del monopolio sobre toda, o casi toda, la propiedad nacional. El obrero se encuentra en la situación de tener no sólo que vender su trabajo, sino de venderlo en condiciones que no dependen de él, pues no puede encontrar otro patrón mejor. No hay más que un patrón: el Estado. El obrero no tiene más remedio que aceptar las condiciones de ese patrón. El elemento peor y más dañino del capitalismo anterior desde el punto de vista del trabajador: el mercado de trabajo, ha sido reemplazado por el monopolio sobre el trabajo que ejerce la propiedad de la nueva clase. Esto no ha hecho más libre al trabajador.

En el sistema comunista el obrero no es como el esclavo de tipo antiguo, ni siquiera cuando se halla en los campamentos de trabajo obligatorio. Hasta el hombre más inteligente de la antigüedad, Aristóteles, creía que las personas nacen libres o esclavas. Aunque opinaba que se debía tratar con humanidad a los esclavos y abogaba en favor de la reforma del sistema de esclavitud, no obstante consideraba a los esclavos como instrumentos de la producción. En el moderno sistema tecnológico no es posible tratar así a un obrero, porque sólo un obrero culto e interesado puede hacer el trabajo requerido. El trabajo obligatorio en el sistema comunista es enteramente distinto de la esclavitud en la antigüedad o en la historia posterior. Es el resultado de la propiedad y las relaciones políticas, y no, o sólo en pequeña parte, el resultado del nivel técnico de la producción.

Puesto que la tecnología moderna requiere un obrero que pueda disponer de una cantidad de libertad considerable, se halla en conflicto latente con las formas de trabajo obligatorias o con el monopolio de la propiedad y el totalitarismo político del comunismo. Bajo el comunismo el obrero es técnicamente libre, pero sus posibilidades de utilizar su libertad son extremadamente limitadas. La limitación formal de la libertad no es una característica inherente del comunismo, sino un fenómeno que se produce bajo el comunismo. Es especialmente evidente con respecto al trabajo y a la fuerza de

trabajo misma.

El trabajo no puede ser libre en una sociedad en la que todos los bienes materiales están monopolizados por un grupo. La fuerza de trabajo es indirectamente la propiedad de ese grupo, aunque no completamente, pues el obrero es un ser humano individual que utiliza una parte de su trabajo. Hablando abstractamente, la fuerza de trabajo, tomada en conjunto, es un factor en la producción social total. La nueva clase gobernante, con su monopolio material y político, utiliza ese factor casi en la misma medida en que lo hace con otros bienes y elementos de producción nacionales y lo trata de la misma manera, sin tener en cuenta el factor humano.

Al considerar al trabajo como un factor de la producción, a la burocracia no le interesan las condiciones del trabajo en las diversas empresas ni la relación entre los salarios y los beneficios. Los salarios y las condiciones de trabajo son determinados de acuerdo con un concepto abstracto del trabajo, o de acuerdo con las capacidades individuales, teniendo en cuenta poco o nada los resultados reales de la producción en las empresas o ramas de la industria respectivas. Esto es sólo una regla general; hay excepciones que dependen de las condiciones y las necesidades. Pero el sistema lleva inevitablemente a la falta de interés por parte de los verdaderos productores, es decir de los obreros. Lleva también a una baja calidad de la producción, a una disminución en la producción y el progreso técnico y al deterioro de la fábrica. Los comunistas se esfuerzan constantemente por conseguir una mayor productividad por parte de los obreros individuales, y prestan poca o ninguna atención a la productividad de la fuerza de trabajo en general.

En un sistema como éste son inevitables y frecuentes los esfuerzos para estimular al obrero. La burocracia ofrece toda clase de recompensa y gajes para contrarrestar la falta de interés. Pero mientras los comunistas no cambien el sistema mismo, mientras conserven su monopolio de toda la propiedad y todo el gobierno, no podrán estimular al obrero individual durante mucho tiempo, y mucho menos estimular la fuerza de trabajo en general.

Intentos muy estudiados para dar a los obreros una participación en los beneficios se han hecho en Yugoslavia y se proyectan ahora en los países de la Europa oriental. Esos intentos tienen como rápida consecuencia la retención de "beneficios excesivos" en las manos de la burocracia, que justifica esa acción diciendo que está conteniendo la inflación e invirtiendo el dinero sensatamente. Todo lo que le queda al obrero son pequeñas cantidades nominales y el "derecho" a sugerir cómo deben invertirse esos beneficios por medio del partido y de la organización gremial, es decir de la burocracia. Sin derecho a la huelga y a decidir lo que debe poseer cada cual, los obreros no tienen muchas probabilidades de obtener una verdadera participación en los beneficios. Se ha hecho evidente que todos esos derechos están entrelazados con diversas formas de libertad política. No se los puede obtener aislados los unos de las otras.

En un sistema como éste son imposibles las organizaciones gremiales libres y las huelgas sólo se pueden producir muy raras veces, como las explosiones de descontento obrero en la Alemania Oriental en 1954 y en Poznan en 1956.

Los comunistas explican la prohibición de las huelgas diciendo que la "clase obrera" se halla en el poder y posee los medios de producción por medio del Estado, y que, en consecuencia, si fuera a la huelga la haría contra ella misma. Esta ingenua explicación se basa en que en el sistema comunista el dueño de la propiedad no es una persona particular, sino que, como sabemos, se oculta bajo el disfraz de dueño colectivo y oficialmente inidentificable.

Sobre todo, las huelgas bajo el sistema comunista son imposibles porque hay sólo un propietario a cargo de todos los bienes y de toda la fuerza de trabajo. Sería difícil realizar una acción eficaz contra él sin la participación de todos los trabajadores. Una huelga en una o más empresas —suponiendo que semejante cosa pudiera ocurrir bajo una dictadura total— no puede amenazar realmente a ese propietario. Su propiedad no se compone con esas empresas particulares, sino que la forma la máquina de producción en conjunto. Al dueño no le perjudican las pérdidas en empresas determinadas, porque los productores, o sea la sociedad en general, tienen que compensar esas pérdidas. Por este motivo las huelgas constituyen un problema más político que económico para los comunistas.

Además de que las huelgas individuales son casi imposibles y sin esperanza en lo que respecta a sus resultados potenciales, no existen las condiciones políticas adecuadas para las huelgas generales y sólo se pueden producir en situaciones excepcionales. Dondequiera que se han producido huelgas individuales se han convertido habitualmente en huelgas generales y han tomado un carácter claramente político. Además, los regímenes comunistas dividen y desorganizan constantemente a la clase trabajadora mediante funcionarios pagados, salidos de sus filas, que la "educan", la "elevan ideológicamente" y la dirigen en su vida cotidiana.

Las organizaciones gremiales y otros organismos profesionales, a causa de su propósito y su función, sólo pueden ser dependencias de un propietario y potentado único: la oligarquía política. Por lo tanto, su finalidad "principal" consiste en la tarea de "construir el socialismo" o aumentar la producción. Sus otras funciones consisten en difundir ilusiones y un estado de ánimo sumiso entre los trabajadores. Esas organizaciones sólo han desempeñado un papel importante: el de elevar el nivel cultural de las clases obreras.

Las organizaciones obreras bajo el sistema comunista son en realidad organizaciones de "compañía" o "camarillas" de una clase especial. Empleamos la expresión "de una clase especial" porque el patrón es al mismo tiempo el gobierno y el representante de la ideología predominante. En otros sistemas esos dos factores se hallan generalmente separados, de modo que los obreros, aun cuando no pueden confiar en ninguno de ellos, al menos pueden sacar ventaja de las diferencias y conflictos entre ambos.

No es casual que la clase trabajadora constituya la principal preocupación del régimen, no por razones idealistas o humanitarias, sino sencillamente porque es la clase de la que depende la producción y también el medro y la existencia misma de la nueva clase.

A pesar de que no hay libertad de empleo ni organizaciones obreras libres, existe un límite para la explotación inclusive en el sistema comunista. El examen de ese límite requeriría un análisis más profundo y concreto. Aquí nos referiremos únicamente a sus aspectos más importantes.

Además de los límites políticos —el temor al descontento entre los obreros y otras consideraciones que están sometidas al cambio— hay también límites constantes para la explotación: las formas y los grados de explotación que se hacen demasiado costosos para el sistema tienen que interrumpirse más pronto o más tarde.

Así, por decreto del 25 de abril de 1956, se canceló en la Unión Soviética la condena de los trabajadores por la lentitud en su trabajo o por el abandono de sus tareas. También se puso en libertad a gran número de obreros internados en los campamentos de trabajo. Se trataba de casos en los que era imposible distinguir entre los presos políticos y aquellos a quienes el régimen había arrojado a los campamentos porque necesitaba fuerza de trabajo. El decreto no tuvo como consecuencia una fuerza de trabajo completamente liberada, pues siguieron en vigor importantes limitaciones, pero representó el progreso más significativo realizado después de la muerte de Stalin.

El trabajo esclavo obligatorio creaba dificultades políticas al régimen y además se hizo demasiado costoso tan pronto como se introdujo en la Unión Soviética una técnica avanzada. Un trabajador esclavo, por mal que se le alimente, cuesta más que lo que puede producir si se tiene en cuenta el aparato administrativo necesario para poder someterlo a coerción. Su trabajo se hace absurdo y hay que suspenderlo. La producción moderna limita la explotación de otros modos. No se puede hacer funcionar eficientemente la maquinaria mediante obreros forzosos agotados y la salud y las condiciones culturales adecuadas se han convertido en un requisito indispensable.

Los límites de la explotación en el sistema comunista corren parejos con los límites de las libertades de la fuerza de trabajo. Esas libertades están determinadas por la naturaleza de la propiedad y del gobierno. Hasta que la propiedad y el gobierno cambien, la fuerza de trabajo no puede ser libre y tiene que permanecer sometida a formas moderadas o severas de coerción económica y administrativa.

A causa de sus necesidades de producción, un régimen comunista reglamenta las condiciones de trabajo y la situación legal de la fuerza de trabajo. Toma medidas sociales que tienen muchos aspectos y lo abarcan todo: regula cosas como las horas de trabajo, las vacaciones, el seguro, la educación y las tareas de mujeres y niños. Muchas de esas medidas son en gran parte nominales; muchas tienen también un carácter progresivamente perjudicial.

En un sistema comunista es constante la tendencia a reglamentar las relaciones del trabajo y mantener el orden y la paz en la producción. El propietario único y colectivo resuelve los problemas de la fuerza de trabajo en una escala que lo abarca todo. No puede soportar la "anarquía" en nada, y menos en la fuerza de trabajo. Tiene que reglamentarla tanto como todos los demás aspectos de la producción.

La gran jactancia de que existe la ocupación plena en los sistemas comunistas no puede ocultar las heridas, que se hacen evidentes cuando uno examina el asunto más de cerca. Tan pronto como todos

Los bienes materiales son manejados por un solo cuerpo, esos bienes, como las necesidades de mano de obra, tienen que ser objeto de planes. Las necesidades políticas desempeñan un papel importante en los planes y eso trae como consecuencia inevitable la retención de cierto número de ramas de la industria que sobreviven a expensas de las otras. Esos planes ocultan la existencia de una verdadera desocupación. Tan pronto como algunos sectores de la economía pueden actuar con mayor libertad, o tan pronto como se hace innecesario para el régimen mantener y reforzar una rama a expensas de otras, se repite la desocupación. Vínculos más extensos con el mercado mundial pueden causar también esa tendencia.

En consecuencia, la ocupación plena no es el resultado del "socialismo" comunista, sino de una política económica realizada por orden, en último análisis, la ocupación plena es el resultado de la discordancia y la ineficiencia en la producción. No pone de manifiesto la fuerza, sino la debilidad de la economía. En Yugoslavia escaseaban los obreros hasta que se alcanzó un grado satisfactorio de eficiencia en la producción. Tan pronto como lo consiguió se produjo la desocupación. Y esa desocupación sería todavía mayor si Yugoslavia alcanzase el máximo de eficiencia en la producción.

En las economías comunistas la ocupación plena oculta la desocupación. La pobreza de todos oculta la desocupación de algunos, así como el progreso fenomenal de algunos sectores de la economía oculta el atraso de otros.

Por las mismas razones, este tipo de propiedad y de gobierno monopolistas puede evitar el colapso económico, pero no puede evitar las crisis crónicas. Los intereses egoístas de la nueva clase y el carácter ideológico de la economía hacen imposible el mantenimiento de un sistema sano y armonioso.

MARX no fue el primero que se imaginó la economía de la futura sociedad basada en planes. Pero fue el primero, o uno de los primeros que reconoció que una economía moderna tiende inevitablemente hacia los planes, porque, aparte de las razones sociales, se la establece sobre la base de la tecnología científica. Los monopolios fueron los primeros que trazaron planes en una escala nacional o internacional gigantesca. En la actualidad, los planes constituyen un fenómeno general y un elemento importante de la política económica de la mayoría de los gobiernos, aunque en los países industrialmente avanzados tienen un carácter distinto que en los industrialmente poco desarrollados. Los planes se hacen necesarios cuando la producción llega a una etapa avanzada y cuando las condiciones sociales, internacionales y de otras clases están sujetas a tendencias semejantes. Ello no tiene mucho que ver con teoría alguna, y menos con la de Marx, construida en un nivel muy inferior de relaciones sociales y económicas.

Cuando la Unión Soviética se convirtió en el primer país que emprendía planes nacionales, sus dirigentes, que eran marxistas, relacionaron esos planes con el marxismo. La verdad es esta: aunque las doctrinas marxistas constituían la base idealista de la revolución en Rusia, esas doctrinas se convirtieron también en el pretexto para las medidas que tomaron posteriormente los dirigentes soviéticos.

Todas las razones históricas y específicas de los planes soviéticos fueron atribuidas a teorías correspondientes. La de Marx era la más inmediata y aceptable a causa de la base social y el pasado del movimiento comunista.

Aunque al comienzo se apoyaban en Marx, los planes comunistas tenían un fondo idealista y material más profundo. ¿Cómo puede ser administrada una economía de otro modo que como una economía planificada cuando tiene o va a tener un solo dueño? ¿Cómo se podrían hacer tan tremendas inversiones con el propósito de industrializar si no se basaban en planes? Se debe necesitar una cosa antes que pueda convertirse en un ideal. Eso es lo que sucede con los planes comunistas. Están dedicados a desarrollar las ramas de la economía que aseguran el fortalecimiento del régimen. Esta es la regla general, aunque en todos los países comunistas, sobre todo en los que se han independizado de Moscú, hay excepciones de esa regla.

Por supuesto, el desarrollo de la economía nacional en conjunto es importante para el fortalecimiento del régimen, pues es imposible separar permanentemente el progreso en una rama de la producción del de las otras. En todo sistema comunista la importancia que se atribuye a los planes se relaciona siempre con las ramas de la economía consideradas como de importancia decisiva para el mantenimiento de la estabilidad política del régimen. Esas ramas son las que aumentan el papel, el poder y los privilegios de la burocracia. Son también las que fortalecen al régimen en sus relaciones con otros países y hacen posible que se industrialice en mayor grado. Hasta ahora han sido las ramas de las industrias pesada y bélica. Esto no significa que la situación no pueda cambiar en los distintos países. Recientemente la energía atómica, sobre todo en la Unión Soviética, ha comenzado a ocupar el primer puesto en el plan. Yo diría que eso sucede por consideraciones militares, exteriores y políticas más que por cualesquiera otras.

Todo está subordinado a esos fines. En consecuencia, muchas ramas de la economía se rezagan y

funcionan ineficientemente. Las desproporciones y dificultades son inevitables, y se producen los costos de producción excesivos y la inflación crónica. Según André Philipe (en el *New Leader* del 1 de octubre de 1956), las inversiones en la industria pesada de la Unión Soviética aumentaron del 53,3 por ciento del total de inversiones en 1954 al 60 por ciento en 1955. El 21 por ciento de la renta nacional neta se invierte en la industria, con una concentración en la industria pesada, aunque ésta sólo contribuye con el 7,4 por ciento al aumento de la renta *per cápita* el 6,4 por ciento de la cual se debe al aumento de la producción.

Se comprende que en esas condiciones el nivel de vida sea lo que menos interesa a los nuevos propietarios, aunque, como dice Marx, los hombres sean el factor más importante en la producción. Según Edward Cranwshaw, íntimamente relacionado con el Partido Laborista británico, en la Unión Soviética tienen que librar una batalla desesperada por la supervivencia quienes ganan menos de 600 rublos mensuales. Harry Schwartz, redactor del *New York Times* especializado en la Unión Soviética, ha calculado que aproximadamente ocho millones de trabajadores ganan menos de 300 rublos mensuales, y la *Tribune*, que representa el punto de vista del ala izquierda del Partido Laborista británico, comenta que éste, y no la igualdad de los sexos, es el motivo de que se dedique a trabajos pesados un número tan grande de mujeres. El reciente aumento de un 30 por ciento en los salarios de la Unión Soviética se ha aplicado a esos salarios bajos.

Esto es lo que sucede en la Unión Soviética, pero la situación no es muy distinta en los otros países comunistas, ni siquiera en los técnicamente muy avanzados como Checoslovaquia. Yugoslavia, que en otro tiempo exportaba productos agrícolas, ahora los importa. Según las estadísticas oficiales, el nivel de vida de los que trabajan en oficinas y tareas intelectuales es inferior al de antes de la segunda guerra mundial, cuando Yugoslavia era un país capitalista atrasado.

Los planes comunistas dedicados a los intereses de la clase política y la dictadura totalitaria, se complementan entre sí. Por razones ideológicas, los comunistas hacen grandes inversiones en ciertas ramas de la economía. Todos los planes giran alrededor de esas ramas. Eso lleva a profundos cambios en la economía que no pueden ser pagados con los ingresos procedentes de las granjas nacionalizadas quitadas a los capitalistas y los grandes terratenientes, sino que tienen que serlo principalmente mediante la imposición de salarios bajos y el saqueo de los campesinos por medio del sistema de venta obligatoria de la cosecha.

Se podría decir que si la Unión Soviética no hubiese trazado esos planes, o si no hubiese concentrado sus esfuerzos en el desarrollo de la industria pesada, habría entrado en la segunda guerra mundial desarmada y Hitler la habría conquistado y esclavizado fácilmente. Esto es exacto, pero sólo hasta cierto punto, pues los cañones y los tanques no constituyen la única fuerza de un país. Si Stalin no hubiese tenido fines imperialistas en su política exterior y tiránicos en su política interna, ningún grupo de potencias habría dejado a su país que se las arreglara solo ante el invasor.

Esto es evidente: el aspecto ideológico de los planes y del desarrollo de la economía no era esencial para la creación de una industria de guerra. Ésta fue creada porque los gobernantes necesitaban ser independientes interna y exteriormente. Las necesidades defensivas eran sólo necesidades asociadas, aunque inevitables. Rusia habría podido obtener la misma cantidad de armamentos, con diferentes planes, vinculándose más estrechamente con los mercados exteriores. Una mayor dependencia de los mercados exteriores habría exigido una política exterior diferente. En las condiciones actuales, en que los intereses mundiales están entrelazados y las guerras son totales, la manteca es casi tan importante como los cañones para librar la guerra. Esto se confirmó inclusive

en el caso de la Unión Soviética. Los alimentos procedentes de los Estados Unidos fueron casi tan importantes para obtener la victoria como el material bélico.

Lo mismo es cierto con respecto a la agricultura. En las condiciones actuales, la agricultura progresiva significa también industrialización. La agricultura progresiva no asegura que un régimen comunista se independizará del exterior. Internamente hace que el régimen dependa de los campesinos, aunque los campesinos sean miembros de cooperativas libres. En consecuencia, en el plan se ha dado prioridad al acero, dejando de lado a los kolkhozes con producción baja. La planificación del poder político tiene que preceder al progreso económico.

Los planes soviéticos o comunistas son de una clase especial. No han surgido como consecuencia del progreso técnico de la producción, ni como el resultado de la conciencia "socialista" de sus iniciadores. En cambio, han surgido como consecuencia de un tipo especial de gobierno y de propiedad. Al presente, el técnico y otros factores influyen en este tipo de planes, pero esos otros factores no han dejado de ejercer su efecto en la evolución de los planes de ese tipo. Es muy importante tomar nota de esto, pues constituye la clave para comprender el carácter de los planes de este tipo y las capacidades de una economía comunista.

Los resultados obtenidos por esa economía y esos planes son variados. La concentración de todos los medios para conseguir un propósito determinado hace posible para quienes manejan el poder un progreso extraordinariamente rápido en ciertas ramas de la economía. El progreso que la Unión Soviética ha alcanzado en algunas ramas nunca había sido alcanzado anteriormente en parte alguna del mundo. Sin embargo, cuando se tiene en cuenta el atraso existente en otras ramas ese progreso no se justifica desde el punto de vista de la economía en general.

Por supuesto, la Rusia en otro tiempo atrasada ha conseguido el segundo puesto en la producción mundial en lo que respecta a las ramas más importantes de la economía. Se ha convertido en la potencia continental más poderosa del mundo. Se han creado una fuerte clase trabajadora, un amplio estrato de población técnicamente culta y los materiales para la producción de bienes de consumo. Eso no ha debilitado esencialmente a la dictadura, ni hay razón alguna para creer que el nivel de vida no pueda ser mejorado en proporción con las capacidades económicas del país.

Las propiedades y las consideraciones políticas, de las que el plan es sólo un instrumento, han hecho imposible debilitar la dictadura o elevar el nivel de vida. El monopolio exclusivo de un solo grupo, tanto en la economía como en la política; los planes dirigidos a aumentar su poder y sus intereses en el país y en el mundo entero, aplazan continuamente el mejoramiento del nivel de vida y el desarrollo armonioso de la economía. La falta de libertad es indudablemente la razón final y más importante de ese aplazamiento. En los sistemas comunistas la libertad se ha convertido en el problema económico y general más importante.

LA economía planificada comunista oculta dentro de si misma una anarquía de un género especial. A pesar de ser planificada, es quizá la más despilfarradora en la historia de la sociedad humana. Esto puede parecer extraño si se tiene en cuenta el desarrollo relativamente rápido de algunas ramas particulares de la economía, y de la economía en conjunto, pero tiene una base sólida.

El despilfarro en proporciones fantásticas era inevitable si manejaba la economía un grupo que lo veía todo, inclusive la economía, desde el punto de vista estrecho de su propiedad y su ideología. ¿Cómo podía un grupo de este género administrar eficaz y frugalmente una compleja economía moderna, una economía que, a pesar de los planes más completos, mostraba de día en día tendencias internas y externas variadas y con frecuencia contradictorias? La ausencia de toda clase de crítica, e inclusive de toda clase de sugestión importante, lleva inevitablemente al derroche y el estancamiento.

A causa de esta omnipotencia política y económica es imposible evitar las empresas ruinosas aunque se tengan las mejores intenciones. Se presta muy poca atención a lo que significa el costo de esas empresas para la economía en general. ¿Cuánto le cuesta a una nación una agricultura estancada a causa del temor supersticioso que sienten los comunistas con respecto al campesino y de las inversiones irrazonables en la industria pesada? ¿Cuál es el costo del capital invertido en industrias ineficientes? ¿Qué cuestan los obreros mal pagados que, en consecuencia, trabajan mal y lentamente? ¿Qué cuesta la mala calidad de la producción? No se tienen en cuenta estos costos, ni pueden ser calculados.

Así como administran la economía, los dirigentes comunistas lo manejan todo de una manera contraria a sus propias doctrinas, es decir desde su punto de vista personal. Y la economía es precisamente la ciencia que menos tolera la arbitrariedad. Aunque desearan hacerlo, los dirigentes no podrían tomar en consideración los intereses de la economía en conjunto. Por razones políticas, el grupo gobernante decide qué es lo "vitalmente necesario", "de importancia esencial" o "decisivo" en un momento determinado. Nada le impide llevar a cabo lo que se propone, pues no teme perder su poder o su propiedad.

Los dirigentes admiten periódicamente la crítica o la autocrítica y citan las experiencias cuando es evidente que algo no progresa o cuando se ha puesto de manifiesto un derroche tremendo. Khrushchev criticó a Stalin por su política agrícola. Tito criticó a su propio régimen por las inversiones de capital excesivas y el derroche de miles de millones. Ochab se criticó a sí mismo por su descuido "condicional" del nivel de vida. Pero la esencia sigue siendo la misma. Los mismos hombres prolongan el mismo sistema siguiendo aproximadamente el mismo método, hasta que se hacen evidentes las brechas y las "irregularidades". Las pérdidas ya no pueden ser reparadas, por lo que el régimen y el partido no cargan con la responsabilidad de esas pérdidas. Han "advertido" los errores y hay que "corregirlos". ¡Y todo tiene que comenzar de nuevo!

No existen pruebas de que un solo dirigente comunista haya sufrido por haber derrochado improductiva o fantásticamente los medios a su disposición. Pero muchos han sido depuestos por sus "desviaciones ideológicas".

En los sistemas comunistas son inevitables los robos y las malversaciones. No es sólo la pobreza

lo que hace que la gente robe la "propiedad nacional", sino también el hecho de que la propiedad no parece pertenecer a nadie. Todos los objetos de valor lo pierden de algún modo, lo que crea una atmósfera favorable para el robo y el derroche. En 1954, solamente en Yugoslavia, se descubrieron más de 20.000 casos de robo de la "propiedad socialista". Los dirigentes comunistas manejan la propiedad nacional como si fuera suya, pero también la derrochan como si fuera de otros. Tal es la naturaleza de la propiedad y del gobierno en ese sistema.

El mayor despilfarro no es ni siquiera visible. Es el despilfarro del potencial humano. El trabajo lento e improductivo de millones de personas desinteresadas, juntamente con la prohibición de todo trabajo no considerado "socialista", constituyen el despilfarro calculable, invisible y gigantesco que ningún régimen comunista ha podido evitar. Aunque se adhieren a la teoría de Smith de que el trabajo crea valor, teoría que adoptó Marx, los que manejan el poder no prestan la menor atención al trabajo y al potencial humano, pues los consideran como algo muy poco valioso que se puede reemplazar fácilmente.

El temor que sienten los comunistas a la "resurrección del capitalismo", o a las consecuencias económicas que se derivarían de estrechos motivos "ideológicos" de clase, ha costado a la nación una gran pérdida de riqueza y puesto freno a su desarrollo. Industrias enteras son destruidas porque el Estado no se halla en situación de mantenerlas o desarrollarlas; sólo a lo que pertenece al Estado se lo considera "socialista".

¿Hasta dónde y durante cuánto tiempo puede seguir así una nación? Se acerca el momento en que la industrialización, que al principio hizo inevitable el comunismo, hará superflua, al seguir desarrollándose, la forma comunista del gobierno y de la propiedad.

El derroche es tremendo a causa del aislamiento de las economías comunistas. Toda economía comunista es esencialmente autárquica. Las razones de esa autarquía residen en el carácter de, su gobierno y su propiedad.

Ningún país comunista —ni siquiera Yugoslavia, que se vio obligada a cooperar más extensamente con países no comunistas a causa de su conflicto con Moscú— ha conseguido desarrollar el comercio exterior más allá del tradicional intercambio de mercaderías. No se ha llegado a una producción planificada en escala mayor en cooperación con otros países.

Los planes comunistas, entre otras cosas, tienen muy poco en cuenta las necesidades de los mercados mundiales o la producción en otros países. En parte como consecuencia de esto, y en parte como resultado de motivos ideológicos y de otras clases, los gobiernos comunistas toman demasiado poco en cuenta las condiciones naturales que afectan a la producción. Construyen con frecuencia plantas industriales sin contar con las materias primas suficientes, y casi nunca prestan atención al nivel mundial de los precios y la producción. Producen algunas mercaderías a un costo varias veces mayor que el de otros países. Simultáneamente, son descuidadas otras ramas de la industria que podrían superar en productividad al promedio mundial, o que podrían producir a precios inferiores al promedio mundial. Se crean nuevas industrias aunque los mercados mundiales estén abarrotados con las mercaderías que van a producir. La población trabajadora tiene que pagar todo eso para que los oligarcas sean "independientes".

Éste es uno de los aspectos del problema común a todos los regímenes comunistas. Otro es la carrera insensata del "primer país socialista", la Unión Soviética, para alcanzar y sobrepasar a los países más avanzados. ¿Qué cuesta eso? ¿Y a dónde lleva?

Quizá la Unión Soviética pueda alcanzar en algunas ramas de la economía a los países más avanzados. Mediante un derroche infinito del potencial humano, los salarios bajos y el descuido de otras ramas de la industria, eso es posible. Es una cuestión enteramente distinta si se lo puede justificar económicamente.

Esos planes son agresivos en sí mismos. ¿Qué puede hacer pensar al mundo no comunista el hecho de que la Unión Soviética esté decidida a mantener el primer puesto en la producción de acero y petróleo crudo a costa de un bajo nivel de vida? ¿Qué queda de la "coexistencia" y la "cooperación de los amantes de la paz" si consisten en la competencia en la industria pesada y en un intercambio comercial muy pequeño? ¿Qué queda de la cooperación si la economía comunista se desarrolla autárquicamente, pero penetra en el mundo principalmente por razones ideológicas?

Esos planes y relaciones malgastan el potencial humano y la riqueza nacionales y mundiales y están injustificados desde todos los puntos de vista salvo el de la oligarquía comunista. El progreso técnico y las necesidades vitales cambiantes hacen que una rama de la economía tenga importancia en un momento y otra en el momento siguiente. Esto es cierto tanto para las naciones como para el mundo en general. ¿Qué sucederá si dentro de cincuenta años el acero y el petróleo pierden la importancia que tienen en la actualidad? Los dirigentes comunistas no tienen en cuenta ésta y otras muchas cosas.

Los esfuerzos para vincular las economías comunistas, la soviética en primer término, al resto del mundo, y para introducirse en el mundo por medio de esas economías están lejos de hallarse a la altura de la técnica y las otras capacidades de esas economías. En su etapa actual esas economías podrían cooperar con el resto del mundo en un grado mucho mayor que en el que lo hacen. El fracaso en el uso de esas capacidades para cooperar con el mundo exterior y la prisa por introducirse en ese mundo por razones ideológicas y de otras clases se deben al monopolio que ejercen los comunistas sobre e la economía y a su necesidad de mantenerse en el poder.

Lenin tenía en gran parte razón cuando afirmó que la política es una "economía concentrada". Esto ha sido invertido en el sistema comunista, en el que la economía se ha convertido en política concentrada. Es decir, la política desempeña un papel casi decisivo en la economía.

La separación del mercado mundial, o la creación de un mercado "socialista mundial" que inició Stalin y a la que permanecen fieles los dirigentes soviéticos, representa quizá el motivo principal de la tensión mundial y el despilfarro que se produce en todo el mundo.

El monopolio de la propiedad y los métodos de producción anticuados —quienquiera que los emplee o cualquiera que sea su clase— se hallan en conflicto con las necesidades económicas mundiales. La libertad contra la propiedad se ha convertido en un problema mundial.

La abolición de la propiedad privada o capitalista en los Estados comunistas atrasados ha hecho posible su progreso económico rápido, si no suave. Esos Estados se han convertido en grandes potencias físicas, nuevas y resistentes, con una clase rígida y fanática que ha saboreado los frutos de la autoridad y la propiedad. Este acontecimiento no puede resolver ninguna de las cuestiones que interesaban al socialismo clásico del siglo XIX, ni siquiera las que interesaban a Lenin; y todavía menos puede asegurar el progreso económico sin dificultades y convulsiones internas.

A pesar de su poderosa concentración de fuerzas en un par de manos y de sus éxitos rápidos aunque desequilibrados, el sistema económico comunista ha venido mostrando profundas grietas y

debilidades desde que alcanzó su victoria completa. Aunque todavía no ha llegado a la cima de su poderío, encuentra ya dificultades. Su porvenir es cada vez menos seguro. El sistema económico comunista tendrá que luchar furiosamente, dentro y fuera, para subsistir.

# LA TIRANÍA SOBRE LA MENTE

SÓLO se justifica parcialmente la búsqueda en la filosofía comunista de las fuentes de la tiranía sobre la mente, tiranía que los comunistas ejercen con refinamiento clínico cuando llegan al poder. El materialismo comunista es probablemente más exclusivo que cualquier otra visión del mundo contemporáneo. Coloca a sus adherentes en una posición que les hace imposible tomar ningún otro punto de vista. Si esa visión no estuviese relacionada con formas de gobierno y de propiedad peculiares, los métodos monstruosos de opresión y destrucción de la mente humana no podrían ser explicados por la visión misma.

Toda ideología, toda opinión, trata de presentarse como la única verdadera y completa. Esto es innato en el pensamiento del hombre.

No era la idea misma, sino el método mediante el cual se aplicaba la idea, lo que distinguía a Marx y Engels. Negaban todo valor socialista, científico y progresista a las opiniones de sus contemporáneos y habitualmente calificaban esas ideas como "ciencia burguesa", con lo que descartaban de antemano toda discusión y todo estudio serios.

La idea que era especialmente limitada y exclusiva en Marx y Engels, la idea de la que el comunismo extrajo más tarde la substancia de su intolerancia ideológica, era la de la inseparabilidad de las opiniones políticas de un científico, pensador o artista contemporáneo de su valor real o científico como pensador o artista. Si uno se encontraba en el campo políticamente opuesto, todos sus otros trabajos objetivos o de otras clases eran rechazados o pasados por alto.

Esta actitud de Marx y Engels sólo se puede explicar en parte como consecuencia de la furiosa oposición de los propietarios y gobernantes agitados desde el comienzo por el espectro del comunismo.

El exclusivismo de Marx y Engels era engendrado e intensificado por otra cosa que estaba en las raíces de lo que habían aprendido: convencidos de que habían sondeado las profundidades de todas las doctrinas filosóficas, creían que nadie podía hacer nada importante sin tomar como base la visión que tenían ellos del mundo. A causa de la atmósfera científica de la época y de las necesidades del movimiento socialista, Marx y Engels llegaron a pensar que todo lo que no tenía importancia para ellos, o para el movimiento, carecía de importancia inclusive objetivamente; es decir que si era independiente del movimiento no tenía importancia.

En consecuencia, actuaban ignorando prácticamente a las inteligencias más destacadas de su época y desdeñaban las opiniones de los opositores dentro de su propio movimiento. Los escritos de Marx y Engels no mencionan a un filósofo tan conocido como Schopenhauer, ni a un esteta como Taine. Tampoco mencionan a los escritores y artistas más famosos de su época. Ni siquiera hay una referencia a los que seguían la corriente ideológica y social a la que pertenecían Marx y Engels. Arreglaban sus cuentas con sus opositores dentro del movimiento socialista de una manera feroz e intolerante. Esto quizá no tenía importancia para la sociología de Proudhon, pero era muy importante para el desarrollo del socialismo y las luchas sociales, especialmente en Francia. Lo mismo se puede decir de Bakunin. Al destruir las ideas de Proudhon, Marx, en su *Miseria de la Filosofía*, se dejó llevar por el desprecio más allá de lo que correspondía. El y Engels hicieron lo mismo con el

socialista alemán Lassalle, así como con otros opositores dentro de su propio movimiento.

Por otra parte tomaban nota cuidadosamente de los fenómenos intelectuales importantes de su época. Aceptaban a Darwin. Captaban particularmente las corrientes del pasado —las de la antigüedad y el Renacimiento— de las que procedía la cultura europea. En sociología tomaron sus ideas de la economía política inglesa (Smith y Ricardo); en filosofía, de la filosofía alemana clásica (Kant y Hegel); y en la teoría social, del socialismo francés, o de las corrientes que surgieron después de la Revolución Francesa. Ésas eran las grandes corrientes científicas, intelectuales y sociales que crearon el clima democrático y progresista de Europa y del resto del mundo.

Hay lógica y consecuencia en la evolución del comunismo. Marx era más científico, más objetivo que Lenin, quien era sobre todo un gran revolucionario, formado en el ambiente del absolutismo zarista, el capitalismo semi-colonial ruso y los conflictos mundiales provocados por los monopolistas en busca de esferas de influencia.

Apoyándose en Marx, Lenin enseñó que el materialismo había sido un elemento de progreso a lo largo de la historia, en tanto que el idealismo era reaccionario. Esto era no sólo injusto e inexacto, sino que además intensificaba el exclusivismo de Marx. Nacía también del conocimiento insuficiente de la filosofía histórica. En 1909, cuando Lenin escribió su *Materialismo y crítica empírica*, no estaba muy familiarizado con ningún gran filósofo clásico ni moderno. Impulsado por la necesidad de sobreponerse a los opositores cuyas opiniones obstaculizaban el desarrollo de su partido, rechazaba lo que no estaba de acuerdo con las doctrinas marxistas. Para él era erróneo y sin valor todo lo que no estaba de acuerdo con el marxismo original. Se debe reconocer que a este respecto sus obras constituyen ejemplos sobresalientes de dogmatismo lógico y persuasivo.

Creyendo que el materialismo había sido siempre la ideología de los movimientos sociales revolucionarios y subversivos, sacó la conclusión inexacta de que el materialismo era generalmente progresista —inclusive en los campos de la investigación y en la evolución del pensamiento humano—, en tanto que el idealismo era reaccionario. Lenin confundía la forma y el método con el contenido y con el descubrimiento científico. El hecho de que alguien fuese idealista en su manera de pensar era suficiente para que Lenin tuviera en cuenta su verdadero valor y el de sus descubrimientos. Extendía su intolerancia política a prácticamente la historia entera del pensamiento humano.

En 1920, Bertrand Russell, el filósofo británico que acogió con entusiasmo la Revolución de Octubre, había advertido ya exactamente la esencia del dogmatismo leninista o comunista: <sup>5</sup>

“Hay, no obstante, otro aspecto del bolcheviquismo del que disiento más fundamentalmente. El bolcheviquismo no es sólo una doctrina política; es también una religión, con dogmas minuciosos y escrituras inspiradas. Cuando Lenin desea demostrar alguna proposición, lo hace, si es posible, citando textos de Marx y Engels. Un comunista completo no es meramente un hombre que cree que la tierra y el capital deberían ser poseídos en común y su producto distribuido con la mayor igualdad posible. Es un hombre que mantiene un número de creencias elaboradas y dogmáticas —como el materialismo filosófico, por ejemplo— que pueden ser ciertas, pero que para un temperamento científico no pueden ser conocidas con ninguna certeza. Este hábito de certidumbre militante acerca de cuestiones objetivamente dudosas es uno de los que, desde el Renacimiento, el mundo ha estado pasando poco a poco al estado de ánimo de escepticismo constructivo y fecundo que constituye el modo científico de encarar las cosas. Creo que este modo científico de encarar las cosas es inmensamente importante para la raza humana. Si un sistema económico más justo se pudiera

conseguir únicamente cerrando las mentes de los hombres a la investigación libre y volviéndoles a encerrar en la prisión intelectual de la Edad Media, consideraría demasiado alto ese precio. No se puede negar que, en un período breve de tiempo, la creencia dogmática constituye una ayuda en la lucha.”

Pero eso sucedía en el período de Lenin.

Stalin fue más lejos; "desarrolló" las teorías de Lenin, pero sin sus conocimientos ni su profundidad. Una investigación minuciosa llevaría a la conclusión de que ese hombre al que Khrushchev mismo sigue reconociendo como el "mejor marxista" de su época, ni siquiera había leído *Das Kapital* de Marx, la obra marxista más importante. Como era una persona práctica que se apoyaba en su dogmatismo extremado, ni siquiera necesitaba conocer los estudios económicos de Marx para construir su rama de "socialismo". Stalin no estaba familiarizado con ningún filósofo. Se conducía con respecto a Hegel como si se tratara de alguien sin importancia y le atribuía "la reacción del absolutismo prusiano ante la Revolución Francesa".

Pero Stalin conocía demasiado bien las obras de Lenin. Trataba siempre de apoyarse en él todavía más que como lo hacía Lenin en Marx., De lo único que estaba muy bien informado era de la historia política, sobre todo de la de Rusia, y poseía una memoria extraordinariamente buena.

Stalin no necesitaba realmente más para desempeñar su papel. A todo lo que no coincidía con sus necesidades y sus opiniones lo declaraba sencillamente "hostil" y lo prohibía.

Los tres hombres —Marx, Lenin y Stalin— contrastan como hombres así como en sus métodos de expresión. Además de ser revolucionario, Marx era un científico algo simple. Su estilo era pintoresco, barroco, desembarazado e ingenioso de una manera olímpica. Lenin parecía la encarnación de la revolución misma. Su estilo era rimbombante, incisivo y lógico. Stalin pensaba que su fuerza residía en la satisfacción de todos los deseos humanos y creía que sus opiniones eran la suprema expresión del pensamiento humano. Su estilo era incoloro y monótono, pero su lógica y su dogmatismo excesivamente simples resultaban convincentes para los conformistas y la gente corriente. Contenía las simplicidades de los escritos de los Padres de la Iglesia, no tanto como consecuencia de su juventud religiosa como de que ese era el modo de expresión en las condiciones primitivas y el de los comunistas dogmáticos.

Los discípulos de Stalin no poseen su cruda coherencia interna ni sus facultades y convicciones dogmáticas. Hombres mediocres en todo, poseen un sentido de la realidad extraordinariamente fuerte. Incapaces de crear nuevos sistemas o nuevas ideas a causa de su entrega a las realidades burocráticas vitales, sólo son capaces de sofocar o de hacer imposible la creación de algo nuevo.

La evolución del aspecto dogmático y exclusivo de la ideología comunista se ha producido de este modo: El llamado "nuevo desarrollo del marxismo" ha llevado al fortalecimiento de la nueva clase y la soberanía no sólo de una ideología particular, sino del pensamiento de un hombre particular o de un grupo de oligarcas. Esto ha traído como consecuencia la decadencia intelectual y el empobrecimiento de la ideología misma. Al mismo tiempo ha aumentado la intolerancia con las otras ideas y hasta con el pensamiento humano como tal. El progreso de la ideología, sus elementos de verdad, han disminuido en proporción con el aumento del poder físico de sus discípulos.

Al hacerse cada vez más unilateral y exclusivo, el comunismo contemporáneo crea cada vez más verdades a medias y trata de justificarlas. A primera vista parece que sus opiniones, individualmente,

son ciertas. Pero está incurablemente infestado con mentiras. Sus verdades a medias son exageradas y adulteradas hasta la perversión; cuanto más rígido e inspirado se muestra con las mentiras tanto más fortalece el monopolio de sus dirigentes sobre la sociedad y sobre la teoría comunista misma.

LA proposición de que el marxismo es un método universal, proposición que los comunistas están obligados a defender, tiene que llevar en la práctica a la tiranía en todas las zonas de la actividad intelectual.

¿Qué pueden hacer los físicos infortunados si los átomos no se comportan de acuerdo con la teoría hegeliana-marxista de la lucha, o de la uniformidad de los opuestos y su transformación en formas superiores? ¿Y los astrónomos, si el cosmos se muestra indiferente a la dialéctica comunista? ¿Y los biólogos, si las plantas no se conducen de acuerdo con la teoría lysenko-estalinista basada en la armonía y la cooperación de las clases en una sociedad "socialista"? Como a esos científicos no les es posible mentir, tienen que sufrir las consecuencias de sus "herejías". Para que se acepten sus descubrimientos, éstos tienen que "confirmar" las fórmulas del marxismo-leninismo. Los científicos temen constantemente que sus ideas y descubrimientos perjudiquen al dogma oficial. En consecuencia se ven obligados a incurrir en oportunismos y componendas con respecto a la ciencia.

Lo mismo se puede decir de otros intelectuales. En muchos aspectos el comunismo contemporáneo recuerda el exclusivismo de las sectas religiosas de la Edad Media. Las observaciones sobre el calvinismo escritas por el poeta Servio Jovan Ducic en su *Tuge i vedrine* (Penas y calmas) parecen describir la atmósfera intelectual en un país comunista:

“...Y este Calvino, jurista y dogmático, lo que no quemó en la pira funeraria lo inculcó en el alma de los habitantes de Ginebra. Introdujo la tribulación religiosa y la renunciación piadosa en esos hogares que aun hoy están llenos con esa frialdad y oscuridad; implantó el odio a todas las alegrías y arrobamientos y condenó la poesía y la música por decreto. Como político y tirano al frente de la república, impuso, como grilletes, sus leyes de hierro a la vida del Estado y hasta reglamentó los sentimientos familiares. De todas las figuras que crió la Reforma, Calvino es probablemente la figura revolucionaria más endurecida y su Biblia el libro de texto más deprimente para la vida... Calvino no era un nuevo apóstol cristiano que deseaba devolver a la fe su pureza, sencillez y dulzura primitivas, como era cuando surgió de las parábolas del Nazareno. Calvino era el asceta ario que, al separarse del régimen, se separaba también del amor, el principio básico de su dogma. Creó un pueblo sincero y lleno de virtudes, pero también lleno de odio a la vida y de incredulidad en la felicidad. No existe una religión más dura ni un profeta más terrible. Calvino convirtió a los habitantes de Ginebra en paralíticos, para siempre incapaces de alegría alguna. No hay en el mundo gente a la que la religión haya causado tantas tribulaciones y tristezas. Calvino era un escritor religioso eminente, tan importante para la pureza del idioma francés como Lutero para la pureza del idioma alemán, y tradujo la Biblia. Pero fue también el creador de una teocracia que no se parecía a una dictadura menos que la monarquía papal. Aunque anunciaba que estaba liberando la personalidad espiritual del hombre, degradó la personalidad civil del hombre hasta convertirla en la peor esclavitud. Llenó de confusión a la gente y no consiguió mejorar la vida en modo alguno. Cambió muchas cosas, pero no terminó ninguna ni contribuyó con nada. Casi 300 años después de Calvino, Stendhal observó en Ginebra que los hombres y las mujeres jóvenes sólo conversaban acerca del 'pastor' y su último sermón, y que se sabían de memoria sus sermones.”

El comunismo contemporáneo contiene también algunos elementos del exclusivismo dogmático de

los puritanos bajo Cromwell y de la intolerancia política de los jacobinos. Pero hay diferencias esenciales. Los puritanos creían rígidamente en la Biblia y los comunistas creen en la ciencia. El poder comunista es más completo que el de los jacobinos. Además, las diferencias emanan de las capacidades; ninguna religión o dictadura ha podido aspirar a un poder tan completo y amplio como el de los sistemas comunistas.

La convicción de los dirigentes comunistas de que se hallan en el camino que conduce a la creación de la felicidad absoluta y la sociedad ideal crece en proporción con el crecimiento de su poder. Se ha dicho en broma que los dirigentes comunistas han creado una sociedad comunista... para ellos mismos. En realidad se identifican a sí mismos con la sociedad y sus aspiraciones. El despotismo absoluto se iguala con la creencia en la felicidad humana absoluta, aunque es una tiranía universal y que lo abarca todo.

El progreso mismo ha transformado a los detentadores del poder comunistas en fomentadores de la "consciencia humana". Su interés por la conciencia humana ha aumentado a medida que ha ido aumentando su poder, juntamente con la "construcción del socialismo".

Yugoeslavia ha seguido esa misma evolución. Algunos de los dirigentes yugoeslavos hicieron también hincapié en el "alto nivel de consciencia de nuestro pueblo" durante el período revolucionario, es decir mientras "nuestro pueblo", o parte de él, apoyaba activamente a esos dirigentes. Ahora, no obstante, la consciencia "socialista" de ese mismo pueblo, según sus dirigentes, es muy baja y, en consecuencia, hay que esperar a que haya democracia para elevarla. Los dirigentes yugoeslavos dicen francamente que otorgarán la democracia "cuando se haya desarrollado la consciencia socialista"; se trata de una conciencia que, según confían, se logrará automáticamente por medio de la industrialización. Hasta entonces, esos teóricos de una democracia que se distribuye en pequeñas dosis, hombres que practican algo enteramente contrario a la democracia, sostienen que poseen el derecho —en nombre de la felicidad y la libertad futuras— de impedir inclusive las más débiles manifestaciones de ideas o de una conciencia que no se parece a la de ellos.

Quizá solamente al comienzo se vieron obligados los dirigentes comunistas a maniobrar con esas promesas superficiales de una democracia "en el futuro". Ahora sostienen sencillamente que esa libertad ha sido creada ya en la Unión Soviética. Por supuesto, inclusive ellos se dan cuenta de que la libertad actúa bajo ellos. Están constantemente "elevando" la conciencia; instan a los hombres a "producir"; rellenan las mentes con áridas fórmulas marxistas y con las no menos áridas opiniones políticas de los dirigentes. Lo que es peor todavía, obligan constantemente a los hombres a reconocer su devoción al socialismo y su creencia en la infalibilidad y la realidad de las promesas de sus dirigentes.

En el sistema comunista el ciudadano vive oprimido por los constantes tormentos de su conciencia y el temor de haber cometido alguna transgresión. Teme constantemente que en algún momento tendrá que demostrar que no es enemigo del socialismo, así como en la Edad Media un hombre tenía que mostrar constantemente su devoción a la Iglesia.

El sistema escolar y toda la actividad social e intelectual llevan a este tipo de conducta. Desde el nacimiento hasta la muerte un hombre está rodeado por la solicitud del partido gobernante, solicitud por su conciencia. Los periodistas, los ideólogos, los escritores a sueldo, las escuelas especiales, aprueban las ideas predominantes, y tremendos medios materiales están consagrados a esta "elevación del socialismo". En último análisis, todos los diarios son oficiales, y lo mismo sucede

con la radiotelefonía y otros medios semejantes.

Los resultados no son grandes. En ningún caso están en proporción con los medios y las medidas empleados, excepto en lo que se refiere a la nueva clase, a la que convencen siempre. Sin embargo, se consiguen resultados importantes en cuanto hacen imposible que se manifieste una conciencia distinta de la oficial y se combata las opiniones contrarias.

Los hombres piensan inclusive bajo el comunismo, pues no pueden dejar de pensar. Lo que es más, piensan de una manera distinta de la prescrita. Su pensamiento tiene dos caras: una para ellos mismos, la propia; y otra para el público, la oficial.

Ni siquiera bajo los sistemas comunistas quedan los hombres tan atolondrados por la propaganda uniforme que les sea imposible llegar al conocimiento de la verdad o de ideas nuevas. Sin embargo, en el campo intelectual el plan de los oligarcas consigue una producción menor que el estancamiento, la corrupción y la decadencia.

Esos oligarcas y salvadores de almas, esos protectores vigilantes que se esfuerzan para que el pensamiento humano no caiga en "ideas criminales" o siga "líneas antisocialistas", esos alcahuetes inescrupulosos de bienes de consumo baratos y en realidad los únicos asequibles, esos poseedores de ideas anticuadas, invariables e inmutables, han demorado y congelado los impulsos intelectuales de su pueblo. Han inventado las palabras más inhumanas —"arrancar de la conciencia humana"— y actúan de acuerdo con esas palabras, como si se tratara de raíces y cizaña y no de ideas humanas. Al ahogar la conciencia de los otros y castrar la inteligencia humana para que no pueda tener coraje y remontarse, se hacen ellos mismos grises, estériles en ideas y carentes por completo del entusiasmo intelectual que produce la meditación desinteresada. Es un teatro sin espectadores en el que los actores actúan y caen en éxtasis ante sí mismos. Piensan tan automáticamente como comen; sus cerebros cocinan los pensamientos en respuesta a las necesidades más elementales. Eso es lo que sucede a esos sumos sacerdotes que son simultáneamente policías y dueños de todos los medios que la inteligencia humana puede utilizar para comunicar sus ideas —La prensa, el cinematógrafo, la radio, la televisión, los libros, etcétera—, así como de todo lo que mantiene vivo a un ser humano, como los alimentos y el alojamiento.

¿No hay razones, por lo tanto, para comparar al comunismo contemporáneo con las sectas religiosas?

SIN embargo, todos los países comunistas alcanzan el progreso técnico, si bien de una clase especial y en períodos especiales.

La industrialización, rápida como es, crea una clase técnicamente culta que, aunque no sea de una calidad especialmente alta, atrae a las personas capaces y estimula la inteligencia inventiva. Las razones que contribuyen a conseguir la industrialización rápidamente en ramas peculiares de la economía actúan también como un incentivo para la inventiva. La Unión Soviética no se ha rezagado en modo alguno en cuanto a la tecnología bélica durante la segunda guerra mundial ni desde entonces. No va muy a la zaga de los Estados Unidos en el desarrollo de la energía atómica. La tecnología ha progresado a pesar de que un sistema burocrático hace difícil la adopción de innovaciones; los inventos permanecen a veces durante años en los archivos de los establecimientos del Estado. El desinterés de los organismos productores amortigua todavía más la inventiva con frecuencia.

Como son hombres muy prácticos, los dirigentes comunistas establecen inmediatamente la cooperación con los técnicos y científicos, sin prestar mucha atención a sus opiniones "burguesas". Para esos dirigentes es evidente que la industrialización no se puede llevar a cabo sin los técnicos y que esos técnicos no pueden ser por sí mismos peligrosos. Como en todos los otros campos, los comunistas tienen una teoría simplificada y en general a medias exacta con relación a los técnicos. Algunas otras clases pagan a los especialistas mientras éstos le sirven. En consecuencia, ¿por qué no ha de hacer lo mismo el "proletariado", o sea la nueva clase? De acuerdo con ello, implantan inmediatamente un sistema de salarios.

A pesar de su progreso técnico, es un hecho que no se han realizado grandes descubrimientos científicos bajo el gobierno soviético. A este respecto la Unión Soviética se halla probablemente a la zaga de la Rusia zarista, en la que se hicieron descubrimientos científicos transcendentales a pesar de su atraso técnico.

Aunque las razones científicas dificultan el descubrimiento científico, los motivos principales de esa dificultad son sociales. A la nueva clase le interesa mucho que su monopolismo ideológico no se vea en peligro. Todo gran descubrimiento científico es el resultado de una nueva visión del mundo por parte del descubridor. Una visión nueva no se ajusta a la forma de la filosofía oficial ya adoptada. En el sistema comunista todo hombre de ciencia tiene que detenerse bruscamente ante ese hecho o correr el riesgo de que lo declaren "hereje" si sus teorías no coinciden con el dogma confirmado, prescrito y deseable.

Los descubrimientos se hacen todavía más difíciles por la imposición de la opinión oficial de que el marxismo, o el materialismo dialéctico, es el método más eficaz en todos los campos de la actividad científica, intelectual y de otras clases. En la Unión Soviética no ha habido un solo científico destacado que no se haya visto en dificultades políticas. Ha habido muchas razones para ello, pero una de ellas es la oposición a la línea oficial. Se han dado pocos casos de esta clase en Yugoslavia, y, al contrario, hay ejemplos de apoyo a científicos "devotos" pero mediocres.

Los sistemas comunistas estimulan el progreso técnico, pero también ponen obstáculos a toda gran actividad investigadora en la que es necesario el funcionamiento sereno de la inteligencia. Esto

puede parecer contradictorio, pero es así.

En tanto que los sistemas comunistas sólo se oponen relativamente al progreso científico, se oponen por completo a todo progreso y descubrimiento intelectual. Basados en el exclusivismo de una filosofía única, esos sistemas son expresamente antifilosóficos. En esos sistemas no ha nacido ni puede nacer un solo pensador, sobre todo un pensador social, como no se considere como tales a los gobernantes mismos, quienes generalmente son también los "filósofos principales" y los maestros encargados de "elevar" la conciencia humana. En el comunismo una idea nueva, o una filosofía o teoría social nueva, tiene que abrirse paso por caminos muy indirectos, generalmente por el camino de la literatura o de alguna rama del arte. La idea nueva tiene primeramente que ocultarse para poder llegar a la luz y comenzar a vivir.

De todas las ciencias y todas las ideas, las que peor lo pasan son las ciencias sociales y el estudio de los problemas sociales, los que apenas se las arreglan para vivir. Cuando se trata de la sociedad o de un problema social, todo se interpreta de acuerdo con Marx y Lenin, o todo es monopolizado por los dirigentes.

La historia, sobre todo la del período comunista, no existe. La imposición del silencio y la falsificación no sólo están permitidas, sino que constituyen los fenómenos generales.

También es confiscada la herencia intelectual del pueblo. Los monopolistas actúan como si toda la historia se hubiera producido sólo para que ellos pudieran aparecer en el mundo. Miden el pasado y todo lo sucedido en él de acuerdo con su propia imagen y semejanza y aplican una medida única, dividiendo a todos los hombres y fenómenos en "progresistas" y "reaccionarios". De este modo erigen monumentos. Elevan a los pigmeos y destruyen a los gigantes, sobre todo a los gigantes de su época.

Su método "científico único" es también sumamente conveniente para ellos en cuanto protege y justifica su dominio exclusivo de la ciencia y la sociedad.

LO mismo sucede en el arte. En este campo los favores se extienden, en medida creciente, a las formas ya establecidas y las opiniones vulgares. Esto es incomprensible, pues no hay arte sin ideas, o sin algún efecto en la conciencia. El monopolio de las ideas y la formación de las conciencias son los requisitos previos de los gobernantes. Los comunistas son tradicionalistas en arte, sobre todo a causa de la necesidad de mantener su monopolio sobre el pensamiento de la gente, pero también a causa de su ignorancia y parcialidad. Algunos de ellos toleran una especie de libertad democrática en el arte moderno, pero esto es sólo un reconocimiento de que no comprenden el arte moderno y en consecuencia creen que deben permitirlo. Lenin pensaba así con respecto al futurismo de Mayakovsky.

A pesar de esto, los pueblos atrasados que viven bajo los sistemas comunistas experimentan un renacimiento cultural juntamente con el técnico. La cultura se hace más accesible para ellos, aunque les llega principalmente en forma de propaganda. A la nueva clase le interesa la difusión de la cultura porque la industrialización trae consigo la necesidad de un trabajo de calidad superior y de aumentar las oportunidades intelectuales. La red de escuelas y de ramas profesionales del arte se ha extendido muy rápidamente, a veces sobrepasando a las necesidades y capacidades reales. El progreso en el arte es innegable.

Después de una revolución y antes que la clase gobernante haya establecido un monopolio completo, se crean generalmente importantes obras de arte. Esto sucedió en la Unión Soviética con anterioridad a la década de 1930; y eso sucede actualmente en Yugoslavia. Es como si la revolución hubiese despertado los talentos dormidos, aunque el despotismo, que nace también de la revolución, ahoga cada vez más el arte.

Los dos métodos básicos para ahogar las artes son la oposición a sus aspectos intelectuales e idealistas y la oposición a las innovaciones en la forma.

En la época de Stalin llegaron las cosas al extremo de que estaban prohibidas todas las formas de expresión artística excepto las que le agradaban a Stalin. Éste no poseía un gusto particularmente bueno; era duro de oído y le agradaban los versos octosílabos y alejandrinos. Deutscher ha afirmado que el estilo de Stalin se convirtió en el estilo nacional. La aceptación de las opiniones oficiales sobre las formas artísticas se hizo tan obligatoria como la adopción de las ideas oficiales.

No ha sucedido siempre esto en los sistemas comunistas, ni es inevitable que suceda. En 1925 se tomó en la Unión Soviética una resolución declarando que "el partido en conjunto no puede en modo alguna adherirse a una causa en el campo de la forma literaria". Pero el partido no renunciaba a la llamada "ayuda ideológica", es decir a su control ideológico y político de los artistas. Ese fue el máximo de democracia a que llegó el comunismo en el campo del arte. Los dirigentes yugoeslavos adoptan la misma actitud al presente. Después de 1953, cuando comenzó el abandono de las formas democráticas en favor de la burocracia, fueron estimulados los elementos más primitivos y reaccionarios. Se inició una caza furiosa de intelectuales *petit bourgeois* que tenía abiertamente por objetivo el control de las formas artísticas. De la noche a la mañana todo el mundo intelectual se volvió contra el régimen. En consecuencia, el régimen tuvo que dar marcha atrás y anunció, por medio de un discurso de Kardelj, que el partido no puede prescribir la forma misma, pero no

permitiría "el contrabando ideológico antisocialista", es decir opiniones que el régimen considerara antisocialistas. Los partidos bolcheviques habían tomado esa misma actitud en 1925. Éstos constituían los límites "democráticos" del régimen yugoeslavo con respecto al arte. Sin embargo, eso no cambió, ni mucho menos, las actitudes internas de la mayoría de los dirigentes yugoeslavos. Privadamente consideran a todo el mundo intelectual y artístico como "inseguro", *petit bourgeois* o, para decirlo más suavemente, "ideológicamente confuso". En el diario más importante de Yugoslavia (Politika, 25 de mayo de 1954) se citan las siguientes palabras "inolvidables" de Tito: "Un buen libro de texto es más valioso que cualquier novela". Han continuado los periódicos ataques histéricos contra la "decadencia", las "ideas destructoras" y las "opiniones hostiles" en arte.

La cultura yugoeslava, a diferencia de la cultura soviética, ha conseguido por lo menos ocultar, más bien que destruir, los opiniones descontentas y turbulentas con respecto a las formas artísticas. Esto no ha podido hacerlo la cultura soviética. Una espada cuelga sobre la cultura yugoeslava, pero la espada se ha clavado en el corazón de la cultura soviética.

La relativa libertad de forma, que los comunistas sólo pueden suprimir periódicamente, no puede liberar por completo a la persona creadora. El arte, aunque sea indirectamente, tiene también que expresar ideas nuevas por medio de la forma misma. Hasta en los países comunistas en los que se concede mayor libertad al arte sigue sin resolverse la contradicción entre la libertad de forma prometida y la fiscalización obligatoria de las ideas. Esta contradicción aflora de vez en cuando, a veces en la forma de ataques a las ideas "de contrabando" y otras veces en la obra de los artistas que se ven obligados a emplear formas particulares. Aflora esencialmente a causa del conflicto entre las desenfrenadas aspiraciones monopolistas del régimen y las irresistibles aspiraciones creadoras de los artistas. Se trata en realidad del mismo conflicto que existe entre el espíritu creador de la ciencia y el dogmatismo comunista; no ha hecho sino pasar al campo del arte.

Todo pensamiento o idea nuevo tiene que ser primeramente examinado en su esencia, aprobado o desaprobado, y ajustado a un marco inocuo. Como les sucede con otros conflictos, los dirigentes comunistas no pueden resolver éste. Pero pueden, como hemos visto, sacarse a sí mismos de la dificultad periódicamente, por lo general a expensas de la verdadera libertad de creación artística. En los sistemas comunistas no ha sido posible, a causa de esa contradicción, desarrollar temas de arte genuinos o una teoría del arte.

Una obra de arte, por su naturaleza misma, es habitualmente una crítica de una situación o de unas relaciones determinadas. En los sistemas comunistas, por lo tanto, no es posible la creación artística basada en temas reales. Sólo se permite el elogio de una situación dada o la crítica de los opositores al sistema. En esas condiciones el arte no puede tener valor alguno.

En Yugoslavia los funcionarios y algunos artistas se quejan de que no existen obras de arte que muestren "nuestra realidad socialista". En la Unión Soviética, por otra parte, se crean toneladas de obras de arte basadas en temas reales, pero puesto que no reflejan la verdad, no tienen valor alguno, el público se apresura a rechazarlas y más tarde inclusive caen bajo la crítica oficial.

El método es variado, pero el resultado final es el mismo.

LA teoría del llamado "realismo socialista" reina en todos los Estados comunistas.

En Yugoslavia ha sido aplastada esa teoría y ahora sólo la defienden los dogmatizadores más reaccionarios. En esta zona, como en otras, el régimen ha sido lo bastante fuerte para impedir el desarrollo de teorías desagradables, pero demasiado débil para imponer sus opiniones. Puede decirse que lo mismo sucede en los otros países de la Europa oriental.

La teoría del "realismo socialista" no es ni siquiera un sistema completo. Gorky fue el primero que empleó esa expresión, probablemente inspirado por su método realista. Opinaba que en las rudas condiciones "socialistas" contemporáneas el arte se debe inspirar en las ideas nuevas o socialistas y reflejar la realidad lo más fielmente posible.

Todas las demás cosas que defiende esta teoría —la representación figurativa o simbólica, el énfasis en la ideología, la solidaridad partidaria, etcétera— han sido tomadas de otras teorías o incluidas en ella a causa de las necesidades políticas del régimen.

No habiendo llegado a ser una teoría completa, el "realismo socialista" significa realmente el monopolismo ideológico por los comunistas. Exige esfuerzos revestir con formas de arte las ideas estrechas y atrasadas de los dirigentes y presentar sus obras de una manera romántica y panegírica. Esto ha llevado a una justificación farisaica del control del régimen sobre las ideas y a la censura burocrática de las necesidades del arte mismo.

Las formas de ese control varían en los distintos países comunistas desde la censura de la burocracia del partido hasta la influencia ideológica.

Yugoslavia, por ejemplo, nunca ha tenido una censura. El control se ejerce indirectamente por este método: en las empresas editoriales, las asociaciones artísticas, las revistas, los diarios, etcétera, los miembros del partido someten todo lo que consideran "sospechoso" a las autoridades correspondientes. La censura, o en realidad la autocensura, ha brotado de esa atmósfera misma. Aunque los miembros del partido pueden hacer pasar esto o aquello, la autocensura que ellos y otros intelectuales tienen que ejercer sobre sí mismos los obliga a disimular todo y hacer insinuaciones indignas. Pero esto se considera progreso, y es "democracia socialista" en vez de despotismo burocrático.

Ni en la Unión Soviética ni en otros países comunistas la existencia de la censura absuelve a los artistas creadores de la autocensura. Los intelectuales se ven obligados a censurarse a sí mismos por su situación legal y la realidad de las relaciones sociales. La autocensura constituye en realidad la forma principal del control ideológico del partido en el sistema comunista. En la Edad Media lo primero que tenían que hacer los hombres era sondear lo que pensaba la Iglesia con respecto a su trabajo; del mismo modo, en los sistemas comunistas lo primero que hay que hacer es imaginarse qué clase de actividades se espera de uno y, con frecuencia, averiguar el gusto de los dirigentes.

La censura, o autocensura se presenta como una "ayuda ideológica". Del mismo modo, en el comunismo se presenta todo como dedicado a la consecución de la felicidad absoluta. En consecuencia, las expresiones "el pueblo", "el pueblo trabajador" y otras semejantes —a pesar de su vaguedad— son utilizadas con frecuencia en relación con las artes.

Las persecuciones, las prohibiciones, la imposición de formas e ideas, las humillaciones y los insultos, la autoridad doctrinaria de burócratas semi-analfabetos sobre los genios, todo ello se hace en nombre del pueblo y para el pueblo. El "realismo socialista" comunista no se diferencia ni siquiera en la terminología del nacionalsocialismo de Hitler. Un autor yugoeslavo de origen húngaro, Ervin Sinko, ha hecho una interesante comparación de los teóricos del arte en las dos dictaduras:

“Timofeyev, el teórico soviético, escribió en su *Teoría de la literatura*: “La literatura es una ideología que ayuda al hombre a conocer la vida y a darse cuenta de que participa en ella.”

En *Fundamentos de la política cultural nacionalsocialista* se declara: “Un artista no puede ser sólo un artista; es también un educador.”

Baldur von Schirach, dirigente de la Juventud Hitlerista, afirmó: “Toda verdadera obra de arte está destinada al pueblo entero.”

Zhdanov, miembro del Politburó del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, declaró: “Todo lo que es creador es accesible.”

En *Fundamentos*, Wolfgang Schuls dice: “La política nacional-socialista, inclusive la parte de ella llamada política cultural, es determinada por el Führer y aquellos en quienes ha delegado su autoridad.”

Si deseamos saber qué es la política cultural nacional-socialista debemos mirar a esos hombres, lo que estaban haciendo y las instrucciones que daban para educar a sus compañeros responsables.

En el XVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Yaroslavsky dijo: “El camarada Stalin inspira a los artistas, les da ideas orientadoras... Las resoluciones del Comité Central del Partido Comunista soviético y el informe de A. A. Zhdanov dan a los escritores soviéticos un programa de trabajo completamente preparado.””

Los despotismos, aunque se opongan entre sí, se justifican de la misma manera, y al hacerlo ni siquiera pueden evitar el empleo de las mismas palabras.

ENEMIGA del pensamiento en nombre de la ciencia, enemiga de la libertad en nombre de la democracia, la oligarquía comunista no puede menos de corromper por completo la mente. Los magnates capitalistas y los señores feudales solían pagar a los artistas y los hombres de ciencia en la medida en que podían y deseaban hacerlo, con lo que al mismo tiempo los ayudaban y los corrompían. En los sistemas comunistas la corrupción es parte integral de la política estatal.

El sistema comunista, por regla general, ahoga y reprime toda actividad intelectual con la que no está de acuerdo, es decir todo lo que es profundo y original. Por otra parte premia y estimula, y en realidad corrompe, lo que en su opinión puede beneficiar al "socialismo", es decir al sistema.

Aun pasando por alto medios de corrupción tan disimulados y fuertes como los "premios Stalin", el empleo de los vínculos personales con las autoridades y las compras y encargos caprichosos de los burócratas superiores —todo lo cual representa los recursos extremos a que apela el sistema— sigue siendo cierto que el sistema mismo corrompe a los intelectuales y especialmente a los artistas. Pueden suprimirse las recompensas directas del régimen así como la censura, pero subsiste el espíritu de corrupción y de opresión.

Establece y estimula ese espíritu el monopolio de los materiales y la mente por la burocracia del partido. El intelectual sólo puede apelar a ese poder en busca de ideas o de provecho. Aunque ese poder no siempre es directamente el del gobierno, se extiende a todos los establecimientos y organizaciones. Él toma las decisiones en último análisis.

Para el artista es muy importante que la restricción y el centralismo sean ejercidos lo menos posible, aunque ello no cambie esencialmente su posición social. Por eso le es mucho más fácil vivir y trabajar en Yugoslavia que en la Unión Soviética.

Una mente humana oprimida se ve obligada a someterse a la corrupción. Si alguien desea saber por qué durante un cuarto de siglo apenas se han producido obras importantes en la Unión Soviética, sobre todo en literatura, descubrirá que la corrupción ha contribuido a esa escasez en mayor grado todavía que la opresión.

El sistema comunista persigue, tiene por sospechosas e impulsa a la auto-crítica a todas las personas realmente creadoras. Ofrece a sus aduladores "condiciones de trabajo" atrayentes, honorarios generosos, recompensas, casas de campo, lugares de descanso, descuentos, automóviles, puestos en embajadas, protecciones e "intervenciones magnánimas". Y así favorece por regla general a los carentes de talento, sumisos y desprovistos de inventiva. Se comprende que las personas más inteligentes hayan perdido la dirección, la fe y la energía. El suicidio, la desesperación, el alcoholismo, el libertinaje, la pérdida de las facultades internas y de la integridad a causa de que el artista se ve obligado a mentirse a sí mismo y mentir a los otros, constituyen los fenómenos más frecuentes en el sistema comunista entre quienes realmente desean crear y podrían hacerlo.

SE cree generalmente que la dictadura comunista practica una distinción de clases brutal. Eso no es completamente exacto. Históricamente, la distinción de clases disminuye a medida que afloja la revolución, pero aumenta la distinción ideológica. La ilusión de que el proletariado está en el poder es inexacta, y por lo tanto también la afirmación de que los comunistas persiguen a alguien porque es un burgués. Sus medidas apuntan más severamente a los miembros de las clases gobernantes anteriores, especialmente a la burguesía. Pero los burgueses que capitulan, o que cambian de orientación, pueden asegurarse puestos lucrativos y favores. Lo que es más, la policía secreta encuentra con frecuencia agentes capaces en sus filas, en tanto que los nuevos gobernantes encuentran en ellos servidores capaces. Sólo los que no aprueban ideológicamente las medidas y las opiniones comunistas son castigados sin tener en cuenta su clase ni su actitud con respecto a la nacionalización de la propiedad capitalista.

La persecución del pensamiento democrático y socialista que discrepa del de la oligarquía gobernante es más feroz y completa que la de los partidarios más reaccionarios del régimen anterior. Esto es comprensible: los últimos son menos peligrosos, puesto que miran a un pasado que tiene pocas probabilidades de volver y reconquistar su situación.

Dondequiera que los comunistas llegan al poder su ataque a la propiedad privada crea la ilusión de que sus medidas se dirigen principalmente contra las clases poseedoras en beneficio de la clase trabajadora. Los acontecimientos subsiguientes demuestran que sus medidas no tenían ese propósito, sino el de crear la propiedad de los dirigentes. Esto tiene que manifestarse predominantemente en la forma de distinción ideológica más bien que de clase. Si esto no fuera cierto, si realmente luchasen para que obtengan la propiedad las masas trabajadoras, prevalecería la distinción de clases.

El hecho de que prevalezca la distinción ideológica lleva a primera vista a la conclusión de que ha surgido una nueva secta religiosa, una secta que se atiene rígidamente a sus prescripciones materialistas y ateas y las impone por la fuerza a los demás. Los comunistas se conducen como una secta religiosa aunque no lo sean realmente.

Esta ideología totalitaria no es sólo el resultado de ciertas formas de gobierno y de propiedad, pues ella ha contribuido a crear esas formas y las apoya de todos los modos. La distinción ideológica es una condición para la continuación del sistema comunista.

Sería un error creer que otras formas de distinción —la racial, la de castas, la nacional— son peores que la ideológica. Pueden parecer más brutales en todos sus aspectos externos, pero no son tan refinadas ni completas. Tienen como objetivo las actividades de la sociedad, en tanto que la distinción ideológica tiene como objetivo la sociedad en general y cada uno de sus individuos. Otros tipos de distinción pueden aplastar al ser humano físicamente, en tanto que la ideológica afecta a lo que es quizá más peculiarmente pro pio en el ser humano. La tiranía sobre la mente es el tipo de tiranía más completo y brutal; todas las otras tiranías comienzan y terminan con ella.

La distinción ideológica en los sistemas comunistas tiende por una parte a prohibir las ideas ajenas, y por otra a imponer exclusivamente las propias. Estas son las dos formas más patentes de una tiranía increíble y total.

El pensamiento es la fuerza más creadora. Descubre lo nuevo. Los hombres no pueden vivir ni producir si no piensan o contemplan. Aunque pueden negarlo, los comunistas se ven obligados a aceptar ese hecho en la práctica. En consecuencia, hacen imposible que prevalezca cualquier pensamiento fuera del suyo.

El hombre puede renunciar a muchas cosas, pero tiene que pensar y siente una profunda necesidad de expresar sus pensamientos. Es muy molesto verse obligado a permanecer callado cuando uno necesita expresar sus ideas. Es la peor clase de tiranía obligar a los hombres a no pensar como lo hacen o a expresar ideas que no son las suyas.

La limitación de la libertad de pensamiento constituye no sólo un ataque a derechos políticos y sociales específicos, sino también un ataque al ser humano como tal. Las imperecederas aspiraciones del hombre a la libertad de pensamiento se manifiestan siempre en forma concreta. Si todavía no se han hecho evidentes en los sistemas comunistas ello no significa que no existan. Al presente se ocultan en una resistencia oscura y apática y en las esperanzas disformes de la gente. Es como si la totalidad de la opresión estuviese borrando las diferencias en los estratos nacionales y uniendo a todo el pueblo en la demanda de libertad de pensamiento y de libertad en general.

La historia perdonará a los comunistas muchas cosas, dando por sentado que se vieron obligados a realizar muchos actos brutales a causa de las circunstancias y de la necesidad de defender su existencia. Pero la supresión de todo pensamiento divergente, el monopolio exclusivo del pensamiento con el propósito de defender sus intereses personales, clavará a los comunistas a una cruz de vergüenza en la historia.

# EL FIN Y LOS MEDIOS

TODAS las revoluciones y todos los revolucionarios emplean en abundancia medios opresivos e inescrupulosos.

Sin embargo, los revolucionarios anteriores no eran tan conscientes de sus métodos como lo han sido los comunistas. Eran incapaces de adaptar y utilizar sus métodos en la medida en que lo han hecho los comunistas.

"No necesitáis escoger los medios que habéis de utilizar contra los enemigos del movimiento... Debéis castigar no sólo a los traidores, sino también a los indiferentes; debéis castigar a todos los que permanecen inactivos en la república, a todos los que no hacen nada por ella."

Estas palabras de Saint-Just las habría podido pronunciar cualquier dirigente comunista de la actualidad. Pero Saint-Just las pronunció en el calor de la revolución, para defender su destino. Los comunistas las pronuncian y actúan de acuerdo con ellas constantemente, desde el comienzo de su revolución hasta que alcanzan el poder completo, e inclusive en su decadencia.

Aunque los métodos comunistas superan a los de otros revolucionarios en alcance, duración y severidad, los comunistas no han empleado como regla general durante una revolución todos los medios que emplearon sus antagonistas. Sin embargo, aunque los métodos de los comunistas pueden haber sido menos sangrientos, se fueron haciendo cada vez más inhumanos cuanto más se alejaban de la revolución.

Como todos los movimientos sociales y políticos, el comunismo tiene que emplear métodos que convienen ante todo a los intereses y las relaciones de las autoridades. Las otras consideraciones, incluyendo las morales quedan subordinadas.

Aquí sólo nos interesan los métodos empleados por el comunismo contemporáneo, los cuales, según la situación, pueden ser suaves o severos, humanos o inhumanos, pero son distintos de los utilizados por otros movimientos políticos y sociales y distinguen al comunismo de otros movimientos, revolucionarios o no.

Esta distinción no se basa en el hecho de que los métodos comunistas son quizá los más brutales que registra la historia. La brutalidad es su aspecto más obvio, pero no el más intrínseco. Un movimiento que tiene como fin la transformación de la economía y de la sociedad por medio de la tiranía tiene que recurrir a métodos brutales. Todos los otros movimientos revolucionarios han utilizado y necesitado utilizar los mismos métodos. Pero el hecho de que su tiranía tuviese una duración más breve fue la razón de que no pudieron emplear todos esos métodos. Además, su opresión no podía ser tan total como la de los comunistas, porque se produjo en circunstancias que no permitían que lo fuese.

Sería todavía menos justificable buscar las razones de los métodos comunistas en el hecho de que los comunistas carecen de principios éticos o morales. Excepto por la circunstancia de que son comunistas, son hombres como todos los demás que en las relaciones entre ellos mismos se atienen a los principios morales habituales en las sociedades humanas. La falta de ética entre ellos no es la razón de sus métodos, sino el resultado de ellos. En los principios y las palabras los comunistas se adhieren a los preceptos morales y los métodos humanos. Creen que se ven obligados

"temporariamente" a recurrir a algo contrario a sus ideas éticas. También los comunistas creen que sería mucho mejor que no tuvieran que obrar en contra de sus doctrinas morales. En esto no se diferencian mucho de los participantes en otros movimientos políticos, salvo en que se han divorciado del humanitarismo en una forma más permanente y monstruosa.

Pueden descubrirse numerosas características que distinguen al comunismo contemporáneo de otros movimientos en el uso de los métodos. Esas características son predominantemente cuantitativas o están animadas por distintas condiciones históricas y por los fines de los comunistas.

Sin embargo, hay una característica integral del comunismo contemporáneo que distingue sus métodos de los de otros movimientos políticos. A primera vista esta característica podría parecer semejante a las de algunas iglesias en el pasado. Nace de los fines idealistas para conseguir los cuales los comunistas emplean todos los medios. Esos medios se han hecho cada vez más temerarios a medida que los fines se hacían irrealizables. Ningún principio moral puede justificar el empleo de esos métodos, ni siquiera para alcanzar fines idealistas. Su empleo tacha a quienes los utilizan como manejadores del poder inescrupulosos y crueles. Las clases, los partidos y las formas de propiedad anteriores ya no existen o han sido incapacitados, pero los métodos no han cambiado esencialmente. En realidad, alcanzan al presente su mayor inhumanidad.

Cuando la nueva clase explotadora asciende al poder trata de justificar sus métodos no idealistas invocando sus fines idealistas. La inhumanidad de los métodos de Stalin llegó a su culminación cuando trató de construir una "sociedad socialista". Porque debe mostrar que sus intereses son exclusiva e idealmente la finalidad de la sociedad y porque tiene que mantener el intelectual y todos los otros tipos de monopolio, la nueva clase se ve obligada a proclamar que los métodos que emplea no son importantes. Sus representantes gritan que lo que importa es el fin, y todo lo demás es insignificante. Lo que importa es que "tengamos" ahora el socialismo. Los comunistas justifican así la tiranía, la vileza y el crimen.

Claro está que el partido tiene que asegurar el fin mediante instrumentos especiales, lo que lo convierte en algo dominante y supremo en sí mismo, como la Iglesia en la Edad Media. He aquí lo que decía en 1411 Dietrich von Nieheim, obispo nominal de Verden:

“Cuando su existencia está amenazada, la Iglesia se libera de los edictos morales. La unidad como fin santifica todos los medios: la perfidia, la traición, la tiranía, la simonía, las prisiones y la muerte. Pues todas las órdenes sacerdotales existen a causa de los fines de la sociedad y la personalidad debe ser sacrificada al bien general.”

También estas palabras parecen haber sido pronunciadas por *algún* comunista contemporáneo.

Hay mucho de feudal y fanático en el dogmatismo del comunismo contemporáneo. Pero no vivimos en la Edad Media ni el comunismo contemporáneo es una iglesia. El hincapié en el monopolismo ideológico y de otras clases es lo único que hace que el comunismo contemporáneo se parezca a la Iglesia medieval; la esencia de ambos es distinta. La Iglesia era sólo en parte propietaria y gobernante; en los casos más extremos aspiraba a perpetuar un sistema social determinado por medio del dominio absoluto de la mente. Las iglesias perseguían a los herejes inclusive por razones dogmáticas que no exigían siempre las necesidades prácticas directas. Según la propia Iglesia,

trataba de salvar a las almas pecadoras y herejes destruyendo los cuerpos. Consideraba permitidos todos los medios terrenales con el propósito de alcanzar el reino de los cielos.

Pero los comunistas desean ante todo la autoridad física o estatal. La persecución intelectual y la fiscalización de las ideas, ejercidas por razones dogmáticas, son sólo medios auxiliares para fortalecer el poder del Estado. A diferencia de la Iglesia, el comunismo no es el sostén del sistema, sino su encarnación.

La nueva clase no surgió de pronto, sino que fue evolucionando y transformándose de un grupo revolucionario en uno propietario y reaccionario. También sus métodos, aunque parecían los mismos, se transformaron esencialmente de revolucionarios en tiránicos y de protectores en despóticos.

Los métodos comunistas son en esencia amorales e inescrupulosos aunque en la forma sean especialmente severos. Por ser completamente totalitario, el régimen comunista no puede permitirse mucha elección de medios. Y los comunistas no pueden renunciar a lo esencial —la imposibilidad de elegir los medios— porque desean conservar el poder absoluto y sus intereses egoístas.

Aunque no lo desearan, los comunistas tendrían que ser propietarios y déspotas y que utilizar muchos medios con ese propósito. A pesar de las teorías de felicidad y de las buenas inclinaciones que puedan tener, su sistema mismo los lleva a la utilización de todos los medios. En caso de urgencia se encuentran en situación de actuar como campeones morales e intelectuales y verdaderos dueños de todos los medios disponibles.

LOS comunistas hablan de "moral comunista", "el nuevo hombre socialista" y cosas parecidas como si hablaran de categorías éticas superiores. Esos conceptos vagos sólo tienen un fin práctico: la consolidación de las filas comunistas y la oposición a la influencia exterior. Pero no existen como verdaderas categorías éticas.

Como no puede surgir una ética comunista especial ni un "hombre socialista", el espíritu de casta de los comunistas, y la moral especial y otros conceptos que fomentan entre ellos mismos, adquieren una intensidad tanto mayor. No se trata de principios absolutos, sino de normas morales cambiantes. Están incrustadas en el sistema jerárquico comunista, en el que casi todo está permitido en los círculos superiores, en tanto que las mismas cosas son condenadas si se practican en los círculos inferiores.

Este espíritu de casta y esta ética, variables e incompletos, han sufrido una evolución larga y variada y con frecuencia han constituido el estímulo para el mayor desarrollo de la nueva clase. El resultado final de esta evolución ha sido la creación de series especiales de normas morales para las diversas castas, siempre subordinadas a las necesidades prácticas de la oligarquía. La formación de esas éticas de casta coincide aproximadamente con la aparición de la nueva clase y se identifica con su abandono de las normas verdaderamente éticas y humanas.

Estas proposiciones exigen una exposición detallada.

Como todos los otros aspectos del comunismo, la ética de casta se deriva de la ética revolucionaria. Al principio, a pesar de que formaba parte de un movimiento aislado, se decía que esa ética era más humana que la de cualquier otra secta o casta. Pero un movimiento comunista comienza siempre como inspirado en el idealismo más alto y en el sacrificio más desinteresado y atrae a sus filas a las inteligencias mejor dotadas, más valientes e inclusive más nobles de la nación.

Esta afirmación, como la mayoría de las que se hacen en este libro, se refiere a los países en los que el comunismo se ha desarrollado principalmente a causa de las condiciones nacionales y en los que ha alcanzado el poder pleno, como Rusia, Yugoslavia y China. Sin embargo, se aplica también, con algunas modificaciones, al comunismo en otros países.

El comunismo comienza en todas partes como una aspiración a una sociedad bella e ideal. Como tal, atrae e inspira a hombres de elevado nivel moral y que se distinguen por otras altas cualidades. Pero como el comunismo es también un movimiento internacional, se vuelve, como el girasol hacia el sol, hacia el movimiento más fuerte, hasta ahora principalmente el de la Unión Soviética. En consecuencia, hasta los comunistas de otros países donde no se hallan en el poder pierden rápidamente las características que tenían al comienzo y toman las de los que manejan el poder. El resultado es que los dirigentes comunistas del Occidente y de otros lugares se han acostumbrado a jugar con la verdad y los principios éticos con la misma facilidad que los de la Unión Soviética. Todo movimiento comunista tiene también al principio elevadas características morales que personas aisladas pueden conservar más tiempo y que provocan crisis cuando los dirigentes inician procedimientos amorales y cambios de actitud arbitrarios.

En la historia no ha habido muchos movimientos que, como el comunista, hayan iniciado su

ascensión con principios morales tan elevados y con luchadores tan devotos, entusiastas e inteligentes, unidos entre sí no sólo por las ideas y el sufrimiento, sino también por el amor desinteresado, la camaradería, la solidaridad y esa sinceridad cálida y directa que sólo pueden producir las batallas en las que los hombres están destinados a vencer o morir. Los esfuerzos, pensamientos y deseos cooperativos; inclusive el esfuerzo más intenso para lograr el mismo método de pensar y sentir; el hallazgo de la felicidad personal y la formación de la individualidad mediante la completa consagración al bien colectivo del partido y los trabajadores; el sacrificio entusiasta por los demás, el cuidado y la protección de los jóvenes y el tierno respeto a los ancianos: tales son los ideales de los verdaderos comunistas cuando el movimiento se halla en su comienzo y es todavía verdaderamente comunista.

También la mujer comunista es más que una camarada o compañera de lucha. No se puede olvidar que ella, al intervenir en el movimiento, decidió sacrificarlo todo: la felicidad tanto del amor como de la maternidad. Entre los hombres y las mujeres del movimiento se crea una relación limpia, modesta y cordial, una relación en la que la solicitud por los camaradas se convierte en una pasión ajena al sexo. La lealtad, la ayuda mutua, la franqueza con respecto a los pensamientos más íntimos constituyen en general los ideales de los verdaderos comunistas.

Esto es cierto solamente cuando el movimiento es joven, antes que haya probado los frutos del poder.

El camino que lleva a la realización de esos ideales es muy largo y difícil. Los movimientos comunistas están formados por fuerzas y centros sociales variados. La homogeneidad interna no se alcanza de la mañana a la noche, sino mediante las luchas feroces de los diversos grupos y fracciones. Si las condiciones son favorables, el grupo o facción que gana la batalla es el que ha tenido más consciencia del avance hacia el comunismo y que, cuando se apodera del poder, es también el más moral. Mediante crisis morales, intrigas e insinuaciones políticas, calumnias mutuas, odios no razonados y choques bárbaros; mediante la corrupción y la decadencia intelectual, el movimiento asciende lentamente, aplastando a grupos e individuos, descartando a los superfluos, forjando su núcleo y su dogma, su ética, su psicología, su atmósfera y su manera de trabajar.

Cuando se hace verdaderamente revolucionario, el movimiento comunista y sus seguidores alcanzan, durante un momento, los altos niveles morales aquí descritos. Es un momento del comunismo en el que es difícil separar las palabras de los hechos, o más exactamente, en que los comunistas más importantes, genuinos e idealistas creen sinceramente en sus ideales y aspiran a ponerlos en práctica en sus métodos y su vida personal. Es el momento en que se está en la víspera de la batalla por el poder, momento que se da solamente en los movimientos que llegan a ese punto singular.

Es cierto que se trata de la ética de una secta, pero de una ética en un plano alto. El movimiento está aislado y con frecuencia no ve la verdad, pero esto no significa que no aspire a ella o que no la ame.

La moral interna y la fusión intelectual son el resultado de una larga batalla por la unidad ideológica y en la acción. Sin esa fusión ni siquiera se puede imaginar un verdadero movimiento comunista revolucionario. La "unidad de pensamiento y de acción" es imposible sin la unidad moral y psíquica. Y viceversa. Pero esta misma unidad psíquica y moral —para la que no se han escrito estatutos ni leyes, sino que se produce espontáneamente y se convierte en costumbre y hábito

consciente— es lo que hace más que nada de los comunistas esa familia indestructible, incomprensible e impenetrable para los demás, inflexible en la solidaridad e identidad de sus reacciones, ideas y sentimientos. Más que ninguna otra cosa, la existencia de esa unidad psíquico-moral —que no se alcanza inmediatamente y que ni siquiera se forma finalmente sino como algo a que se aspira— es la señal más digna de confianza de que el movimiento comunista se ha consolidado y se ha hecho irresistible para sus seguidores y para otros muchos, poderoso porque se ha fundido en una pieza, un alma y un cuerpo. Esta es la prueba de que ha surgido un movimiento nuevo y homogéneo, un movimiento que encara un futuro completamente diferente del que preveía el movimiento al comienzo.

Sin embargo, todo esto se debilita, desintegra y desaparece lentamente en el curso de la ascensión al poder completo y la propiedad por los comunistas. Sólo subsisten las formas y ceremonias desnudas que carecen de verdadera substancia.

La monolítica cohesión interna que se creó durante la lucha con los opositores y los grupos semi-comunistas se transforma en una unidad de asesores obedientes y burócratas mecánicos dentro del movimiento. Durante la ascensión al poder, la intolerancia, el servilismo, el pensamiento incompleto, el manejo de la vida personal —que en otro tiempo era ayuda de camaradas pero ahora es una forma de manejo oligárquico—, la rigidez y la introversión jerárquicas, el papel nominal y descuidado de las mujeres, el oportunismo, la concentración en sí mismo y el atropello sofocan a los principios elevados existentes en otro tiempo. Las admirables características humanas de un movimiento aislado se convierten lentamente en la ética intolerante y farisaica de una clase privilegiada. Así, la politiquería y el servilismo reemplazan a la rectitud anterior de la revolución. Cuando los héroes que estaban dispuestos a sacrificarlo todo, inclusive la ida, por los demás y por una idea, por el bien del pueblo, no han sido asesinados o puestos a un lado, se convierten en cobardes concentrados en sí mismos, sin ideas ni camaradas, dispuestos a renunciar a todo —el honor, la fama, la verdad y la ética— para mantener su puesto en la clase gobernante y el círculo jerárquico. El mundo ha visto pocos héroes tan dispuestos a sacrificarse y sufrir como los comunistas en vísperas y durante la revolución. Nunca se ha visto, probablemente, unos infelices sin carácter y defensores estúpidos de fórmulas áridas como lo que han llegado a ser después de alcanzar el poder. Aquellas admirables características humanas eran la condición para que el movimiento creara y consiguiera el poder; el espíritu de casta exclusivo y la carencia completa de principios y virtudes morales se han convertido en las condiciones para el poder y la subsistencia del movimiento. El honor, la sinceridad, el sacrificio y el amor a la verdad eran en otro tiempo cosas que podían ser comprendidas por sí mismas; ahora la mentira deliberada, la adulación, la calumnia, la impostura y la provocación se han ido convirtiendo poco a poco en las acompañantes inevitables del poder atroz, intolerante y que lo abarca todo de la nueva clase, e inclusive afectan a las relaciones entre los miembros de la clase.

QUIEN no ha entendido esta dialéctica de la evolución del comunismo no ha podido comprender los llamados juicios de Moscú. Ni puede comprender por qué las crisis morales periódicas de los comunistas, causadas por el abandono de los principios sagrados y consagrados del día anterior, no pueden tener la gran importancia que tienen crisis semejantes para las personas corrientes o para otros movimientos.

Khrushchev reconoció que los garrotes desempeñaron el papel principal en las "confesiones" y las condenas de sí mismos de los acusados en la época de las purgas de Stalin. Sostuvo que no se empleaban drogas, aunque hay pruebas de que se las utilizaba. Pero la droga más poderosa para provocar las "confesiones" era la manera de ser del acusado mismo.

Los delincuentes comunes, es decir los que no son comunistas, no caen en arrobamientos, hacen confesiones histéricas y piden la muerte como castigo por sus "pecados". Esto sólo pueden hacerlo "hombres de un temple especial": los comunistas. En primer lugar se los sacudía moralmente mediante la violencia y la amoralidad de los ataques y acusaciones hechos contra ellos en secreto por los altos dirigentes del partido, en cuya completa amoralidad no podían creer ni siquiera aunque anteriormente hubieran descubierto a veces defectos en ellos. De pronto se encontraban desarraigados; su propia clase, en las personas de los dirigentes comunistas, los abandonaba; a pesar de ser inocente, la clase misma los clavaba en la cruz como criminales y traidores. Hacía mucho tiempo los habían educado para que creyeran, y lo habían proclamado, que estaban unidos con cada fibra de su ser al partido y sus ideales. Y de pronto se encontraban desarraigados y completamente despojados de todo. No conocían, o habían olvidado o renunciado a todas las personas que vivían fuera de la secta comunista y sus ideas estrechas. Ya era demasiado tarde para conocer a alguien o algo que no fuera comunista. Se hallaban enteramente solos.

El hombre no puede luchar ni vivir fuera de la sociedad. Ésta es su característica inmutable, que advirtió y explicó Aristóteles, por lo que lo llamó "ser político".

¿Qué puede hacer un hombre perteneciente a una secta como ésa, que se encuentra aplastado y desarraigado, expuesto a una tortura refinada y brutal, sino ayudar a la clase y a sus "camaradas" con sus "confesiones"? Está convencido de que esas confesiones son necesarias para que la clase resista a la oposición "antisocialista" y a los "imperialistas". Esas confesiones constituyen la única contribución "grande" y "revolucionaria" que puede hacer la víctima, perdida y arruinada.

Todo verdadero comunista ha sido educado, y se ha educado a sí mismo y a los otros, en la creencia de que las fracciones y las luchas entre las fracciones figuran entre los delitos más graves que se pueden cometer contra el partido y sus fines. Es cierto que un partido comunista dividido en fracciones no habría podido vencer en la revolución ni establecer su dominio. La unidad a cualquier precio y sin consideración para nada se convierte también en una obligación mística tras la cual se atrincheran las aspiraciones de los oligarcas al poder completo. Aunque haya sospechado eso, o lo sepa positivamente, el opositor comunista desmoralizado no se libera de la idea mística de la unidad. Además, puede creer que los dirigentes vienen y se van y que también esos —los malos, los estúpidos, los egoístas, los inconsecuentes y amantes del poder— desaparecerán, en tanto que la meta subsistirá. La meta lo es todo. ¿No lo ha sido siempre en el partido?

Trotsky mismo, que era el más importante de todos los opositores, no razonaba de un modo muy distinto. En un momento de autocrítica, declaró que el partido es infalible, pues es la encarnación de la necesidad histórica de una sociedad sin clases. Al tratar de explicar en su destierro la monstruosa amoralidad de los juicios de Moscú se apoyó en analogías históricas: Roma antes de la conquista del cristianismo, y el Renacimiento al comienzo del capitalismo, en ambos de los cuales se dieron también los fenómenos inevitables de los asesinatos perversos, las calumnias, las mentiras y monstruosos crímenes en gran escala. De ello sacaba la conclusión de que lo mismo tiene que suceder durante la transición al socialismo, pues esos eran los residuos de la vieja sociedad de clases que todavía se ponían de manifiesto en la nueva. Sin embargo, con ello no consiguió explicar nada; lo único que consiguió fue tranquilizar su conciencia en el sentido de que no había "traicionado" a la "dictadura del proletariado", o sea a los soviets, como la única forma de transición a la nueva sociedad sin clases. Si hubiera penetrado en el problema más profundamente habría visto que en el comunismo, como en el Renacimiento y en otros períodos de la historia, cuando una clase propietaria se está abriendo camino las consideraciones morales desempeñan un papel cada vez más pequeño a medida que aumentan sus dificultades y que su dominio necesita hacerse más completo.

Del mismo modo, quienes no comprendían qué clase de transformación social se hallaba realmente en juego después de la victoria de los comunistas tuvieron que evaluar de nuevo las diversas crisis morales producidas entre aquéllos. El llamado proceso de "des-estalinización", o sea los ataques sin conciencia y en estilo estalinista contra Stalin por sus ex cortesanos, tiene también que ser considerado como una "crisis moral".

Las crisis morales, grandes o pequeñas, son inevitables en toda dictadura, pues a sus partidarios, acostumbrados a pensar que la uniformidad del pensamiento político es la mayor virtud patriótica y la obligación civil más sagrada, tienen que perturbarles los trastrocamientos y los cambios inevitables.

Pero los comunistas sienten y saben que su dominio totalitario no se debilita, sino que más bien se fortalece, con esos cambios, que éste es su camino inevitable, y que las razones morales y otras semejantes desempeñan sólo un papel secundario, si no constituyen un obstáculo. La práctica les enseña rápidamente eso. En consecuencia, sus crisis morales, por profundas que sean, terminan con mucha rapidez. Claro está que los comunistas no pueden elegir los medios que emplean si desean alcanzar el *verdadero* fin a que aspiran y que ocultan bajo la cubierta del fin *ideal*.

ESE descenso moral a los ojos de otros hombres no significa que el comunismo se haya debilitado. Hasta ahora, en general, ha significado lo contrario. Las diversas purgas y los "juicios de Moscú" fortalecieron al sistema comunista y Stalin. En todos los casos, ciertos estratos —los intelectuales con Gide constituyen el ejemplo más famoso— renunciaron al comunismo por ese motivo y dudaron de que, tal como es en la actualidad, pueda realizar los ideales en los que ellos creían. Sin embargo, el comunismo, tal como es, no se ha debilitado; la nueva clase se ha hecho más fuerte, más segura al liberarse de las consideraciones morales y chapotear en la sangre de todos los adherentes al ideal comunista. Aunque se ha degradado moralmente a los ojos de los demás, el comunismo se ha fortalecido realmente a los ojos de los miembros de su propia clase y en su dominio de la sociedad.

Serían necesarias otras condiciones para que el comunismo contemporáneo menguase en la estimación de los miembros de su clase. Es necesario que la revolución no sólo devore a sus propios hijos, sino que además —se podría decir— se devore a sí misma. Es necesario que sus hombres más inteligentes se den cuenta de que la suya es una clase explotadora y su reinado no se justifica. Para decirlo concretamente, es necesario que la clase comprenda que en el futuro cercano no se puede esperar una desaparición paulatina del Estado ni una sociedad comunista en la que todos trabajen de acuerdo con sus capacidades y reciban de acuerdo con sus necesidades. La clase debe reconocer que la posibilidad de una sociedad como ésa puede ser refutada tanto como demostrada. Así los medios que esa clase ha empleado y sigue empleando para conseguir sus fines y su dominio parecerán absurdos, inhumados y contrarios a su gran propósito, inclusive a la clase misma. Eso significaría que entre la clase gobernante habría resquebraduras y vacilaciones que ya no se podría reparar. En otras palabras, la lucha por su propia existencia llevaría a la clase gobernante misma, o a algunas fracciones de ella, a renunciar a los medios que emplea corrientemente o a la idea de que sus metas son reales y están a la vista.

Desde un punto de vista puramente teórico no existe la probabilidad de que ocurra eso en ninguno de los países comunistas, y menos todavía en la Unión Soviética post-estalinista. Allí la clase gobernante está todavía compacta; la condenación de los métodos de Stalin se ha convertido, inclusive en la teoría, en la protección de la Unión Soviética del despotismo de una dictadura personal. En el XX Congreso del Partido, Khrushchev defendió el "terrorismo necesario" contra los "enemigos" en contraste con el despotismo de Stalin contra "los buenos comunistas". No condenó los métodos de Stalin como tales, sino solamente su empleo en las filas de la clase gobernante. Parece que las relaciones dentro de la clase, que se ha hecho lo bastante fuerte para no tener que someterse al dominio absoluto de su jefe y al aparato policial, han cambiado desde la muerte de Stalin. La clase misma y sus métodos no han cambiado mucho en el sentido de que se hayan producido brechas internas en la cohesión moral. Sin embargo, se manifiestan las primeras señales de resquebradura; se ponen de manifiesto en la crisis ideológica. A pesar de ello hay que comprender que el proceso de desintegración moral apenas ha comenzado; no existen las condiciones para que eso suceda.

Al arrogarse ciertos derechos, la oligarquía gobernante no puede menos de permitir que beneficien al pueblo las migajas de esos derechos. A la oligarquía le es imposible hablar de la falta de derechos bajo el régimen de Stalin inclusive entre los comunistas y esperar que esas palabras no hallen eco entre las masas, mucho más privadas que ella de sus derechos. La burguesía francesa se rebeló

finalmente contra su emperador, Napoleón, cuando se le hicieron intolerables sus guerras y su despotismo burocrático. Pero el pueblo francés se benefició de algún modo con ello. Los métodos de Stalin, en los que desempeñaba un papel importante la hipótesis dogmática de una sociedad futura, no volverán. Pero esto no significa que los oligarcas actuales renunciarán al empleo de todos sus medios, aunque no puedan utilizarlos, o que la Unión Soviética se convertirá de la noche a la mañana en un Estado legal y democrático.

Sin embargo, algo ha cambiado. La clase gobernante ya no podrá convencerse ni siquiera a sí misma de que el fin justifica los medios. Seguirá hablando de la meta final —una sociedad comunista— pues si no lo hiciese tendría que renunciar a su dominio absoluto. Eso la obligaría a recurrir a todos los medios. Y cada vez que recurriese a ellos tendría también que censurar su empleo. Un poder más fuerte —el temor a la opinión pública mundial, el temor a que ello perjudicase a ella misma y su dominio absoluto— haría bambolear a la clase y paralizaría su mano. Sintiendo lo suficientemente fuerte para destruir el culto de su creador, o el creador del sistema, Stalin, simultáneamente asestó el golpe mortal a su propia base ideal. Ha comenzado a dividirse en fracciones. En la cima todo se halla tranquilo y pacífico, pero abajo, en las profundidades, e inclusive en sus filas, brotan nuevos pensamientos e ideas y se incuban las tormentas futuras.

Porque ha tenido que renunciar a los métodos de Stalin, la clase gobernante no podrá mantener su dogma. Los métodos eran en realidad únicamente la expresión de ese dogma y de la práctica en que se basaba el dogma.

No fue la buena voluntad, y todavía menos la benevolencia, lo que impulsó a los socios de Stalin a darse cuenta del daño que causaban los métodos de Stalin. Fue una necesidad urgente lo que llevó a la clase gobernante a hacerse más "comprensiva". Pero al evitar el uso de métodos muy brutales, los oligarcas no pueden menos de sembrar la semilla de la duda con respecto a sus fines. El fin servía en otro tiempo como cubierta moral para el empleo de cualquier método. La renuncia al empleo de esos medios suscitará dudas con respecto al fin mismo. Tan pronto como se pone de manifiesto que son malos los medios para conseguir un fin, queda también de manifiesto que el fin mismo es irrealizable. Pues lo esencial de toda política son ante todo los medios, ya que se da por supuesto que todos los fines parecen buenos. Hasta "el camino del cielo está empedrado con buenas intenciones".

EN toda la historia no se ha dado un caso de fines ideales alcanzados con medios no ideales e inhumanos, así como no ha habido una sociedad libre creada por esclavos. Nada revela la realidad y la grandeza de los fines tan bien como los métodos empleados para alcanzarlos.

Si el fin tiene que ser utilizado para condonar los medios es porque en el fin mismo, en su realidad, hay algo indigno. Lo que santifica realmente el fin y justifica los esfuerzos y sacrificios que se hacen por él, son los medios, su perfección constante, su humanitarismo, su libertad creciente.

El comunismo contemporáneo ni siquiera ha llegado al comienzo de semejante situación. En cambio, se ha detenido bruscamente, vacilando con respecto a sus medios, pero seguro con respecto a sus fines.

En la historia ningún régimen democrático —o relativamente democrático mientras duró— se estableció predominantemente sobre la base de sus aspiraciones a fines ideales, sino más bien sobre la base de los pequeños medios cotidianos que tenía a la vista. Juntamente con éstos, cada uno de esos regímenes alcanzó, más o menos espontáneamente, grandes fines. Por otra parte, todos los despotismos han tratado de justificarse con sus fines ideales, y ni uno solo de ellos ha conseguido grandes fines.

La brutalidad absoluta, o sea el empleo de cualquier medio, está de acuerdo con la grandiosidad, e inclusive con la irrealidad, de los fines comunistas.

Con medios revolucionarios, el comunismo contemporáneo ha conseguido destruir una forma de sociedad y construir despóticamente otra. Al principio se guió por las ideas humanas primordiales, sumamente bellas, de la igualdad y la fraternidad; sólo más tarde ocultó tras esas ideas el establecimiento de su dominio por cualquier medio.

Como hace decir Dostoyevsky a su protagonista Shigaliev, citado por otro personaje, en *Los poseídos*:

“...Ha escrito algo bueno en ese manuscrito —añadió Verkhovensky—. Cada miembro de la sociedad espía a los otros, y es su deber informar contra ellos. Cada uno pertenece a todos y todos a cada uno. Todos son esclavos e iguales en su esclavitud. En los casos extremos defiende la calumnia y el asesinato, pero lo grande a este respecto es la igualdad... Los esclavos están destinados a ser iguales. Nunca ha habido libertad o igualdad sin despotismo...”

Así, al justificar los medios con el fin, el fin mismo se hace cada vez más lejano e irreal, en tanto que la terrible realidad de los medios se hace cada vez más obvia e intolerable.



NINGUNA de las teorías sobre la esencia del comunismo contemporáneo trata el tema exhaustivamente. Ni esta teoría pretende hacerlo. El comunismo contemporáneo es el fruto de una serie de causas históricas, económicas, políticas, ideológicas, nacionales e internacionales. Una teoría categórica sobre su esencia no puede ser enteramente exacta.

La esencia del comunismo contemporáneo ni siquiera podía ser percibida hasta que, en el curso de su evolución, se pusiera de manifiesto en sus mismas entrañas. Ese momento llegó, y sólo podía llegar, porque el comunismo entró en una fase particular de su evolución: la de su madurez. Entonces se hizo posible descubrir la naturaleza de su poder, su propiedad y su ideología. En el tiempo en que el comunismo se desarrollaba y era predominantemente una ideología era casi imposible ver a través de él completamente.

Así como otras verdades son la obra de muchos autores, países y movimientos, así también lo es el comunismo contemporáneo. Éste se ha ido revelando poco a poco, más o menos paralelamente con su evolución; no se lo puede considerar como algo definitivo, pues no ha terminado su evolución.

La mayoría de las teorías con respecto al comunismo contienen, no obstante, algo cierto. Cada una de ellas ha captado uno de sus aspectos o un aspecto de su esencia.

Dos son las tesis fundamentales con respecto a la esencia del comunismo contemporáneo.

La primera de ellas sostiene que es una especie de religión nueva. Ya hemos visto que no es una religión ni una iglesia, a pesar de que contiene elementos de ambas.

La segunda tesis considera al comunismo como socialismo revolucionario, es decir como algo nacido de la industria moderna, o del capitalismo, y del proletariado y sus necesidades. Hemos visto que también esta tesis es sólo parcialmente exacta: el comunismo contemporáneo se inició en países muy avanzados como una ideología socialista y una reacción contra los sufrimientos de las masas trabajadoras en la revolución industrial. Pero después de haber llegado al poder en zonas poco desarrolladas se convirtió en algo enteramente distinto: en un sistema de explotación contrario a la mayoría de los intereses del proletariado mismo

También se ha expuesto la tesis de que el comunismo contemporáneo es sólo una forma contemporánea de despotismo que crean los hombres tan pronto como se apoderan del poder. La naturaleza de la economía moderna, que en todos los casos requiere una administración centralizada, ha hecho que ese despotismo sea absoluto. También esta tesis contiene algo de verdad: el comunismo moderno es un despotismo moderno que no puede menos de aspirar al totalitarismo. Sin embargo, no todos los tipos de despotismo moderno son variantes del comunismo, ni son totalitarios en el grado en que lo es el comunismo.

Por lo tanto, cualquiera que sea la tesis que examinemos, vemos que esa tesis explica un aspecto del comunismo, o sea una parte de la verdad, pero no toda la verdad.

Tampoco puede ser aceptada como completa mi teoría sobre la esencia del comunismo. Esta es, de todos modos, la debilidad de cualquier definición, sobre todo cuando se quiere definir cosas tan complejas y vivas como los fenómenos sociales.

No obstante, es posible hablar de la manera teórica más abstracta sobre la esencia del comunismo contemporáneo, sobre lo que es más esencial en él y lo que impregna todas sus manifestaciones e inspira toda su actividad. Es posible penetrar más profundamente en su esencia, elucidar sus aspectos; pero la esencia misma ya ha quedado expuesta.

El comunismo, e igualmente su esencia, cambia constantemente de una forma a otra. Sin ese cambio no puede existir. En consecuencia, esos cambios exigen un examen continuo y un estudio más profundo de la verdad ya evidente.

La esencia del comunismo contemporáneo es el producto de condiciones particulares, históricas y de otras clases. Pero tan pronto como el comunismo se hace fuerte la esencia misma se convierte en un factor y crea las condiciones para su existencia continuada. Por lo tanto es evidente la necesidad de examinar la esencia por separado de acuerdo con la forma y las condiciones en que aparece y opera en un momento determinado.

LA teoría de que el comunismo contemporáneo es un tipo de totalitarismo moderno es no sólo la más difundida, sino también la más exacta. Sin embargo, la verdadera comprensión de la expresión "totalitarismo moderno" al referirse al comunismo no está tan difundida.

El comunismo contemporáneo es ese tipo de totalitarismo que se compone de tres factores fundamentales para dominar al pueblo. El primero es el poder, el segundo la propiedad, y el tercero la ideología. Están monopolizados por un único partido político, o, según mi explicación y mi terminología anteriores, por una clase nueva; y al presente por la oligarquía de ese partido o esa clase. Ningún sistema totalitario de la historia, ni siquiera uno contemporáneo, con la excepción del comunismo, ha conseguido incorporar simultáneamente todos esos factores para dominar al pueblo hasta ese grado.

Cuando uno examina y pesa esos tres factores advierte que el poder es el que ha desempeñado y sigue desempeñando el papel más importante en la evolución del comunismo. Uno de los otros factores puede prevalecer momentáneamente sobre el poder, pero es imposible determinar eso sobre la base de las condiciones actuales. Creo que el poder seguirá siendo la característica fundamental del comunismo.

El comunismo nació como una ideología que contenía la semilla de su carácter totalitario y monopolista. Puede decirse, ciertamente, que las ideas ya no desempeñan el papel principal y predominante en el dominio del pueblo por el comunismo. El comunismo como ideología ha terminado en gran parte su carrera. No tiene muchas cosas nuevas que revelar al mundo. Esto no se podría decir de los otros dos factores: el poder y la propiedad.

Puede decirse que el poder, sea físico, intelectual o económico, desempeña un papel en todas las luchas, e inclusive en todos los actos humanos sociales. Hay alguna verdad en ello. Puede decirse también que en toda acción política el poder, o la lucha para adquirirlo y mantenerlo, constituye el problema y el fin básicos. También en esto hay algo de cierto. Pero el comunismo contemporáneo no es solamente ese poder; es algo más. Es un poder de un tipo particular, un poder que une en sí mismo la fiscalización de las ideas, la autoridad y la propiedad, un poder que se ha convertido en un fin en sí mismo.

Hasta el presente el comunismo soviético, que es el tipo que existe desde hace más tiempo y el más desarrollado, ha pasado por tres fases. Lo mismo ha sucedido, más o menos, con los otros tipos de comunismo que han conseguido llegar al poder, con excepción del tipo chino, que está todavía predominantemente en la segunda fase.

Esas tres fases son: la revolucionaria, la dogmática y la no dogmática. De un modo general, los lemas, fines y personalidades principales correspondientes a esas tres fases son los siguientes: Revolución, o la usurpación del poder: Lenin; "socialismo", o la creación del sistema: Stalin; "legalidad", o la estabilización del sistema: "dirección colectiva".

Es importante advertir que esas tres fases no están claramente separadas unas de otras, pues elementos de todas ellas se encuentran en cada una. El dogmatismo abundaba y la "construcción del socialismo" se había iniciado ya en el período leninista; Stalin no renunció a la revolución ni rechazó

los dogmas que estorbaban la construcción del sistema. Al presente, el comunismo no dogmático es no dogmático sólo condicionalmente; lo único que hace es no renunciar ni siquiera a las ventajas prácticas más insignificantes por razones dogmáticas. Precisamente a causa de esas ventajas, estará al mismo tiempo en situación de perseguir inescrupulosamente la menor duda con respecto a la verdad o la pureza del dogma. Así, el comunismo, teniendo en cuenta las necesidades y posibilidades prácticas, ha aferrado las velas de la revolución, o de su propia expansión militar, pero no ha renunciado a una ni a otra.

Esta división en tres fases es exacta sólo si se la toma de una manera aproximada y abstracta. No existe en realidad una clara separación de las fases, ni corresponden éstas a períodos determinados en los distintos países.

Los límites entre las fases, que se sobreponen, y las formas en que aparecen esas fases varían en los diferentes países comunistas. Por ejemplo, Yugoslavia ha pasado por las tres fases en un período de tiempo relativamente breve y con las mismas personalidades en la cima. Esto es evidente tanto en los preceptos como en el método de acción.

La fuerza desempeña un papel importante en las tres fases. En la revolución era necesaria para apoderarse del poder; en la construcción del socialismo era necesaria para crear un sistema nuevo por medio de ese poder; hoy día la fuerza tiene que proteger al sistema.

Durante la evolución de la primera a la tercera fase, la quintaesencia del comunismo —el poder— se convirtió de un medio en un fin en sí mismo. En realidad el poder fue siempre más o menos el fin, pero los dirigentes comunistas, creyendo que utilizando el poder como un medio alcanzarían la meta ideal, no lo consideraban como un fin en sí mismo. Precisamente porque el poder les sirvió como un medio para la transformación utópica de la sociedad, no pudo menos de convertirse en un fin en sí mismo y en el objetivo más importante del comunismo. El poder aparece como un medio en la primera y la segunda fases. Ya no se puede ocultar que en la tercera fase es el fin principal y la esencia del comunismo.

Porque el comunismo está desapareciendo como ideología tiene que conservar el poder como el medio principal para manejar al pueblo.

En la revolución, como en la guerra de cualquier tipo, era natural que los esfuerzos se concentrasen ante todo en la fuerza: había que ganar la guerra. Durante el período de la industrialización la concentración en la fuerza todavía podía ser considerada natural: era necesaria la construcción de la industria, o de la "sociedad socialista", por la cual se habían hecho tantos sacrificios. Pero a medida que se va realizando todo esto se hace evidente que en el comunismo la fuerza o el poder no sólo ha sido un medio, sino que además se ha convertido en el principal si no en el único fin.

En la actualidad el poder es tanto el medio como la meta de los comunistas, para que puedan mantener sus privilegios y su propiedad. Pero como se trata de formas especiales de poder y de propiedad, sólo mediante el poder mismo se puede ejercer esa propiedad. El poder es un fin en sí mismo y la esencia del comunismo contemporáneo. Otras clases pueden conservar la propiedad sin el monopolio del poder, o el poder sin el monopolio de la propiedad. Hasta ahora eso no ha sido posible para la nueva clase que ha creado el comunismo, y es muy improbable que sea posible en el futuro.

Durante las tres fases el poder se ha ocultado bajo el disfraz de fin secreto, invisible, tácito, natural

y principal. Su papel ha sido más firme o más débil según el grado de dominio del pueblo que se requería en el momento. En la primera fase, las ideas eran la inspiración y la fuerza motriz para alcanzar el poder; en la segunda fase, el poder actuaba como el látigo de la sociedad y en favor de su propio mantenimiento; actualmente la "dirección colectiva" está subordinada a los impulsos y las necesidades del poder.

El poder es el alfa y el omega del comunismo contemporáneo, inclusive cuando el comunismo se esfuerza por evitarlo.

Las ideas, los principios filosóficos y las consideraciones morales, la nación y el pueblo, su historia, en parte inclusive la propiedad; todas esas cosas pueden ser cambiadas y sacrificadas. Pero no el poder, porque eso significaría la renuncia del comunismo a sí mismo, a su propia esencia. Los individuos pueden hacer eso, pero no puede hacerlo la clase, el partido, la oligarquía. Este es el significado y el propósito de su existencia.

Todo tipo de poder, además de ser un medio, es al mismo tiempo un fin, al menos para quienes aspiran a él. El poder es casi exclusivamente un fin en el comunismo, porque constituye tanto la fuente como la garantía de sus privilegios. Por medio del poder consigue la clase gobernante los privilegios materiales y la propiedad de los bienes nacionales. El poder determina el valor de las ideas y reprime o permite su expresión.

En esto es en lo que el poder del comunismo contemporáneo difiere de todos los otros tipos de poder y en lo que el comunismo mismo se distingue de todos los demás sistemas.

El comunismo tiene que ser totalitario, exclusivo y solitario precisamente porque el poder es su componente esencial. Si en realidad pudiera tener otros fines tendría que permitir que surgieran otras fuerzas opositoras y que actuaran con independencia.

La definición del comunismo contemporáneo es una cuestión secundaria. Todo el que emprende la tarea de explicarlo se encuentra ante el problema de definirlo, aunque la situación le estimule a hacerlo, pues se trata de una situación en la que los comunistas ensalzan su sistema como "socialismo", "sociedad sin clases" y "la realización de los sueños eternos del hombre", en tanto que los opositores lo definen como una tiranía cruel, el triunfo casual de un grupo terrorista y la condenación de la raza humana.

La ciencia debe utilizar las categorías ya establecidas para hacer una exposición sencilla. ¿Hay en la sociología alguna categoría en la que, con un poco de fuerza, podamos introducir al comunismo contemporáneo?

Lo mismo que muchos autores que partieron de otros puntos de vista, en los años recientes he equiparado al comunismo con el capitalismo de Estado, o, más precisamente, con el capitalismo de Estado total.

Esta interpretación predominó entre los dirigentes comunistas de Yugoslavia durante el antagonismo con el gobierno de la Unión Soviética. Pero así como los comunistas, de acuerdo con las necesidades prácticas, cambian con facilidad inclusive su análisis "científico", los dirigentes del partido yugoeslavo modificaron su interpretación después de su "reconciliación" con el gobierno soviético y una vez más proclamaron que la Unión Soviética es un país socialista. Al mismo tiempo declararon que el ataque imperialista soviético a la independencia de Yugoslavia, según palabras de Tito, había sido un acontecimiento "trágico e incomprensible" provocado por "la arbitrariedad de

individuos particulares".

En su mayor parte, el comunismo contemporáneo se parece al capitalismo de Estado total. Su origen histórico y los problemas que tenía que resolver —a saber una transformación industrial semejante a la realizada por el capitalismo, pero con la ayuda del mecanismo estatal— le han llevado a eso.

Si bajo el comunismo el Estado fuera el propietario en nombre de la sociedad y de la nación, las formas del poder político sobre la sociedad cambiarían inevitablemente de acuerdo con las variables necesidades de la sociedad y de la nación. El Estado, por su naturaleza misma, es un órgano de unidad y armonía en la sociedad y no sólo una fuerza que se impone a ésta. El Estado no puede ser en sí mismo tanto el propietario como el gobernante. En el comunismo sucede lo contrario: el Estado es un instrumento y siempre se subordina exclusivamente a los intereses de uno y el mismo propietario exclusivo, o a una y la misma dirección en la economía y en los otros campos de la vida social.

La propiedad del Estado en el Occidente podría ser considerada como capitalismo de Estado más que en los países comunistas. La alegación de que el comunismo contemporáneo es *capitalismo* de Estado es provocada por los "escrúpulos de conciencia" de quienes se sienten desilusionados por el sistema comunista, pero no consiguen definirlo, por lo que equiparan sus males con los del capitalismo. Puesto que en el comunismo no existe realmente propiedad privada, sino más bien una propiedad del Estado oficial, nada parece más lógico que atribuir todos los males al Estado. Esta idea del capitalismo de Estado la aceptan también quienes ven "menos mal" en el capitalismo privado, y, en consecuencia, les agrada señalar que el comunismo es un tipo de capitalismo peor.

Decir que el comunismo contemporáneo es una transición a otra cosa no lleva a ninguna parte ni explica nada. ¿Qué no es una transición a otra cosa?

Aunque se admita que tiene muchas de las características de un capitalismo de Estado que lo abarca todo, el comunismo contemporáneo tiene también tantas características propias que es más justo considerarlo como un nuevo sistema social de un tipo especial.

El comunismo contemporáneo posee su propia esencia que no permite que se lo confunda con ningún otro sistema. Aunque absorbe en sí mismo otros elementos de todas clases —el feudal, el capitalista e inclusive la posesión de esclavos—, sigue siendo singular e independiente al mismo tiempo.



EN esencia el comunismo es sólo una cosa, pero en cada país se lo realiza en diferentes grados y de distintas maneras. Por lo tanto, es posible hablar de diversos sistemas comunistas, es decir de diversas formas de la misma manifestación.

Las diferencias que existen entre los Estados comunistas —diferencias que Stalin trató inútilmente de suprimir por la fuerza— son el resultado, sobre todo, de los diversos antecedentes históricos. Hasta la observación más superficial revela, por ejemplo, que la burocracia soviética contemporánea no deja de tener cierta conexión con el sistema zarista, en el que los funcionarios formaban, como observó Engels, "una clase diferente". Lo mismo se puede decir más o menos del sistema de gobierno en Yugoslavia. Cuando suben al poder, los comunistas hacen frente en los diversos países a diferentes niveles culturales y técnicos y variables relaciones sociales, así como a distintas ídoles nacionales e intelectuales. Esas diferencias se desarrollan todavía más de una manera especial. Porque las causas generales que los han llevado al poder son idénticas y porque tienen que luchar contra opositores internos y externos comunes, los comunistas de los diversos países se ven inmediatamente obligados a luchar juntos y sobre la base de la misma ideología. El comunismo internacional, que constituía en un tiempo la tarea de los revolucionarios, se transformó luego, como todo en el comunismo, y se convirtió en el terreno común de las burocracias comunistas que luchan entre sí por consideraciones nacionalistas. Del anterior proletariado internacional sólo han quedado palabras y dogmas vacíos. Tras ellos se alzan los intereses nacionales e internacionales desnudos, las aspiraciones y los planes de las diversas oligarquías comunistas, cómodamente atrincheradas.

La naturaleza de la autoridad y la propiedad, la misma perspectiva internacional y una ideología idéntica hacen que parezcan iguales todos los Estados comunistas. Pero no se debe ignorar ni menospreciar la importancia de las inevitables diferencias en grado y manera existentes entre esos Estados. El grado, la manera y la forma en que se lleva a la práctica el comunismo, o su propósito, dependen tanto de la situación que se da en cada uno de los países como de la esencia del comunismo mismo. Ninguna forma particular de comunismo, por semejante que sea a las otras formas, existe de otro modo que como comunismo nacional. Para poder mantenerse, tiene que hacerse nacional.

La forma de gobierno y de la propiedad, así como la de las ideas, difieren poco o nada en los Estados comunistas. No pueden diferir notablemente puesto que tienen una naturaleza idéntica: la autoridad total. Sin embargo, si desean vencer y seguir existiendo, los comunistas tienen que adaptar el grado y la manera de su autoridad a las condiciones nacionales.

Las diferencias entre los países comunistas son, por regla general, tan grandes como la medida en que los comunistas eran independientes al llegar al poder. Concretamente, sólo los comunistas de tres países —la Unión Soviética, China y Yugoslavia— realizaron independientemente sus revoluciones o llegaron al poder a su modo y a su velocidad propios e iniciaron la "construcción del socialismo". Esos tres países siguieron siendo independientes como Estados comunistas inclusive en el período en que Yugoslavia se hallaba, como China en la actualidad, bajo la influencia más extrema de la Unión Soviética, es decir en "amor fraterno" y "amistad eterna" con ella. En un informe leído en una sesión secreta del XX Congreso del Partido, Khrushchev reveló que apenas se había podido evitar un choque entre Stalin y el gobierno chino. El choque con Yugoslavia no era un caso aislado, sino

solamente el más fuerte y el primero de los producidos. En los otros países comunistas el gobierno soviético impuso el comunismo mediante sus "misioneros armados", o sea su ejército. La diversidad de maneras y grados en esos países no ha llegado todavía a la etapa alcanzada en Yugoslavia y China. Sin embargo, en la medida en que las burocracias gobernantes de esos países reúnen fuerza como cuerpos independientes y en la medida en que reconocen que la obediencia a la Unión Soviética y su imitación las debilita, se esfuerzan por tomar como modelo a Yugoslavia, es decir por actuar con independencia. Los países comunistas de la Europa oriental no se hicieron satélites de la Unión Soviética porque se beneficiaban con ello, sino porque eran demasiado débiles para evitarlo. Tan pronto como se hagan más fuertes, o tan pronto como se creen las condiciones favorables, surgirá entre ellos el anhelo de la independencia y de la protección de "su propio pueblo" contra la hegemonía soviética.

Con la victoria de la revolución comunista en un país adquiere el poder y el dominio una clase nueva. Esta clase no está dispuesta a renunciar a sus privilegios duramente conseguidos, aunque subordine sus intereses a los de una clase semejante de otro país solamente por la causa de la solidaridad ideológica.

Donde una revolución comunista ha conquistado la victoria independientemente, es inevitable que se siga un camino separado y distinto. Luego sigue la fricción con otros países comunistas, especialmente con la Unión Soviética, que es el Estado más importante y más imperialista. La burocracia nacional gobernante del país en que se ha realizado la revolución victoriosa se ha hecho ya independiente en el curso de la lucha armada y ha probado las ventajas de la autoridad y la "nacionalización" de la propiedad. En términos filosóficos, ha captado su esencia y tiene conciencia de ella, de su situación legal, de su autoridad, sobre la base de las cuales reclama la igualdad.

Esto no significa que se trate solamente de un choque —cuando llega a eso— entre dos burocracias. El choque abarca también a los elementos revolucionarios de un país subordinado, porque generalmente no toleran el dominio y consideran que las relaciones entre los Estados comunistas deben ser tan idealmente perfectas como las predichas en el dogma. Las masas de la nación, que aspiran espontáneamente a la independencia, no pueden permanecer tranquilas cuando se produce un choque como éste. La nación se beneficia con él en todos los casos: no tiene que pagar tributo a un gobierno extranjero, y disminuye también la presión sobre el gobierno nacional, el que ya no desea, ni se le permite, copiar los métodos extranjeros. Además el choque pone en acción a fuerzas externas y otros Estados y movimientos. Sin embargo, subsisten la naturaleza del choque y sus fuerzas básicas. Ni los comunistas soviéticos ni los yugoeslavos dejaron de ser lo que son antes, durante ni después de sus disputas. En verdad, los diversos grados y maneras con que habían asegurado su monopolio los llevaron a negar mutuamente la existencia del socialismo en el campo contrario. Cuando arreglaron sus diferencias, volvieron a reconocer la existencia del socialismo en la otra parte, pues se daban cuenta de que debían respetar las diferencias mutuas si deseaban conservar lo que era idéntico en esencia y lo más importante para ellos.

Los gobiernos comunistas subordinados de la Europa oriental pueden, y en realidad deben, declarar su independencia del gobierno soviético. Nadie puede decir hasta qué punto llegará esa aspiración a la independencia y qué disensiones se derivarán de ella. El resultado depende de numerosas circunstancias internas y externas imprevistas. Sin embargo, no cabe duda de que una burocracia comunista nacional aspira a una autoridad más completa para ella misma. Esto lo han demostrado los procesos contra Tito realizados en la época de Stalin en los países de la Europa

oriental; lo pone también de manifiesto el franco hincapié en el "camino propio para llegar al socialismo" que se hace recientemente y con vigor en Polonia y Hungría. El gobierno soviético central se ha visto en dificultades a causa del nacionalismo existente inclusive en los gobiernos instalados por él en las repúblicas soviéticas (Ucrania y Caucasia), y todavía más en los gobiernos instalados en los países de la Europa oriental. En todo esto desempeña un papel importante el hecho de que la Unión Soviética no haya podido, ni podrá en el futuro, asimilarse las economías de los países de la Europa oriental.

Las aspiraciones a la independencia nacional tienen, por supuesto, que adquirir un ímpetu mayor. Puede retardar y hasta adormecer esas aspiraciones la presión externa o el temor de los comunistas al "imperialismo" y la "burguesía", pero no se las puede suprimir. Al contrario, irá aumentando su fuerza.

No es posible prever todas las formas que asumirán las relaciones entre los Estados comunistas. Aunque la cooperación entre los gobiernos comunistas de los distintos países traiga dentro de breve tiempo fusiones y federaciones, los choques entre los Estados comunistas pueden traer consigo la guerra. Un choque abierto y armado entre la Unión Soviética y Yugoslavia se evitó no a causa del "socialismo" en uno o el otro país, sino porque a Stalin no le interesaba correr el riesgo de que se produjera una contienda de proporciones imprevisibles. Lo que suceda entre los Estados comunistas dependerá de todos los factores que afectan ordinariamente a los acontecimientos políticos. Los intereses de las respectivas burocracias comunistas, expresados variamente como "nacionales" o como "unidos", juntamente con la tendencia incontenible a una independencia creciente sobre una base nacional, desempeñarán, por el momento, un papel importante en las relaciones entre los países comunistas.

LA idea de comunismo nacional carecía de significado hasta el final de la segunda guerra mundial, cuando se manifestó el imperialismo soviético no sólo con respecto a los Estados capitalistas, sino también a los comunistas. Esa idea nació sobre todo del choque entre Yugoslavia y la Unión Soviética. La renunciación a los métodos de Stalin por la "dirección colectiva" de Khrushchev y Bulganin quizá pueda modificar las relaciones entre la Unión Soviética y los otros países comunistas, pero no puede resolverlas. Los actos de la Unión Soviética no sólo afectan al comunismo, sino también, simultáneamente, al imperialismo del gran Estado soviético ruso. Ese imperialismo puede cambiar en la forma y el método, pero no puede desaparecer, como tampoco pueden desaparecer las aspiraciones a la independencia de los comunistas de otros países.

Una evolución semejante se producirá en los otros Estados comunistas. Según su fuerza y su situación, también ellos tratarán de hacerse imperialistas de una manera u otra.

En la evolución de la política exterior de la Unión Soviética ha habido dos fases imperialistas. Al principio se trataba casi exclusivamente de conseguir la expansión en otros países mediante la propaganda revolucionaria. En esa época existían poderosas tendencias imperialistas (con respecto al Cáucaso) en la política de los dirigentes supremos. Pero, en mi opinión, no hay razones satisfactorias para que a la fase revolucionaria se la pueda considerar categóricamente como imperialista, pues en ese tiempo era más defensiva que agresiva.

Si no consideramos imperialista a la fase revolucionaria, el imperialismo comenzó, aproximadamente, con la victoria de Stalin, o con la industrialización y el establecimiento de la autoridad de una nueva clase en la década de 1930. Ese cambio se manifestó claramente en vísperas de la guerra, cuando el gobierno de Stalin pudo entrar en acción y dejar atrás las fases pacifista y antiimperialista. También se manifestó en el cambio de la política exterior; en el lugar del jovial y hasta cierto punto probo Litvinov apareció el inescrupuloso y reservado Molotov.

La causa fundamental de la política imperialista se oculta completamente en la naturaleza explotadora y despótica de la nueva clase. Para que esa clase se pudiera manifestar como imperialista le era necesario obtener la fuerza prescrita y aparecer en circunstancias apropiadas. Ya contaba con la fuerza cuando comenzó la segunda guerra mundial. La guerra misma abundaba en posibilidades para las combinaciones imperialistas. Los pequeños Estados bálticos no eran necesarios para la seguridad de un país tan grande como la Unión Soviética, sobre todo en la guerra moderna. Esos Estados no eran agresivos y sí, en cambio, aliados; sin embargo, constituían un bocado atrayente para el apetito insaciable de la burocracia comunista de la Gran Rusia.

En la segunda guerra mundial el internacionalismo comunista, hasta entonces parte integral de la política exterior soviética, entró en conflicto con los intereses de la burocracia soviética gobernante. Con ello cesó la necesidad de su organización. La idea de la disolución de la Internacional Comunista (Comintern) se concibió, según Georgi Dimitrov, después de la subyugación de los países bálticos y en el período de la cooperación con Hitler, aunque no se llevó a cabo hasta la segunda fase de la guerra, durante el período de la alianza con los Estados occidentales.

El Cominform, compuesto por los partidos comunistas de la Europa oriental y de Francia e Italia,

fue creado por iniciativa de Stalin para garantizar la dominación soviética en los países satélites y para intensificar su influencia en la Europa occidental. El Cominform era peor que la anterior Internacional Comunista, la que, si bien estaba completamente dominada por Moscú, representaba, por lo menos oficialmente, a todos los partidos. El Cominform se desarrolló en el campo de la influencia soviética real y aparente. El conflicto con Yugoslavia reveló que estaba destinado a subordinar al gobierno soviético los Estados y partidos comunistas que habían comenzado a debilitarse a causa del crecimiento interno del comunismo nacional. Después de la muerte de Stalin fue disuelto finalmente el Cominform. Hasta el gobierno soviético, deseando evitar disputas más importantes y peligrosas, aceptó el llamado camino separado para llegar al socialismo, si no el comunismo nacional mismo.

Estos cambios en la organización tenían profundas causas económicas y políticas. Como los partidos comunistas de la Europa oriental eran débiles y la Unión Soviética no era lo bastante fuerte económicamente, el gobierno soviético habría tenido que recurrir a métodos administrativos para subyugar a los países de la Europa oriental aunque no hubiesen existido la arbitrariedad y el despotismo estalinista. El imperialismo soviético, mediante métodos políticos, policiales y militares, tenía que compensar su debilidad económica y de otras clases. El imperialismo en la forma militar, que era sólo una etapa avanzada del viejo imperialismo militar y feudal zarista, se adaptaba también a la estructura interna de la Unión Soviética, en la que el aparato policial y administrativo, centralizado en una personalidad, desempeñaba un papel principal. El estalinismo era una mezcla de dictadura comunista personal y de imperialismo militarista.

Estas formas de imperialismo consistían en compañías por acciones, absorción de las exportaciones de los países de la Europa oriental mediante la presión política a precios inferiores a los del mercado mundial, formación artificial de un "mercado socialista mundial", dirección de todos los actos políticos de los partidos y Estados subordinados, transformación del amor tradicional de los comunistas a la "Patria socialista" en deificación del Estado soviético, Stalin y las prácticas soviéticas.

¿Pero qué sucedió?

En la Unión Soviética misma se realizó tranquilamente un cambio dentro de la clase gobernante. Cambios semejantes, en otro sentido, se produjeron también en los países de la Europa oriental. Las nuevas burocracias nacionales han anhelado siempre la creciente consolidación del poder y de las relaciones de propiedad, pero al mismo tiempo encontraban dificultades a causa de la presión hegemónica del gobierno soviético. Si anteriormente habían tenido que renunciar a las características nacionales para llegar al poder, eso se convertía ahora en un obstáculo para aumentar ese poder. Además, al gobierno soviético se le hizo imposible adherirse a la exorbitante y peligrosa política exterior estalinista de presión militar y aislamiento y, simultáneamente, durante el período de los movimientos coloniales generales, mantener a los países europeos en un cautiverio infame.

Los dirigentes soviéticos tuvieron que admitir, tras largas vacilaciones y una argumentación indecisa, que a los dirigentes yugoeslavos se les acusaba falsamente de ser hitleristas y espías de los norteamericanos sólo porque defendían su derecho a consolidarse y a construir un sistema comunista a su modo. Tito se convirtió en la personalidad más importante del comunismo contemporáneo. El principio del comunismo nacional fue reconocido oficialmente. Pero con eso Yugoslavia dejó de ser la creadora exclusiva de innovaciones en el comunismo. La revolución yugoeslava se apaciguó convirtiéndose en rutina y se inició un gobierno pacífico y realista. Eso no hizo que aumentara el

afecto entre los enemigos del día anterior, ni terminó con los desacuerdos. Fue simplemente el comienzo de una nueva fase.

La Unión Soviética ha entrado ahora en la fase predominantemente económica y política de su plan de acción imperialista. O por lo menos así parece si se juzga por los hechos actuales.

Al presente el comunismo nacional es un fenómeno general en el comunismo. En diversos grados, todos los movimientos comunistas —con excepción del de la Unión Soviética, contra la cual están dirigidos— son nacionalistas. En su época, en el período del ascendiente de Stalin, lo era también el comunismo soviético. En esa época el comunismo ruso abandonó el internacionalismo, excepto como un instrumento de su política exterior. Hoy día se ve obligado, aunque vagamente, a reconocer una nueva realidad en el comunismo.

Al cambiar internamente, el imperialismo soviético se vio obligado también a alterar sus puntos de vista con respecto al mundo exterior. Abandonando los métodos predominantemente administrativos, avanzó hacia la gradual integración económica con los países de la Europa oriental. Eso se realiza por medio de la planificación mutua en importantes ramas de la economía a la que contribuyen voluntariamente los gobiernos comunistas locales, pues todavía se sienten más débiles externa e internamente.

Esa situación no puede durar mucho tiempo, porque oculta una contradicción fundamental. Por una parte las formas nacionales del comunismo se hacen más fuertes, pero por otra el imperialismo soviético no disminuye. Tanto el gobierno soviético como los de los países de la Europa oriental, incluyendo a Yugoslavia, buscan, mediante acuerdos y la cooperación, soluciones, para los problemas comunes que influyen en su naturaleza misma: la preservación de una forma determinada de autoridad y de propiedad. Sin embargo, aunque sea posible la cooperación con respecto a la propiedad, no lo es con respecto a la autoridad. Aunque se están dando las condiciones para una mayor integración con la Unión Soviética, se dan también, con más rapidez, las condiciones que llevan a la independencia de los gobiernos comunistas de la Europa oriental. La Unión Soviética no ha renunciado a la autoridad en esos países, ni los gobiernos de esos países han renunciado a su anhelo de conseguir algo semejante a la independencia de Yugoslavia. El grado de independencia que consigan dependerá de fuerzas internacionales e internas.

El reconocimiento de formas nacionales de comunismo, que el gobierno soviético ha hecho a regañadientes, tiene una importancia inmensa y oculta en sí peligros muy considerables para el imperialismo soviético.

Implica libertad de discusión hasta cierto punto, lo que significa también independencia ideológica. Ahora el destino de ciertas herejías dentro del comunismo dependerá no sólo de la tolerancia de Moscú, sino también de sus potencialidades nacionales. La desviación de Moscú, que se esfuerza por mantener su influencia en el mundo comunista sobre una base "voluntaria" e "ideológica", no podrá ser contenida, probablemente.

Moscú misma ya no es lo que era. Por sí sola ha perdido el monopolio de las ideas nuevas y el derecho moral a prescribir la única "línea" permisible. Al renunciar a Stalin ha dejado de ser el centro ideológico. En Moscú misma llega a su fin la época de los grandes monarcas comunistas y de las grandes ideas y comienza el reinado de la burocracia comunista mediocre.

La "dirección colectiva" no previó las dificultades y los fracasos que le esperaban dentro del

comunismo mismo, externa o interiormente. ¿Pero qué podía hacer? El imperialismo de Stalin era exorbitante y extremadamente peligroso, y, lo que es peor, ineficaz. Bajo su mando no sólo el pueblo en general, sino también los comunistas mismos, refunfuñaban, y lo hacían en un momento en que la situación internacional era muy tensa.

El centro mundial de la ideología comunista ya no existe; se halla en proceso de completa desintegración. La unidad del movimiento comunista mundial está incurablemente herida. No se ven las posibilidades de que se la pueda restablecer. Sin embargo, así como el cambio del régimen de Stalin a la "dirección colectiva" no alteró la naturaleza del sistema mismo en la Unión Soviética, así también el comunismo nacional no ha podido, a pesar de sus crecientes posibilidades de liberarse de Moscú, alterar su naturaleza interna, que consiste en el manejo y el monopolio totales de las ideas y la propiedad por la burocracia del partido. En realidad ha aliviado significativamente la presión y disminuido la velocidad en el establecimiento de su monopolio de la propiedad, sobre todo en las zonas rurales, pero el comunismo nacional no puede ni desea transformarse en algo distinto del comunismo, y algo lo arrastra siempre espontáneamente hacia su fuente, hacia la Unión Soviética. No podrá separar su destino de lo que lo vincula con los otros países y movimientos comunistas.

Las modificaciones nacionales en el comunismo ponen en peligro al imperialismo soviético, sobre todo al imperialismo de la época de Stalin, pero no al comunismo en conjunto ni en su esencia. Al contrario, donde el comunismo ejerce la dirección esos cambios pueden incluir en su orientación e inclusive fortalecer y hacerlo aceptable en el exterior. El comunismo nacional armoniza con el no dogmatismo, es decir con la fase anti-estalinista en la evolución del comunismo. En realidad es una forma fundamental de esa fase.

EL comunismo nacional no puede alterar la naturaleza de las actuales relaciones internacionales entre los Estados o dentro de los movimientos obreros. Pero su papel en esas relaciones puede ser muy importante.

Así, por ejemplo, el comunismo yugoeslavo, como una forma de comunismo nacional, desempeñó un papel muy importante en el debilitamiento del imperialismo soviético y en la decadencia del estalinismo dentro del movimiento comunista. Los motivos de los cambios que se producen en la Unión Soviética y en los países de la Europa oriental se encuentran, sobre todo, en los países mismos. Aparecieron por primera vez en Yugoslavia, a la manera yugoeslava. Y allí fue también donde actuaron primeramente. Así, el comunismo yugoeslavo, como comunismo nacional, en el antagonismo con Stalin, originó una nueva fase post-estalinista en la evolución del comunismo. Influyó significativamente en los cambios producidos en el comunismo mismo, pero no influyó fundamentalmente en las relaciones internacionales ni en los movimientos obreros no comunistas.

La esperanza en que el comunismo yugoeslavo pudiera evolucionar hacia el socialismo democrático o en que pudiera servir como puente entre la democracia social y el comunismo ha demostrado que no tenía base. Los dirigentes yugoeslavos mismos se hallaban en desacuerdo con respecto a esta cuestión. Durante la presión soviética sobre Yugoslavia mostraron un deseo ferviente de llegar a un *rapprochement* con los socialdemócratas. Sin embargo, en 1956, durante el período de paz con Moscú, Tito anunció que tanto el Cominform como la Internacional Socialista eran innecesarios, a pesar de que la Internacional Socialista había defendido desinteresadamente a Yugoslavia mientras el Comintern la atacaba diligentemente. Preocupados con una política llamada de coexistencia activa, que en su mayor parte correspondía a sus intereses del momento, los dirigentes yugoeslavos declararon que las dos organizaciones —el Cominform y la Internacional Socialista— eran "inmoderadas", sólo porque eran supuestamente el producto de dos bloques.

Los dirigentes yugoeslavos confundían sus deseos con la realidad y sus intereses momentáneos con diferencias profundamente históricas y sociales.

En todo caso, el Cominform era el producto de los esfuerzos de Stalin para crear un bloque militar oriental. No es posible negar que la Internacional Socialista está ligada con el bloque occidental, o con el Pacto del Atlántico, puesto que actúa dentro del marco de los países de la Europa occidental. Pero existiría aunque no existiera ese bloque. Es, sobre todo, una organización de los socialistas de los países avanzados de Europa en los que existen la democracia política y relaciones semejantes.

Las alianzas y los bloques militares son manifestaciones temporarias, en tanto que el socialismo occidental y el comunismo oriental reflejan tendencias mucho más permanentes y fundamentales.

Los contrastes entre el comunismo y la socialdemocracia no son la consecuencia de principios diferentes únicamente —de éstos menos que de cualquier otra cosa—, sino de las direcciones opuestas de las fuerzas económicas e intelectuales. El antagonismo entre Martov y Lenin en el Segundo Congreso de los socialdemócratas rusos realizado en Londres en 1903 con respecto a la cuestión del centralismo y la disciplina mayores o menores en el partido —a lo que Deutscher llama correctamente el comienzo del mayor cisma de la historia— tuvo mucha más importancia que la que

podían prever inclusive sus iniciadores. Con ello se inició no sólo la formación de dos movimientos, sino también de dos sistemas sociales.

El cisma entre los comunistas y los socialdemócratas es imposible de salvar hasta que cambien las naturalezas mismas de esos movimientos o las condiciones que han causado las diferencias entre ellos. En el transcurso de medio siglo, a pesar de *rapprochements* periódicos y aislados, esas diferencias han aumentado en general y sus características se han individualizado todavía más. Al presente la socialdemocracia y el comunismo son no sólo dos movimientos, sino también dos mundos.

El comunismo nacional, al separarse de Moscú, no ha podido salvar ese abismo, aunque puede rodearlo. Esto quedó demostrado con la cooperación de los comunistas yugoeslavos con los socialdemócratas, que era más aparente que real y más cortés que sincera, y que no obtuvo resultados tangibles de importancia para ninguna de las dos partes.

Por razones completamente distintas, no se ha realizado la unidad entre los socialdemócratas occidentales y los asiáticos. Las diferencias entre ellos no eran tan grandes en esencia, o en principio, como lo eran en la práctica. Por razones nacionales propias, los socialistas asiáticos tienen que permanecer separados de los socialistas europeos occidentales. Aun cuando se oponen al colonialismo, los socialistas occidentales, si bien no desempeñan un papel principal, son representantes de países que, sólo porque están más avanzados, explotan a los países menos avanzados. El contraste entre los socialdemócratas asiáticos y los occidentales es una manifestación de los contrastes que existen entre los países atrasados y los adelantados trasladados a las filas del movimiento socialista. A pesar de que habría que definir rigurosamente las formas concretas de ese contraste, la semejanza esencial —por lo que se puede deducir actualmente— es evidente e inevitable.

UN comunismo nacional semejante al de Yugoslavia en los partidos comunistas de los Estados no comunistas tendría una inmensa importancia internacional. Podría tener una importancia todavía mayor que en los partidos comunistas que están en el poder. Esto se aplica sobre todo a los de Francia e Italia, que comprenden a una gran mayoría de la clase trabajadora y que son, juntamente con varios partidos de Asia, los únicos que tienen mucha importancia en el mundo no comunista.

Hasta ahora las manifestaciones de comunismo nacional en esos partidos han carecido de trascendencia y de ímpetu. Sin embargo, han sido inevitables. En fin de cuentas podrían llevar a cambios profundos y esenciales en ellos.

Esos partidos tienen que competir con los socialdemócratas, quienes pueden atraer a las masas descontentas por medio de sus lemas y sus actividades socialistas. Esta no es la única razón para que esos partidos terminen apartándose de Moscú. Razones menos importantes pueden verse en los periódicos e imprevistos cambios de actitud del soviético y de otros partidos comunistas gobernantes. Esos cambios de actitud llevan a esos y otros partidos comunistas no gobernantes a "crisis de conciencia", pues tienen que censurar lo que el día anterior ensalzaban y que cambiar súbitamente de orientación. Ni la propaganda opositora ni la presión administrativa desempeñará un papel fundamental en la transformación de esos partidos.

Las causas básicas de la desviación de esos partidos de Moscú se puede encontrar en la naturaleza del sistema social de los países en que actúan. Si se hace evidente —lo que parece probable— que la clase trabajadora de esos países puede conseguir, mediante formas parlamentarias, alguna mejora en su situación, y también cambiar el sistema social mismo, los obreros abandonarán a los comunistas sin tener en cuenta sus tradiciones, inclusive la revolucionaria. Sólo pequeños grupos de comunistas dogmáticos pueden contemplar desapasionadamente la disociación de los trabajadores; los dirigentes políticos serios de una nación determinada se esforzarán por evitarlo aun a costa de debilitar sus vínculos con Moscú.

Las elecciones parlamentarias que dan gran número de votos a los comunistas en esos países no expresan exactamente la verdadera fuerza de los partidos comunistas. En un grado importante son una expresión de descontento y desilusión. Aunque ahora sigan tercamente a los dirigentes comunistas, las masas los abandonarán con la misma facilidad en el momento en que se haga evidente que esos dirigentes sacrifican las instituciones nacionales o las perspectivas concretas de la clase trabajadora a su naturaleza burocrática o a la "dictadura del proletariado" y los lazos con Moscú.

Claro está que todo esto es pura hipótesis. Pero inclusive al presente esos partidos se encuentran en situación difícil. Si realmente desean apoyar el parlamentarismo, sus dirigentes tendrán que renunciar a su índole antiparlamentaria o atenerse a su comunismo nacional, lo que, como no están en el poder, llevaría a la desintegración de sus partidos.

Los dirigentes de los partidos comunistas de esos países se ven obligados a realizar experimentos con la idea del comunismo nacional y de formas nacionales a causa de todos estos factores: el fortalecimiento de la posibilidad de que la transformación de la sociedad y el mejoramiento de la situación de los obreros se pueda conseguir por medios democráticos; los cambios de actitud de

Moscú, cuyo abandono del culto de Stalin trajo consigo últimamente la destrucción del centro ideológico; la competencia con los socialdemócratas, las tendencias hacia la unificación del Occidente sobre una base tanto social como militar profunda y duradera; el fortalecimiento militar del bloque occidental, que ofrece cada vez menos posibilidades de "ayuda fraterna" por parte del ejército soviético; y la imposibilidad de que se produzcan nuevas revoluciones comunistas sin una guerra mundial. Al mismo tiempo el temor a los resultados inevitables de una transición al parlamentarismo y de una ruptura con Moscú impiden que esos dirigentes hagan algo de verdadera importancia. Las diferencias sociales, cada vez más profundas, entre el Oriente y el Occidente actúan con una fuerza implacable. El inteligente Togliatti está perplejo y el robusto Thorez vacila. La vida externa e interna del partido comienza a dejarlos de lado.

Haciendo hincapié en que actualmente un parlamento puede servir como "una forma de transición al socialismo", Khrushchev trató en el XX Congreso del Partido de facilitar la manipulación de los partidos comunistas en los "países capitalistas" y de estimular la cooperación de los comunistas con los socialdemócratas y la formación de "Frentes Populares". Algo como esto le parecía realista, según dijo, a causa de los cambios que han tenido como consecuencia el fortalecimiento del comunismo y por el bien de la paz mundial. Con ello reconocía tácitamente la evidente imposibilidad de que se produzcan revoluciones comunistas en los países avanzados, así como la imposibilidad de una mayor expansión del comunismo en las condiciones actuales sin el peligro de una nueva guerra mundial. El plan de acción del Estado soviético se ha reducido a un status quo, en tanto que el comunismo ha descendido a la adquisición gradual de nuevas posiciones de una manera nueva.

Se ha iniciado realmente una crisis en los partidos comunistas de los Estados no comunistas. Si se vuelven hacia el comunismo nacional corren el peligro de abandonar su propia naturaleza, y si no hacen eso tienen que hacer frente a una pérdida de adherentes. Sus dirigentes, los que representan el espíritu del comunismo en esos partidos, se verán obligados a apelar a las manipulaciones más astutas y a medidas inescrupulosas si han de salir de esa contradicción. Es improbable que puedan contener la desorientación y la desintegración. Han llegado a un estado de conflicto con las verdaderas tendencias de la evolución en el mundo y en sus países, que llevan evidentemente a nuevas relaciones.

El comunismo nacional fuera de los Estados comunistas lleva inevitablemente a la renunciación del comunismo mismo, o a la desintegración de los partidos comunistas. Sus posibilidades son al presente mayores en los Estados no comunistas, pero, evidentemente, sólo a costa de la separación del comunismo mismo. Por lo tanto, el comunismo nacional sólo podrá imponerse en esos partidos con dificultad y lentitud, por medio de estallidos sucesivos.

En los partidos comunistas que no están en el poder es evidente que el comunismo nacional —a pesar de su propósito de estimular el comunismo y fortalecer su naturaleza—es simultáneamente la herejía que roe al comunismo como tal. El comunismo nacional es en sí mismo contradictorio. Su naturaleza es la misma que la del comunismo soviético, pero aspira a diferenciarse por algo propio: la nacionalidad. En realidad, el comunismo nacional es el comunismo en decadencia.



PARA determinar más claramente la situación internacional del comunismo contemporáneo es necesario trazar brevemente un cuadro del mundo actual.

Los resultados de la primera guerra mundial llevaron a la transformación de la Rusia zarista en un nuevo tipo de Estado, o en un país con nuevos tipos de relaciones sociales. Internacionalmente aumentó la diferencia entre el nivel técnico y el ritmo de los Estados Unidos y los de los países de la Europa occidental. La segunda guerra mundial iba a transformar esto en un abismo infranqueable, de modo que sólo los Estados Unidos no sufrieron cambios importantes en la estructura de su economía.

Las guerras no fueron la única causa de ese abismo entre los Estados Unidos y el resto del mundo; lo único que hicieron fue acelerar su apertura. Las razones para el rápido progreso de los Estados Unidos pueden encontrarse, indudablemente, en sus potencialidades internas, en las condiciones naturales y sociales y en el carácter de la economía. El capitalismo norteamericano se desarrolló en circunstancias diferentes que las del capitalismo europeo y se hallaba en su plenitud en el momento en que el europeo había comenzado ya a declinar.

En la actualidad el abismo tiene esta amplitud: el 6 por ciento de la población mundial, o sea la de los Estados Unidos, produce el 40 por ciento de las mercaderías y los servicios mundiales. Entre la primera y la segunda guerras mundiales los Estados Unidos contribuyeron con el 33 por ciento de la producción mundial; después de la segunda guerra mundial contribuyen con el 50 por ciento. Lo contrario sucede en Europa (con exclusión de la Unión Soviética), pues su contribución a la producción mundial descendió del 68 por ciento en 1870 al 42 por ciento en el período de 1925-29, y luego al 34 por ciento en 1937 y el 25 por ciento en 1948, según datos de las Naciones Unidas.

El desarrollo de la industria moderna en las economías coloniales tuvo también una importancia especial e iba a hacer posible que la mayoría de ellas consiguieran la libertad después de la segunda guerra mundial.

En el período entre la primera y la segunda guerra mundiales el capitalismo pasó por una crisis económica tan profunda y de consecuencias tan grandes que sólo cerebros comunistas dogmáticos dejaron de reconocerla. En contraste con las crisis del siglo XIX, la gran crisis de 1929 puso de manifiesto que semejantes cataclismos significan al presente un peligro para el orden social mismo y hasta para la vida de la nación en general. Los países avanzados —en primer lugar los Estados Unidos— tuvieron que encontrar los medios de salir de la crisis poco a poco. Mediante diversos métodos, los Estados Unidos recurrieron a una economía planificada en escala nacional. Los cambios en relación con esto tuvieron una importancia transcendental para los países avanzados y para el resto del mundo, aunque no fueron reconocidos lo suficiente desde un punto de vista teórico.

En ese período surgieron diversas formas de totalitarismo en la Unión Soviética y en algunos países capitalistas como la Alemania nazi.

Alemania, en contraste con los Estados Unidos, no fue capaz de resolver el problema de su expansión interna y externa con los medios económicos normales. La guerra y el totalitarismo (el nacional-socialismo) eran las únicas salidas para los monopolistas alemanes y se sometieron al partido bélico y racista.

Como hemos visto, la Unión Soviética recurrió al totalitarismo por otras razones. Era la condición para su transformación industrial.

Sin embargo, había otro elemento, quizá no muy evidente, realmente revolucionario para el mundo moderno. Ese elemento eran las guerras modernas. Éstas llevan a cambios substanciales aunque no lleven a verdaderas revoluciones. Al dejar tras sí una devastación espantosa, modifican tanto las relaciones mundiales como las relaciones dentro de cada país.

El carácter revolucionario de las guerras modernas se pone de manifiesto no sólo en el hecho de que impulsan los descubrimientos técnicos, sino, sobre todo, en que modifican la estructura económica y social. En Gran Bretaña la segunda guerra mundial expuso y afectó las relaciones hasta tal punto que se hizo inevitable una nacionalización considerable. La India, Birmania e Indonesia salieron de la guerra como países independientes. La unificación de la Europa occidental se inició como consecuencia de la guerra. Elevó a los Estados Unidos y la Unión Soviética como las dos potencias económicas y políticas principales.

La guerra moderna afecta a la vida de las naciones y de la humanidad en general mucho más profundamente que las guerras de épocas anteriores. Hay dos razones para ello: La primera es que la guerra moderna tiene que ser inevitablemente total. Ninguna fuente económica, humana o de otra clase puede permanecer inexplorada, porque el nivel técnico de la producción es ya tan alto que hace imposible que queden a un lado partes de una nación ni rama alguna de la economía. La segunda razón es que por los mismos motivos técnicos, económicos y de otras clases el mundo, en una medida incomparablemente mayor, se ha convertido en un todo, de modo que los menores cambios en una parte producen reacciones en las otras partes. Toda guerra moderna tiende a convertirse en guerra mundial.

Esas revoluciones militares y económicas invisibles alcanzan una extensión y una importancia enormes. Son más espontáneas que las revoluciones hechas por la fuerza; es decir, no están cargadas en gran parte con elementos ideológicos y de organización. En consecuencia, esas revoluciones hacen posible registrar de un modo más ordenado las tendencias de los movimientos del mundo moderno.

El mundo tal como es actualmente y como salió de la segunda guerra mundial no es, evidentemente, el mismo de antes.

La energía atómica, que el hombre ha arrancado del corazón de la materia y arrebatado al cosmos, es el signo más espectacular, pero no el único, de la nueva época.

Los pronósticos comunistas oficiales sobre el futuro de la raza humana declaran que la energía atómica es el símbolo de la sociedad comunista, así como el vapor era el símbolo y la fuerza del capitalismo industrial. Como quiera que interpretemos este razonamiento ingenuo y tendencioso, una cosa es cierta: la energía atómica está produciendo ya cambios en los diversos países y en el mundo en conjunto. Pero ciertamente esos cambios no apuntan hacia el comunismo y el socialismo que esos "teóricos" desean.

La energía atómica, como descubrimiento, no es el fruto de una nación, sino de un siglo de trabajo de centenares de las inteligencias más brillantes de numerosas naciones. Su aplicación es también el resultado de los esfuerzos, no sólo científicos, sino también económicos, de cierto número de países. Si el mundo no hubiera estado ya unificado no habrían sido posibles el descubrimiento ni la aplicación de la energía atómica.

El efecto de la energía atómica tenderá, en primer lugar, a unificar todavía más al mundo. Entretanto derribará inexorablemente todos los obstáculos heredados: las relaciones de propiedad y las sociales, pero sobre todo los sistemas e ideologías exclusivos y aislados, como el comunismo tanto anterior como posterior a la muerte de Stalin.

LA tendencia a la unificación del mundo es la característica fundamental de nuestro tiempo. Esto no significa que el mundo no tendiera anteriormente a la unidad, aunque de una manera diferente. La tendencia a unir al mundo por medio del mercado mundial dominaba ya a mediados del siglo XIX. También esa fue una época de economías capitalistas y guerras nacionales. Por medio de esas economías y guerras nacionales se consiguió entonces una especie de unidad mundial.

Llevó a cabo una mayor unificación del mundo la destrucción de las formas de producción pre-capitalistas en las regiones atrasadas y la división de éstas entre los países avanzados y sus monopolios. Ese fue el período del monopolio capitalista, las conquistas coloniales y guerras en las que las relaciones internas y los intereses de los monopolios desempeñaban con frecuencia un papel más decisivo que la defensa nacional misma. Las tendencias de esa época a la unidad mundial se realizaron sobre todo mediante los conflictos y las asociaciones del capital monopolista. Esa era una unidad superior a la del mercado. El capital que fluía de fuentes nacionales se derramaba, penetraba, se apoderaba y dominaba al mundo entero.

Las actuales tendencias a la unidad son evidentes en otros campos. Se las puede encontrar en el alto nivel de producción, en la ciencia contemporánea y en el pensamiento científico y de otras clases. Un mayor progreso de la unidad ya no es posible sobre bases exclusivamente nacionales o mediante la división del mundo en esferas de influencia individuales y monopolistas.

Las tendencias hacia esta nueva unidad —unidad de producción— se asientan en las bases ya alcanzadas en etapas anteriores, es decir en la unidad del mercado y la unidad del capital. Tropiezan, no obstante, con relaciones nacionales, gubernamentales y sobre todo sociales, ya gastadas e inadecuadas. En tanto que las unificaciones anteriores se lograron mediante luchas nacionales o conflictos y guerras por esferas de interés, la unificación contemporánea se está logrando, y sólo puede lograrse así, mediante la destrucción de las relaciones sociales de los períodos anteriores.

Nadie puede decir de una manera terminante cómo se realizará la coordinación y unificación de la producción mundial, si mediante la guerra o con medios pacíficos. Pero no puede caber duda de que esa tendencia no puede ser contenida.

El primer método de unificación, la guerra, apresuraría esa unificación por la fuerza, es decir mediante el dominio de uno u otro grupo. Pero dejaría inevitablemente detrás las chispas de nuevas conflagraciones, discordias e injusticias. La unificación por medio de la guerra se realizaría a expensas de los débiles y vencidos. Aunque la guerra impusiese el orden en relaciones determinadas, dejaría tras de sí conflictos no resueltos y desavenencias más profundas.

Porque el actual conflicto mundial se desarrolla principalmente sobre la base de la oposición entre sistemas, tiene el carácter de conflicto de clases más que de oposición entre naciones y Estados. Ese es el motivo de su severidad y su violencia extraordinarias. Toda guerra futura sería una guerra civil mundial entre gobiernos y naciones. No sólo sería espantoso el desarrollo de la guerra misma, sino que serían también terribles sus efectos.

La unificación del mundo por medios pacíficos, aunque más lenta, es el único procedimiento juicioso, saludable y justo.

Parece que la unificación del mundo contemporáneo se llevará a cabo mediante la oposición de sistemas, en contraste con los tipos de oposición nacionales mediante los cuales se consiguió la unificación en períodos anteriores.

Esto no significa que todos los conflictos contemporáneos sean simplemente conflictos entre sistemas. Hay otros conflictos, inclusive los de épocas anteriores. Pero la tendencia a la unidad de producción mundial se pone de manifiesto más clara y activamente por medio del conflicto de sistemas.

Sería ilusorio esperar que la unidad de producción mundial se consiga en el futuro próximo. El proceso llevará mucho tiempo, pues será el fruto de los esfuerzos organizados de la economía y otras fuerzas dominantes de la humanidad, y porque la unidad de producción completa no se puede conseguir realmente. Las unificaciones anteriores no se consiguieron como algo definitivo; también esta unificación se está logrando sólo como una tendencia, como algo a que aspira la producción por lo menos la de los países más avanzados.

LA terminación de la segunda guerra mundial confirmó ya la tendencia a la división de sistemas en escala mundial. Todos los países que cayeron bajo la influencia soviética, e inclusive partes de países (Alemania y Corea) adoptaron más o menos el mismo sistema, e igual ocurrió en el lado occidental.

Los dirigentes soviéticos se daban plena cuenta de ese proceso. Recuerdo que en una reunión íntima realizada en 1945 Stalin dijo: "En la guerra moderna el vencedor impondrá su sistema, lo que no sucedía en las guerras pasadas." Dijo eso antes que terminara la guerra, en un momento en que la amistad, la esperanza y la confianza llegaban al máximo entre los aliados. En 1948 nos dijo a nosotros, los yugoeslavos y los búlgaros: "Ellas, las potencias occidentales, harán un país propio de la Alemania Occidental y nosotros haremos lo mismo con la Alemania Oriental. Eso es inevitable."

Hoy día está de moda, y se justifica hasta cierto punto, juzgar la política soviética haciendo la distinción entre lo que era antes y lo que es después de la muerte de Stalin. Sin embargo, Stalin no inventó los sistemas, ni quienes le han sucedido creen en ellos más que él. Lo que ha cambiado desde su muerte es el método mediante el cual los dirigentes soviéticos manejan las relaciones entre los sistemas, no los sistemas mismos. ¿Acaso Khrushchev, en el XX Congreso del Partido, no mencionó su "mundo socialista", su "sistema socialista mundial" como algo separado y especial? En la práctica eso no significa más que la insistencia en una división en sistemas, en un mayor exclusivismo del sistema y el dominio hegemónico del comunismo.

Porque el conflicto entre el Occidente y el Oriente es esencialmente un conflicto de sistemas tiene que tomar el aspecto de una lucha ideológica. La guerra ideológica no disminuye aunque se llegue a avenencias temporarias y narcotiza hasta dejarlas inconscientes las mentes en los campos opuestos. Cuanto más se agudiza el conflicto en los campos material, económico y político tanto más parece que están en juego únicamente ideas puras.

Además de los que representan al comunismo y el capitalismo, hay países de un tercer tipo; los que se han liberado de la dependencia colonial, como la India, Indonesia, Birmania, los países árabes, etcétera. Estos países se esfuerzan por crear economías independientes para librarse de la dependencia económica. En ellos se sobreponen varias épocas y cierto número de sistemas, y sobre todo los dos contemporáneos.

Estas naciones nuevas son, principalmente por razones nacionales, las defensoras más sinceras de los lemas de soberanía nacional, paz, entendimiento mutuo e ideas semejantes. Pero no pueden eliminar el conflicto entre los dos sistemas. Lo único que pueden hacer es aliviarlo. Además constituyen los campos de batalla entre los dos sistemas. Su papel puede ser importante y noble, pero no es decisivo por el momento.

Es importante observar que ambos sistemas pretenden que se haga de acuerdo con uno u otro la unificación del mundo. Ambos declaran que la unidad mundial es necesaria, pero sus posiciones son diametralmente opuestas. La tendencia del mundo moderno a la unidad se manifiesta y realiza mediante una lucha entre fuerzas opuestas, una lucha de una severidad extraordinaria en tiempos de paz.

Las expresiones ideológicas y políticas de esa lucha son la democracia occidental y el comunismo oriental.

Como las tendencias no organizadas a la unificación se manifiestan con más fuerza en el Occidente, a causa de la democracia política y el mayor nivel técnico y cultural, el Occidente parece ser también el defensor de la libertad política e intelectual.

En esos países uno de esos sistemas de propiedad característicos puede contener o estimular esa tendencia, lo que depende de las circunstancias. Sin embargo, la aspiración a la unidad se extiende. Un obstáculo concreto para ella lo constituyen los monopolios. Éstos desean también la unidad, por su propio interés, pero desean realizarla mediante un método ya anticuado: en la forma de esferas de influencia. Sin embargo, sus opositores, por ejemplo los laboristas ingleses, son también partidarios de la unificación, pero de una manera diferente. La tendencia a la unidad es también fuerte en Gran Bretaña, que ha realizado la nacionalización. También los Estados Unidos realizan la nacionalización, en una escala todavía mayor, pero no modificando la forma de la propiedad, sino poniendo en manos del gobierno una parte considerable de la renta nacional. Si los Estados Unidos lograran una economía completamente nacionalizada, las tendencias a la unificación del mundo contemporáneo recibirían un impulso todavía mayor.

LA ley de la sociedad y del hombre es aumentar y perfeccionar la producción. Esta ley se pone de manifiesto en el nivel contemporáneo de la ciencia, la tecnología, el pensamiento, etcétera, como una tendencia a la unificación de la producción mundial. Se trata de una tendencia que, por regla general, es tanto más irresistible si implica a personas de un alto nivel cultural y material.

Las tendencias occidentales a la unificación mundial son la expresión de necesidades económicas, técnicas y de otras clases y, tras ellas, de la propiedad política y otras fuerzas. El cuadro es distinto en el campo soviético. Aunque no hubiera habido otros motivos, el Oriente comunista, por hallarse más atrasado, se habría visto obligado a aislarse económica e ideológicamente y a compensar con medidas políticas sus debilidades económicas y de otras clases.

Puede parecer extraño, pero es cierto: la llamada propiedad socialista del comunismo es el principal obstáculo para la unificación mundial. El dominio colectivo y total de la nueva clase crea un sistema político y económico aislado que impide la unificación del mundo. Ese sistema sólo puede cambiar y cambia muy lentamente y casi nunca en lo que respecta a la mezcla y el entrelazamiento con otros sistemas para alcanzar una mayor consolidación. Sólo cambia con el propósito de aumentar su propia fuerza. Como lleva a un tipo especial de propiedad, gobierno e ideas, este sistema se aísla inevitablemente. E inevitablemente se inclina hacia el exclusivismo.

Un mundo unido que desean inclusive los dirigentes soviéticos sólo puede ser imaginado por ellos como más o menos idéntico al de ellos y como de ellos. La coexistencia pacífica de los sistemas de que hablan no significa para ellos el entrelazamiento de diversos sistemas, sino la continuación estática de un sistema al lado de otro, hasta que el otro sistema —el capitalista— sea vencido o corroído desde adentro.

La existencia del conflicto entre los dos sistemas no significa que hayan terminado los conflictos nacionales y coloniales. Al contrario, son los antagonismos de carácter nacional y colonial los que ponen de manifiesto el conflicto fundamental. La disputa por el canal de Suez a duras penas dejó de convertirse en una contienda entre los dos sistemas, en vez de seguir siendo lo que era: una disputa entre el nacionalismo egipcio y el comercio mundial, el que, por una coincidencia, estaba representado por las viejas potencias coloniales Gran Bretaña y Francia.

Una tensión extrema en todos los aspectos de la vida internacional ha sido la consecuencia inevitable de semejantes relaciones. La guerra fría se ha convertido en el estado normal del mundo moderno en tiempo de paz. Sus formas han variado y siguen cambiando; esa guerra se hace más suave o más severa, pero ya no es posible eliminarla en las condiciones actuales. Primeramente sería necesario eliminar algo mucho más profundo, algo que está en la naturaleza del mundo contemporáneo, de los sistemas contemporáneos y especialmente del comunismo. La guerra fría, al presente la causa de una tensión creciente, es el producto de otros factores más profundos y cuyo antagonismo se daba ya anteriormente.

El mundo en que vivimos es un mundo inseguro, un mundo de horizontes pasmosos e insondables que la ciencia está revelando a la humanidad; es también un mundo de terribles temores a una catástrofe cósmica, amenazado por los modernos métodos de guerra.

Este mundo cambiará de una manera u otra. No puede seguir como está, dividido y con una aspiración irresistible a la unidad. Las relaciones mundiales que surjan finalmente de este embrollo no serán ideales ni dejarán de provocar fricción, pero serán mejores que las actuales.

Sin embargo, el actual conflicto de sistemas no indica que la humanidad se encamine hacia un sistema único. Los conflictos de este tipo demuestran únicamente que la mayor unificación del mundo, o, más exactamente, la unificación de la producción mundial, se logrará mediante el conflicto entre los sistemas.

La tendencia a la unificación de la producción mundial no puede llevar al mismo tipo de producción en todas partes, es decir a las mismas formas de propiedad, gobierno, etcétera. Esta unidad de producción expresa la aspiración a la eliminación de los obstáculos heredados y artificiales que se oponen al florecimiento y la mayor eficiencia de la producción moderna. Significa un ajuste más completo de la producción a las condiciones locales, naturales, nacionales y de otras clases. La tendencia a la unificación lleva realmente a una coordinación y un uso mayores de la producción mundial potencial.

Es una suerte que no prevalezca en el mundo un solo sistema. Al contrario, lo malo es que haya tan pocos sistemas diferentes. Pero lo realmente malo es, sobre todo, la naturaleza exclusiva y aislada de los sistemas, cualquiera que sea su clase.

Las diferencias cada vez mayores entre las unidades sociales, los Estados y los sistemas políticos, juntamente con la eficiencia cada vez mayor de la producción, constituyen una de las leyes de la sociedad. Los pueblos se unen y el hombre se ajusta cada vez más al mundo que lo rodea, pero al mismo tiempo se hace cada vez más personal.

El mundo futuro será probablemente más variado y, no obstante, más unificado. Su unificación inminente será posible gracias a la variedad, y no a la semejanza en el tipo y la personalidad. Por lo menos así es como ha venido sucediendo hasta ahora. La igualdad de tipo y personalidad significarían la esclavitud y el estancamiento y no un grado de libertad para la producción mayor que el actual.

Una nación que no se dé cuenta de los verdaderos procesos y tendencias mundiales tendrá que pagar caro por ello. Quedará retrasada inevitablemente y al final deberá ajustarse a la unificación del mundo, cualquiera sea su fuerza numérica y militar. Ninguna evitará eso, así como en el pasado ninguna nación podía resistir la penetración del capital y la vinculación con otras naciones por medio del mercado mundial.

Esa es también la razón de que al presente toda economía autárquica, o sea exclusiva y nacional — cualquiera que sea su forma de propiedad o de orden político, o inclusive su nivel técnico — cae necesariamente en contradicciones irresolubles y en el estancamiento. Eso es cierto también con respecto a los sistemas sociales, las ideas, etcétera. El sistema aislado sólo puede ofrecer un modo de vivir muy modesto; no puede progresar y resolver los problemas que plantean las técnicas y las ideas modernas.

Incidentalmente, la evolución mundial ha destruido ya la teoría comunista-estalinista de la posibilidad de construir una sociedad socialista o comunista en un solo país y traído consigo el fortalecimiento del despotismo totalitario, o sea del dominio absoluto de una nueva clase explotadora.

En estas circunstancias, la construcción de una sociedad socialista, comunista o de cualquier otra clase en un país, o en un gran número de países aislados del mundo en general, tiene como consecuencia inevitable la autarquía y la consolidación del despotismo. Causa también el debilitamiento de las potencialidades nacionales para el progreso económico y social de los países interesados. Es posible obtener, en armonía con las crecientes aspiraciones económicas y democráticas del mundo, más pan y libertad para la gente en general, una distribución más justa de los bienes y un ritmo normal en el desarrollo económico. La condición para esto es la modificación de las relaciones de propiedad y políticas existentes, sobre todo las del comunismo, pues constituyen, a causa del monopolio de la clase gobernante, el obstáculo más serio, aunque no el único, para el progreso nacional y mundial.

LA tendencia a la unificación ha producido cambios en las relaciones de propiedad también por otras razones.

El papel creciente, e inclusive decisivo, de los órganos del gobierno en la economía, y en gran parte también en la propiedad es, asimismo, una expresión de la tendencia a la unificación mundial. Es cierto que se manifiesta de diferentes modos en los diversos sistemas y países, y hasta como un obstáculo en los lugares donde, como en los países comunistas, la propiedad estatal misma oculta el monopolio y el dominio total de una nueva clase.

En Gran Bretaña la propiedad privada, o, más exactamente, monopolista, ha perdido ya legalmente su santidad y pureza mediante la nacionalización laborista. Más del veinte por ciento de la fuerza productora británica ha sido nacionalizada. En los países escandinavos se desarrolla, además de la propiedad del Estado, un tipo cooperativo de propiedad colectiva.

El creciente papel del gobierno en la economía es especialmente característico de los países que hasta hace poco tiempo eran colonias o semi-dependientes, ya tengan un gobierno socialista (Birmania), una democracia parlamentaria (India) o una dictadura militar (Egipto). El gobierno hace la mayoría de las inversiones, maneja las exportaciones, se queda con una gran parte de los fondos de exportación, etcétera. El gobierno aparece en todas partes como un iniciador de la transformación económica y la nacionalización es la forma de propiedad que se da con más frecuencia.

La situación no es distinta en los Estados Unidos, el país donde se ha desarrollado más el capitalismo. No sólo pueden ver todos el papel cada vez más importante que desempeña el gobierno en la economía desde la gran crisis (1929) hasta el presente, sino que son muy pocas las personas que niegan que ese papel es inevitable.

James Blaine Walker lo destaca en *The Epic of American Industry*<sup>6</sup>: "La creciente intimidad entre el gobierno y la vida económica ha sido una de las características más notables del siglo XX."

Walker dice que en 1938 estaba socializado alrededor del 20 por ciento de la renta nacional, en tanto que en 1940 la cifra subió a por lo menos el 25 por ciento. La planificación sistemática de la economía nacional por el gobierno comenzó con Roosevelt. Al mismo tiempo han aumentado el número de los trabajadores del Estado y las funciones de éste, sobre todo las del gobierno federal.

Johnson y Kross, en *The Origins and Development of the American Economy*<sup>7</sup>, llegan a las mismas conclusiones. Afirman que la administración ha sido separada de la propiedad y que el papel del gobierno como acreedor se ha hecho mucho más importante. "Una de las principales características del siglo XX —dicen— es el aumento constante de la influencia del gobierno, sobre todo del gobierno federal, en los asuntos económicos."

En su obra *The American Way*<sup>8</sup>, Shepard B. Clough cita cifras que ilustran esas afirmaciones. Los gastos y las deudas públicas del gobierno federal, según él, han ido aumentando del siguiente modo:

Año Gastos del gobierno federal (en millones de dólares) Deudas públicas

(Federales) (en miles de dólares) 1870 309,6 2.436.453 1940 8.998,1  
42.967.531 1950 40.166,8 256.708.000

En esta obra habla Clough de la "revolución administrativa", como llama él a la aparición de administradores profesionales sin los cuales ya no pueden actuar los propietarios. Su número, papel y solidaridad crecen continuamente en los Estados Unidos y en ese país no surgen ya hombres de gran genio comercial como John D. Rockefeller, John Wanamaker, Charles Schwab y otros.

Fainsod y Gordon, en *Government and the American Economy*<sup>9</sup>, observan que el gobierno ha desempeñado ya un papel en la economía y diversos grupos sociales han tratado de utilizar ese papel en la vida económica. Sin embargo, ahora hay diferencias esenciales. Dicen que el papel regulador del gobierno ha aparecido no sólo en la esfera del trabajo, sino también en la de la producción, en ramas de la economía tan importantes para la nación como los transportes, el gas natural, el carbón y el petróleo. "Cambios recientes y de gran alcance eran también evidentes en la forma de una expansión de la empresa pública y de un interés mayor por la conservación de los recursos naturales y humanos. La empresa pública adquirió una importancia particular en el campo de la banca y el crédito, en la electricidad y en la provisión de viviendas baratas." Comentan que el gobierno ha comenzado a desempeñar un papel mucho más importante que el que desempeñaba hace medio siglo, e inclusive hace diez años. "El resultado de esos acontecimientos ha sido la creación de una 'economía mixta', una economía en la que existen juntas la empresa pública, la empresa privada dirigida en parte por el gobierno y la empresa privada relativamente no dirigida."

Estos y otros autores citan diversos aspectos de ese proceso y del crecimiento de las necesidades que siente la sociedad de ayuda social, educación y otros beneficios semejantes, que proporcionan los órganos del gobierno; así como el continuo aumento, tanto relativo como absoluto, en el número de personas empleadas por el gobierno.

Se comprende que este proceso recibiera un gran impulso y se intensificara durante la segunda guerra mundial a causa de las necesidades militares. Sin embargo, después de la guerra no se apaciguó, sino que continuó a un ritmo más rápido que en el período de la preguerra. Eso no se debía únicamente a que estuviera en el poder el Partido Demócrata. El gobierno republicano de Eisenhower, elegido en 1952 con el lema de la vuelta a la iniciativa privada, no pudo cambiar esencialmente nada. Lo mismo le sucedió al gobierno conservador en Gran Bretaña: no consiguió llevar a cabo la desnacionalización salvo en la industria del acero. Su papel en la economía, en comparación con el del gobierno laborista, no ha disminuido esencialmente, aunque tampoco ha aumentado.

La intervención del gobierno en la economía es evidentemente el resultado de tendencias objetivas que penetraron en la conciencia del pueblo desde hace mucho tiempo. Todos los economistas serios, comenzando con Keynes, han defendido la intervención del Estado en la economía. Ahora esto se halla más o menos de actualidad en todo el mundo. La intervención del Estado y la propiedad estatal son al presente un factor esencial y en algunos lugares determinante de la economía.

De esto casi se podría sacar la conclusión de que no existe diferencia ni una fuente de conflicto en el hecho de que en el sistema oriental el Estado desempeña el papel principal, en tanto que en el sistema occidental la que desempeña el papel principal es la propiedad privada, o la propiedad de los monopolios y compañías. Esa conclusión parece tanto más justificada por cuanto el papel de la propiedad privada está disminuyendo poco a poco en el Occidente, en tanto que crece el papel del

Estado.

No es ese el caso, sin embargo. Aparte de las otras diferencias entre los sistemas, hay una esencial en la propiedad estatal y en el papel del Estado en la economía. Aunque la propiedad estatal existe técnicamente en cierta medida en ambos sistemas, se trata de tipos de propiedad diferentes e inclusive contradictorios. Esto se aplica también al papel del Estado en la economía.

Ni un solo gobierno occidental actúa como propietario con relación a la economía. En realidad, un gobierno occidental no es el dueño de la propiedad nacionalizada ni el de los fondos que recauda mediante los impuestos. No puede ser el dueño porque está sujeto al cambio. Tiene que administrar y distribuir esa propiedad bajo la fiscalización del parlamento. En el curso de la distribución de la propiedad está sometido a diversas influencias, pero no es el dueño. Lo único que hace es administrar y distribuir, bien o mal, una propiedad que no le pertenece.

Eso no sucede en los países comunistas. En ellos el gobierno administra y distribuye la propiedad nacional. La nueva clase, o su órgano ejecutivo, la oligarquía del partido, actúa como dueña y es la dueña. El gobierno más reaccionario y burgués ni sueña con semejante monopolio de la economía.

Las semejanzas superficiales en la propiedad en el Occidente y el Oriente son en realidad diferencias reales y profundas, e inclusive elementos antagónicos.

DESPUÉS de la primera guerra mundial, las formas de propiedad fueron, probablemente, el motivo esencial de los conflictos entre el Occidente y la Unión Soviética. Los monopolios desempeñaban entonces un papel mucho más importante y no podían aceptar la idea de que una parte del mundo, específicamente la Unión Soviética, escapase a su dominio. La burocracia comunista acababa de convertirse en la clase gobernante.

Las relaciones de propiedad han sido siempre vitales para la Unión Soviética en sus tratos con otros países. Siempre que era posible imponía por la fuerza su tipo peculiar de propiedad y de relaciones políticas. Por mucho que desarrollase así sus relaciones comerciales con el resto del mundo, ello no podía pasar del mero intercambio de mercaderías que se había creado durante el período de los Estados nacionales. Lo mismo sucedió en Yugoslavia en el período de su antagonismo con Moscú. Yugoslavia no podía llevar a cabo ninguna clase de cooperación económica importante fuera del intercambio de mercaderías, aunque tenía y sigue teniendo esperanzas de conseguirlo. Su economía también ha seguido aislada.

Hay otros elementos que complican este cuadro y esas relaciones. Si el fortalecimiento de las tendencias occidentales a la unidad mundial de la producción puede no significar una ayuda a los países poco desarrollados, en la práctica llevará al ascendiente de una nación —los Estados Unidos—, o, en el mejor caso, de un grupo de naciones.

A causa del intercambio mismo, la economía y la vida nacional de los países poco desarrollados son explotadas y obligadas a subordinarse a los países avanzados. Esto significa que los países poco desarrollados sólo pueden defenderse por medios políticos y encerrándose en su voluntad de sobrevivir. Este es uno de los medios. El otro es recibir ayuda del exterior, de los países más avanzados. No hay un tercer medio. Hasta ahora apenas se ha iniciado el segundo procedimiento: la ayuda en cantidades insignificantes.

Al presente la diferencia entre el obrero norteamericano y el indonesio es mayor que la que existe entre el obrero y el accionista rico en los Estados Unidos. En 1949 cada habitante de los Estados Unidos ganaba un término medio de 1.440 dólares mensuales; el obrero indonesio ganaba solamente 27 dólares, según los datos de las Naciones Unidas. Y se conviene generalmente en que las diferencias materiales y de otras clases entre los países avanzados y los poco desarrollados no disminuyen, sino que, por lo contrario, crecen.

La desigualdad entre los países occidentales desarrollados y los poco desarrollados se manifiesta como principalmente económica. La tradicional dominación política por parte de gobernadores y señores locales está ya en camino de desaparecer. Ahora, por regla general, la economía de un gobierno nacional poco desarrollado pero políticamente independiente se subordina a la de algún otro país.

Hoy día ningún pueblo particular puede aceptar de buena gana esas relaciones subordinadas, así como tampoco puede ningún pueblo particular renunciar voluntariamente a las ventajas que hace posibles una mayor productividad.

Pedir a los obreros norteamericanos o de la Europa occidental —para no mencionar a los

propietarios— que renuncien voluntariamente a los beneficios que les ofrece el alto nivel técnico y el trabajo más productivo es tan inimaginable como sería convencer a los asiáticos pobres de que deben sentirse felices al recibir tan poco por su trabajo.

La ayuda mutua entre los gobiernos y la eliminación gradual de la desigualdad económica y de otras clases entre los pueblos deben nacer de la necesidad para convertirse en hijos de la buena voluntad.

En general, la ayuda económica sólo se ha prestado hasta ahora en los casos en que los países poco desarrollados con bajo poder adquisitivo y escasa producción se han convertido en una carga para los países desarrollados. El conflicto actual entre los dos sistemas es el obstáculo principal para la extensión de la verdadera ayuda económica. Esto no se debe únicamente a que se invierten grandes cantidades de dinero en las necesidades militares y otras semejantes, las relaciones contemporáneas impiden también el florecimiento de la producción y su tendencia a la unificación, obstaculizando así la ayuda a los países poco desarrollados y el progreso de los países desarrollados mismos.

Las diferencias materiales y de otras clases entre los países avanzados y los poco desarrollados se han registrado también en su vida interna. Sería completamente erróneo interpretar la democracia en el Occidente sólo como una expresión de la solidaridad de las naciones ricas en el saqueo de las pobres. Los países occidentales eran democráticos mucho tiempo antes de la época de los beneficios extraordinarios coloniales, aunque en un nivel inferior al actual. La única relación entre la democracia actual de los países occidentales y la del período en que vivieron Marx y Lenin consiste en la continuidad entre ambos períodos. La semejanza entre la democracia del pasado y la del presente no es mayor que la que existe entre el capitalismo liberal o monopolista y el estatismo moderno.

En su obra *In Place of Fear*, el socialista británico Aneurin Bevan observa:

“Es necesario distinguir entre la intención del liberalismo y sus realizaciones. Su intención consistía en conquistar el poder para las nuevas formas de propiedad creadas por la revolución industrial. Lo que hizo fue conquistar el poder político para el pueblo con independencia de la propiedad [10](#).”

“La función de la democracia parlamentaria, bajo el derecho político universal, considerada históricamente, es exponer el privilegio de la riqueza al ataque del pueblo. Es una espada que apunta al corazón del derecho de propiedad. El lugar donde se plantean los problemas es el Parlamento [11](#).”

La observación de Bevan se aplica a Gran Bretaña. Se la podría aplicar también a otros países occidentales, pero sólo a los occidentales.

En el Occidente se han hecho dominantes los medios económicos que llevan hacia la unificación mundial. En el Oriente, en el lado comunista, han predominado siempre los medios políticos para llegar a esa unificación. La Unión Soviética sólo es capaz de "unir" lo que conquista. Desde este punto de vista ni siquiera el nuevo régimen puede cambiar nada esencialmente. Según sus ideas, son pueblos oprimidos únicamente aquellos a los que impone su dominio\_ algún otro gobierno, no el soviético. El gobierno soviético subordina su ayuda a otros, inclusive los préstamos, a sus necesidades políticas.

La economía soviética no ha llegado todavía al punto en que podría llevar a la unificación de la producción mundial. Sus contradicciones y dificultades nacen principalmente de fuentes internas. El sistema mismo puede seguir sobreviviendo a pesar de su aislamiento del mundo exterior. Esto es enormemente costoso, pero se consigue mediante el uso amplio de la fuerza. Sin embargo, esta situación no puede durar mucho tiempo; hay que llegar al límite. Y éste será el comienzo del fin de un dominio ilimitado por la burocracia política, o sea por la nueva clase.

El comunismo contemporáneo podría contribuir a alcanzar la meta de la unificación mundial principalmente por medios políticos, mediante la democratización interna y haciéndose más accesible al mundo exterior. Pero todavía está lejos de eso. ¿Es realmente capaz de semejante cosa?

¿Qué idea se hace el comunismo de sí mismo y del mundo exterior?

En un tiempo, durante el período de los monopolios, el marxismo modificado por Lenin concebía las relaciones internas y externas en que habían caído la Rusia zarista y otros países semejantes con cierta exactitud. Con el estímulo de ese cuadro luchó y venció el movimiento encabezado por Lenin. En la época de Stalin esa misma ideología, modificada nuevamente, era realista hasta el punto de que definía, casi exactamente, la posición y el papel del nuevo Estado en las relaciones internacionales. El Estado soviético, o la nueva clase, se hallaba en buena posición exterior e interiormente, y subordinaba a sí mismo todo lo que podía adquirir.

Ahora a los dirigentes soviéticos se les hace difícil orientarse. Ya no son capaces de ver la realidad contemporánea. El mundo que ven no es el que existe realmente. Es el que existía en otro tiempo o el que ellos desearían que existiera.

Ateniéndose a dogmas anticuados, los dirigentes comunistas creían que todo el resto del mundo se estancaría y destruiría gracias a los conflictos y las luchas. No sucedió eso. El Occidente progresó económica e intelectualmente. Demostró que se hallaba unido siempre que amenazaba el peligro de otro sistema. Las colonias se liberaron, pero no se hicieron comunistas, ni eso las llevó a una ruptura con las madres patrias respectivas.

No se produjo el derrumbe del capitalismo occidental a causa de las crisis y las guerras. En 1949 Vishinsky, en las Naciones Unidas, en nombre de la dirección soviética, predijo el comienzo de otra gran crisis en los Estados Unidos y en el capitalismo. Sucedió lo contrario. Y eso no fue porque el capitalismo sea bueno o malo, sino porque el capitalismo denostado por los dirigentes soviéticos ya no existe. Los dirigentes soviéticos no podían ver que la India, los Estados árabes y otros países se habían hecho independientes hasta que comenzaron a aprobar, por razones propias, los puntos de vista soviéticos en política exterior. Los dirigentes soviéticos no comprendían ni comprenden ahora la democracia social. En cambio la miden con la vara con que miden la suerte de los socialdemócratas en su propia zona. Basando su pensamiento en el hecho de que su país no alcanzó el desarrollo que preveían los socialdemócratas, los dirigentes soviéticos concluyen que la socialdemocracia en el Occidente es también irreal y "traicionera".

Esto es también cierto con respecto a su evaluación del conflicto fundamental, el conflicto entre los sistemas, o la tendencia básica a la unificación de la producción. También a este respecto su evaluación está desenfocada.

Declaran que este conflicto es una lucha entre dos sistemas sociales diferentes. En uno de ellos — el suyo, por supuesto— no hay clases, según afirman, o las clases están en proceso de liquidación, y

la suya es propiedad estatal. En el otro sistema —el extranjero— hay, según insisten en decir, furiosas luchas de clases y crisis económicas, todos los bienes materiales se hallan en manos de individuos particulares y el gobierno es sólo el instrumento de un puñado de monopolistas codiciosos. Con esta visión del mundo, creen que los conflictos actuales habrían sido evitados si no hubieran predominado en el Occidente esas relaciones.

En esto está la dificultad.

Aunque las relaciones en Occidente fueran como les gustaría a los comunistas que fuesen, el conflicto continuaría. Quizá sería todavía más severo en ese caso. Pues no sólo diferirían las formas de la propiedad, sino que se darían también aspiraciones diferentes y opuestas, apoyadas por la técnica moderna y los intereses vitales de naciones enteras, en las que varios grupos, partidos y clases se esfuerzan por resolver el mismo problema de acuerdo con sus necesidades.

Cuando los dirigentes soviéticos consideran a los países occidentales modernos como instrumentos ciegos de los monopolios, se equivocan tanto como cuando interpretan su propio sistema como una sociedad sin clases en la que la propiedad está en manos de la sociedad. Ciertamente, los monopolios desempeñan un papel importante en la política de los países occidentales, pero en ningún caso es ese papel tan grande como lo era antes de la primera guerra mundial, ni siquiera antes de la segunda. Hay en el fondo algo nuevo y más esencial: una aspiración irresistible a la unificación del mundo. Esto se manifiesta ahora más fuertemente mediante el estatismo y la nacionalización, o mediante el papel del gobierno en la economía, que por medio de la influencia y la acción de los monopolios.

En la medida en que una clase o un partido o un dirigente reprime completamente la crítica, o ejerce el poder absoluto, incurre inevitablemente en un juicio de la realidad irrealista, egoísta y pretencioso.

Esto está sucediendo al presente a los dirigentes comunistas. No son dueños de sus actos, sino que la realidad los obliga a realizarlos. Esto tiene sus ventajas; ahora son más prácticos que antes. Sin embargo, tiene también sus desventajas, porque esos dirigentes carecen fundamentalmente de opiniones realistas, o por lo menos aproximadamente realistas. Pasan más tiempo defendiéndose de la realidad mundial y atacándola que acostumbrándose a ella. Su adhesión a un dogma anticuado los incita a actos insensatos de los cuales, después de pensarlo mejor, se arrepienten constantemente, pero con la cabeza ensangrentada. Esperemos que prevalezca en ellos la sensatez. Ciertamente, si los comunistas interpretasen al mundo en forma real, quizá saldrían perdiendo como tales, pero ganarían como seres humanos, como parte de la raza humana.

En todo caso, el mundo cambiará y avanzará en la dirección en que se ha estado moviendo y debe seguir haciéndolo: hacia una unidad, un progreso y una libertad mayores. La fuerza de la realidad y la fuerza de la vida han sido siempre mayores que cualquier clase de fuerza bruta y más reales que cualquier teoría.

**FIN**

Contenido

LA NUEVA CLASE ANÁLISIS DEL RÉGIMEN COMUNISTA.. 2

PRÓLOGO.. 5

ORÍGENES. 7

1. 7

2. 8

3. 10

CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN.. 16

1. 16

2. 18

3. 20

4. 25

5. 26

6. 28

LA NUEVA CLASE. 30

1. 30

2. 32

3. 33

4. 36

5. 40

6. 43

7. 46

EL ESTADO DE PARTIDO.. 51

1. 51

2. 53

3. 56

4. 59

5. 61

6. 65

7. 66

8. 70

## DOGMATISMO EN LA ECONOMÍA.. 72

1. 72

2. 74

3. 77

4. 78

5. 81

## LA TIRANÍA SOBRE LA MENTE. 86

1. 86

2. 89

3. 92

4. 94

5. 96

6. 98

7. 99

## EL FIN Y LOS MEDIOS. 102

1. 102

2. 104

3. 107

4. 109

5. 111

LA ESENCIA.. 113

1. 113

2. 114

COMUNISMO NACIONAL. 119

1. 119

2. 121

3. 125

4. 127

EL MUNDO ACTUAL. 130

1. 130

2. 132

3. 134

4. 135

5. 138

6. 141

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA CINCO DE SETIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y OCHO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A., CALLE AISINA, N° 9 – 2049 BUENOS AIRES.



## notes

# Notas a pie de página

1 Nueva York, Frederick A. Praeger, 1953.

2 *Selected Works*, Vol. X; Nueva York, International Publishers, 1936.

3 Nueva York, International Publishers, 1939.

4 Nueva York, Prentice-Hall, 1951.

5 *De Bolshevism: Practice and Theory*; Nueva York, Harcourt. Brare and Howe.

6 Nueva York, Harper, 1949.

7 Nueva York, Prentice-Hall, 1953.

8 Nueva York, T. Y. Crowell, 1953.

9 Nueva York, W. W. Norton, 1941.

10 Página 9, edición de Nueva York, Simon and Schuster, 1952.

11 Página 6, *ibid.*